

JAVIER URRÁ

MUJER
CRECIENTE
HOMBRE
MENGUANTE

¿BUSCAN LAS MUJERES UN COMPAÑERO Y PADRE QUE NO HA
LLEGADO Y LOS HOMBRES UNA MUJER QUE YA NO EXISTE?



JAVIER URRÁ

MUJER CRECIENTE HOMBRE MENGUANTE

¿BUSCAN LAS MUJERES UN COMPAÑERO Y PADRE QUE NO HA
LLEGADO Y LOS HOMBRES UNA MUJER QUE YA NO EXISTE?



MUJER CRECIENTE, HOMBRE MENGUANTE

Mujer creciente, hombre menguante

¿Buscan las mujeres un compañero
y padre que no ha llegado
y los hombres una mujer
que ya no existe?

Javier Urra

la esfera  de los libros

Primera edición: septiembre de 2007

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

© Javier Urra Portillo, 2007

© Del prólogo: Ely del Valle, 2007

© La Esfera de los Libros, S.L., 2007

Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos

28002 Madrid

Teléf.: 91 296 02 00 • Fax: 91 296 02 06

Pág. web: www.esferalibros.com

ISBN: 978-84-9734-659-7

Depósito legal: M-32.473-2007

Fotocomposición y fotomecánica: Unidad Editorial

Imposición y filmación: Preimpresión 2000

Impresión: Rigorma

Encuadernación: De Diego

Impreso en España-Printed in Spain

ÍNDICE

[Prólogo, por Ely del Valle](#)

[Introducción](#)

1. Padres missing, padres light.....	
2. ¿Sexo fuerte?	
3. Vulnerables y desorientados	33
4. Narcisismo	39
5. Eslabones perdidos	42
6. Don Juan se jubiló	44
7. Esperando que les bajen los pantalones	51
8. Fantasías sexuales	54
9. Adiós a mi concubina	59
10. ¿Por qué los hombres son como son?	65
11. Deconstrucción de lo masculino	69
12. Hombres en el diván	72
13. Sexo débil	77
14. Amor de madre	81
15. Odio y miedo	84
16. Gritos y susurros	87
17. ¿La costilla de Adán?	91
18. Intercambio de roles	95

<u>19. Lucha de poder</u>	98
<u>20. Detrás de la barrera</u>	101
<u>21. La envidia del pene</u>	106
<u>22. Neuronas espejo</u>	111
<u>23. Premios Nobel</u>	115
<u>24. Tópicos</u>	120
<u>25. Especies protegidas</u>	124
<u>26. Modernos</u>	128
<u>27. Posmodernos</u>	130
<u>28. Tecnología</u>	135
<u>29. Ambiguos y/o contradictorios</u>	137
<u>30. Mestizaje de géneros</u>	140
<u>31. El otro</u>	145
<u>32. Sentido del humor</u>	148
<u>33. Feminizar las relaciones</u>	150
<u>34. Ni domados, ni acorazados</u>	158
<u>35. Ellas.con o ellas.sin</u>	167
<u>36. El nido</u>	178
<u>37. ¿Tan sólo zánganos?</u>	187
<u>38. Eclipse del padre</u>	191
<u>39. Educar la pareja</u>	195
<u>40. Los abuelos</u>	199

<u>41. Una razón de ser</u>	201
<u>42. La tiranía de la autenticidad</u>	206
<u>43. Familias</u>	215
<u>44. Microcosmos familiar</u>	219
<u>45. Auditoría sentimental</u>	223
<u>Anexo I. De hombre a hombre, chequea tu machismo</u>	231
<u>Anexo II. Filmografía</u>	241
<u>Bibliografía</u>	257

A quien le gustaría nacer al menos dos veces.

Siendo una hombre y otra mujer.

**Todo discurso humano es subjetivo;
el mío sin duda lo es.**

JAVIER URRA

PRÓLOGO

¿Es verdad que las mujeres estamos buscando a un hombre que todavía no ha llegado y que los hombres, mientras tanto, añoran a una mujer que ya no existe? Un hombre que dice no a una mujer, ¿es menos hombre? ¿Buscamos realmente una sociedad en la que los individuos tengamos igualdad de derechos, o lo que estamos haciendo las mujeres en realidad es intentar dar la vuelta a la tortilla para poder tomarnos la revancha a la que nos creemos con derecho? Si usted se ha hecho alguna vez preguntas como éstas, enhorabuena: tiene en sus manos un libro que seguramente no le va a dar respuestas pero sí las claves para que sea usted mism@ quien las encuentre.

Hace tiempo que empecé a sospechar que la tan cacareada revolución femenina ha sido un auténtico fraude. Es cierto que en los últimos setenta años las mujeres hemos conseguido metas impensables a principios del siglo xx, y en ese sentido la lucha reivindicativa por unos mismos derechos ha sido un éxito total; sin embargo, si trabajar ocho horas fuera de casa como cualquier hombre y además llevar la casa, dedicarte a los hijos, cuidar de tu padre y estar estupenda es una liberación, que venga Dios y lo vea. La estrategia nos ha fallado por prepotentes, por intentar acabar con la desigualdad prescindiendo de los hombres, que, a fin de cuentas, son el 50 por ciento del problema. Dábamos por hecho que en cuanto nosotras consiguiéramos lo que queríamos, ellos automáticamente asumirían esa parte que necesitamos que ellos asuman para que la máquina funcione. Craso error. Dice Javier que la implicación de los varones en la lucha por la igualdad de derechos de los dos sexos es todavía superficial. Lógico: teníamos que haber previsto que desprenderse de una serie de derechos adquiridos no produce la misma euforia que conseguirlos.

En este sentido, las mujeres quizá estemos en una fase creciente, aunque sospecho que no demasiado satisfactoria. Ellos, por su parte, pueden tener la sensación de estar menguando ante un cambio en el que apenas han participado y ante el que, como ante todo lo que nos es desconocido, reaccionan con un cierto rece en el mejor de los casos. En el peor, con una absoluta agresividad.

Ahora ya no somos las mujeres las que les demandamos comportamientos y sentimientos históricamente femeninos; es la siempre impone que se los exige. Los pobres están perplejos: tienen que feminizarse -que no afeminarse, como muy bien explica Javier-, cuando la verdad es que han sido educados como hombres... ¡por nosotras!

Es posible que si usted es mujer haya comprado este libro buscando argumentos con los que reafirmar la superioridad femenina tan de moda, y que esté pensando además en dejarlo después sobre la mesilla de su hombre, para ver si de una vez se entera de lo que hay. Si es usted un hombre, es muy probable también que haya decidido leerlo por dos razones básicas: la primera porque piensa que la expresión «hombre menguante» esconde un interrogante, lo que resultaría muy prometedor -al fin y al cabo, como el autor es de su mismo sexo (corporativismo de género, ya saben), manejará argumentos que le permitan alabar la igualdad sin perder por ello sus privilegios la segunda, porque se lo ha encontrado sobre su mesilla.

En ambos supuestos estará usted en un error. En el libro de Javier Urrea no va a encontrar la balanza inclinada hacia ninguno de los dos lados. No es un libro feminista aunque tampoco deja de serlo y, desde luego, no arrima el ascua a su sardina masculina (¡hay que ver lo mal que suena esto!) a pesar de que tampoco deja de arrimarla en algunos momentos. Mujer creciente, hombre menguante es mucho más. Es ágil, original, de lectura fácil, aunque con esa miga de profundidad que Javier imprime a todas sus obras. Es sin duda un libro para leer en pareja, para buscar puntos de encuentro, para aprender a reconocer las ventajas de ser personas y ser diferentes. De las dos cosas al mismo tiempo.

Con este libro, Javier rara avis en la que confluyen dos virtudes difíciles de encontrar: la de ser un profesional fuera de serie y la de ser mejor persona aún- a convertirse, una vez más, en un observador minucioso del mundo que nos rodea, haciendo esa función de lupa que tantas veces nos ha ayudado a fijar nuestra mirada en todo aquello que nos es cercano pero que, precisamente por ello, jamás nos paramos a analizar.

Como hombre no sé si le habrá resultado fácil poner por escrito todo aquello que la mayoría de los de su género reconoce como sinónimo de debilidad. Como psicólogo, su trabajo es impecable. Por eso, aunque usted todavía no lo sabe que sea de los que dejan el prólogo para el final-, le aseguro que tiene en sus manos una obra magnífica y una magnífica guía para no perderse por los vericuetos del camino, tan cotidiano todavía y siempre tan peligroso, del «yo soy más y mejor que tú».

Si me permiten la sugerencia, no se lo lean de un tirón. Vayan capítulo a capítulo, analizando y reconociéndose o reconociendo al otro en cada párrafo. En todos ellos hay una reflexión que hacerse y, por qué no, que compartir.

Con Mujer creciente, hombre menguante el debate está servido y ya se sabe que la mejor manera de solucionar las discrepancias es discutir sobre ellas. Si además quien se

las pone sobre la mesa es alguien con la experiencia, lucidez, inteligencia y sencillez de Javier Urrea, el éxito está asegurado.

ELY DEL VALLE

INTRODUCCIÓN

Escribo porque me hace sentir inteligente en algún pasaje, porque hay quien me lo solicita y porque deseo dialogar sobre ideas. Desde hace ya tiempo, escribir es lo que me hace sentir mejor, exige tiempos de soledad para leer, subrayar, parir ideas, reflexionar, plasmar, releer, sonreír y autocriticarse.

Padezco el encajonamiento del profesional que sólo «debe escribir de niños», pero me gusta ser un autor poliédrico (un mismo objeto con distintos planos) para no convertirme en el funcionario servil de un tema. También estoy aprendiendo a rechazar todo lo superfluo, anecdótico, de puro brillo social, para poder dedicarme a comunicar lo que me interesa de veras y quizá lograr algo de provecho. Por eso comienzo este libro, que se compone de capítulos de fácil y breve lectura, de frases cortas con, espero, contenido. Pretendo generar debate y reflexión, interrogar y hasta provocar, confiando en que los lectores gusten de plantearse hipótesis, buscar respuestas, disfrutar de la ciencia y aborrecer los fanatismos y apriorismos estúpidos. Pido, pues, disculpas por buscar la interactividad del lector, por invitarle a contestar, aplaudir o discutir.

Creo que comparto el deseo de todo escritor de hacer reflexionar, reír o llorar. Escribir es un acto privado que trata de alcanzar el vínculo colectivo mediante la fantasía, la palabra, los silencios, la imaginación. Yo trataré de lograrlo recurriendo con frecuencia al humor, incluso al de grueso calibre. Creo que lo maravilloso de la vida estriba en que es única, y para disfrutarla hace falta no tomársela (ni tomarse a uno mismo) demasiado en serio.

La autoironía es muy benéfica, y también ejercitar el optimismo todos los días. Me pregunto cuál es la razón de que la felicidad sea tan escapista, pues en plena oleada de felicidad nos acosa la angustia de perderla. Por eso me interesa el cerebro, la caja negra que encierra las claves de nuestros sentimientos y conductas, allí donde se cuece la subjetividad de la percepción de uno mismo, del entorno, del mundo, que nos transmite la impresión de felicidad o tristeza, de integración social o de indigencia afectiva.

Me gustaría saber utilizar un lenguaje eficaz para comunicar que el ser humano sólo llega a conocerse en soledad. Hay que escudriñar y disfrutar el pequeño mundo de uno mismo. Disfrutar cada alegría de la vida en presente, sin añorar tiempos equívocamente percibidos como mejores o con la expectativa de alcanzar la gran felicidad. Nuestro estado de ánimo depende muchísimo más de la disposición de la mente que de las circunstancias que nos rodean. No perdamos el tiempo, la materia de la que se compone

la vida, en perseguir lo inalcanzable. No nos enganchemos a lo imposible por miedo a lo posible. Este libro invita a degustar la vida como el último trago de un buen vino: disfrutémosla y disfrutemos del amor a uno mismo, a los demás, a la naturaleza, a la propia obra, a la sorpresa. Y aprendamos a aceptar nuestras propias limitaciones y a minimizar la culpa y el sufrimiento.

Este libro habla de la mujer, del hombre, de luces y sombras, de parejas, de padres, de insatisfacciones y gozos, y de hijos. También habla de adultos que son analfabetos emocionales porque de niños no captaron, no se les enseñó, el idioma de la empatía, ni la tolerancia a la frustración. Si existe alguna posibilidad de alcanzar los alrededores de la felicidad, ésta consiste en aprender a aceptar la frustración, de todo tipo, pero muy especialmente la sentimental.

A partir de cierta edad, uno quiere proyectarse en el futuro, pero empieza a acumular muchos recuerdos, sensaciones y nostalgias que se autoinvitan sin previo aviso. Me siento empapado de paisajes, embriagado de personas y personajes, repleto de sentimientos. Me gusta el epitafio «¡Hizo lo que pudo!» o, mejor, «¡Lo intentó!». Como dijo Goethe: «No basta saber, se debe también aplicar. No es suficiente querer, se debe también hacer».

Mi proceso de reflexión y acción se inició trabajando con niños deficientes mentales, pasando después a hacerlo con jóvenes conflictivos privados de libertad; luego continué con adolescentes e interesándome por la escuela, los medios de comunicación, los grupos de iguales, la familia, los padres y, en la actualidad, la pare y los individuos como tales.

Ésta es la explicación de por qué he llegado a escribir este libro, desde mi coherencia interna, que podrán valorar aquellos lectores, alumnos, oyentes o televidentes que han seguido mi devenir en favor de los niños y los menos niños.

Antes de terminar esta introducción, me gustaría aclarar que el contenido de cada párrafo de este libro no es necesariamente compartido por el autor. El firmante ha olfateado en el aire las ideas y las ha transcrito para su reflexión y debate. Otras son de su cosecha.

PADRES *MISSING*, PADRES *LIGHT*



Nos encontramos con varones que viven en casa, pero no están en ella: asumen el papel de proveedores y dejan a sus hijos a la deriva porque su compromiso emocional está fuera de una casa que no alcanza a ser hogar. Un hijo lo explica crudamente: «Viene a dormir. Está trabajando. Bebiendo. De viaje. Se murió. Nos abandonó».

Cabe entonces preguntarse cómo se van a criar los futuros hombres sin un modelo con el que identificarse. Alguien dijo que la diferencia entre fe y certeza está en la relación que un hijo tiene con su padre y su madre, respectivamente.

Mientras tanto, la sociedad clama contra tantos niños irrespetuosos e ingobernables, y se abusa del diagnóstico de hiperactividad. Con psicoterapia y medicación se quiere reemplazar a un padre. Un vano propósito.

Las mujeres trabajan fuera de casa y con frecuencia deben asumir las tareas del hogar. ¿Se les puede exigir además que sean padres y madres al mismo tiempo?

Está claro que algo está pasando con muchos de nuestros niños y paralelamente algo ocurre con los hombres. Por razones obvias, los padres que han renunciado a la paternidad- ya no cuentan con el apoyo de sus compañeras, con su anuencia para participar en la crianza de los hijos, y cuando ocasionalmente intentan recuperar su papel de padres se topan con el desprecio, la crítica y la diatriba de las mujeres, que demuestran menosprecio y les hacen sentir que los subestiman. Esta actitud posiblemente sea una respuesta a la ausencia vivida como agresión, y ante ella el varón vuelve a exiliarse. No valoro el porcentaje de responsabilidad en tales situaciones, pero, por una u otra razón, lo cierto es que no se actúa como pareja, los adultos no forman equipo y tienden a culpabilizarse mutuamente. Ya lo dijo Arthur Bloch cuando, en su libro *La ley de Murphy*, menciona el principio de Jacob: «Error es humano. Culpar de

eso a alguien es aún más humano».

Quienes tratamos niños sabemos que, en un gran porcentaje de casos, detrás del síntoma del niño hay una disfunción en la pareja. En esta estructura dinámica y compleja, cuando el hombre no asume su compromiso y establece otras relaciones, introduce factores perturbadores que a la postre terminarán alterando su rol de padre.

En la medida de lo posible, las relaciones familiares se deben proteger para que el compromiso se afiance y no sucumba ante comportamientos inmediatos y dañinos. Pero lo cierto es que existe un elevado número de familias monoparentales, de hecho y de derecho, en las que la mujer está sola, o comparte la vida con un varón definido como padre fijo discontinuo. No me negarán que hay un importante grupo de padres missing (desaparecidos en combate) que a las doce de la noche dicen que están hablando para arreglar problemas de la empresa. Mentira. Tienen miedo a educar, al día a día, al encontronazo, a poner límites, a ejercer de padres.

Los light forman otro grupo de progenitores varones: blanditos y sin criterio, son incapaces de imponer o hacer cumplir normas; argumentan que todo es culpa de la presión de la sociedad, los medios de comunicación, el consumo...

Precisamos hombres y mujeres capaces de actuar con decisión, de ser ellos mismos, íntegros y coherentes. Los padres requerimos toda la serenidad del mundo y tiempo. Olvidamos la infancia para crecer y hemos de recordarla para educar.

En España, la familia es el referente fundamental para encajar la identidad. Pero fíjense: el 82 por ciento de los progenitores admite ser responsable del sobrepeso de sus hijos (el 16 por ciento son obesos y el 30 por ciento padecen sobrepeso). Añadan otro dato no referido necesariamente a la alimentación: el 89 por ciento de los padres declara haber pedido la opinión de sus hijos de 8 a 14 años sobre algún producto antes de comprarlo.

Estamos convirtiendo a los niños en consumistas, aunque sabemos que el consumo nunca se satisface y los niños son vulnerables a sus exigencias. Además, los niños sobreprotegidos son carne de depresión.

La escuela no puede ser el primer lugar donde un niño oiga la palabra «¡No!» (llevo años clamándolo ¿en el desierto?).

Miremos alrededor y veremos una sociedad infantilizada emocionalmente, incapaz de aceptar frustraciones. Las respuestas ante pequeños hechos, ampliados y

distorsionados por algunos medios de comunicación, bordean la histeria. Hemos llegado a confundir el movimiento con la vida y el coste con el valor. Estamos acostumbrados a vivir en el derroche, rodeados de vulgaridad. Erramos en la educación cuando la sociedad se desarma de autoridad y los padres, cual equívocos abogados, defienden a sus hijos a ultranza.

La familia se sustenta en el diálogo intenso, sincero, cotidiano. Tener hermanos influye de forma positiva, facilita el desarrollo psicoafectivo y la socialización. La educación entre hermanos conlleva conflictos, pero enriquece. ¡Atención padres missing.: no pocos hijos únicos, que pasan muchas horas solos por culpa de los horarios de sus padres, llenan ese vacío con otros hermanos virtuales.

¿SEXO FUERTE?



El primero que comparó la mujer a una flor fue un poeta; el segundo, un imbécil.

VOLTAIRE

Seguimos caminando por la senda que trazó el mito del sexo fuerte. El hombre no da a luz, no puede, pero antes se justificaba diciendo que, a cambio, iba a la guerra, más tarde a la mili, ahora ni eso... y tampoco lo desea. Los hombres sufren una mayor muerte perinatal y padecen más enfermedades físicas en la infancia; los niños que más acuden a los servicios de psiquiatría y psicología clínica son de género masculino. Es cierto que hoy las niñas sufren anorexia y bulimia, y las mujeres, estrés, alopecia o úlceras, pero la expectativa de vida de los hombres es siete años inferior a la de las mujeres.

Volvamos un poco atrás y recordemos los roles establecidos: hombre y mujer, ambos trabajaban, él salía de casa, al despacho o taller, y ella se quedaba a cuidar del hogar, los niños y de lo que hiciera falta; él recibía una recompensa monetaria y ella no, y si se quería comprar comida, enseres o caprichos tenía que pagarlos con dinero. Quizá la desigualdad y el mito del sexo fuerte empezó entonces.

¿Sexo fuerte? No olviden que, según datos de distintas instituciones oficiales, las mujeres tienen un 11 por ciento más de neuronas en los centros del lenguaje y el oído, y que su hipocampo (auténtica cuna de la emoción y la memoria) es mayor. Pero el mito sigue presente y fomenta la desigualdad. El 60 por ciento de las mujeres cree que los hijos son un obstáculo para su vida profesional. La mitad no puede repartir tareas con su pareja. El 8 por ciento sufre discriminación por su embarazo. España, junto a Italia, es el país con la tasa de fecundidad más baja del mundo. Sin duda, en eso influye que el 17

por ciento de las mujeres tendría que dejar de trabajar si trajera un hijo al mundo. Más datos: un 28 por ciento de las mujeres que son trabajadoras y también madres admite que la maternidad le obligó a reducir su actividad; otro 28 por ciento reconoce que tuvo que interrumpir su trabajo durante al menos un año, y un 21 por ciento confiesa que limitó sus oportunidades de promoción.

Cambiamos de tercio y volvamos a las estadísticas de la Fiscalía de Madrid de 2006 sobre violencia doméstica: las mujeres cometieron 2.589 delitos de violencia sobre sus parejas, de los cuales 698 fueron cometidos por esposas, 547 por ex mujeres, 587 por parejas de hecho y 757 por ex parejas de hecho. Estos datos no incluyen obviamente las agresiones del hombre a la mujer en la Comunidad de Madrid, ya que la Fiscalía las considera violencia de género.

Realidades, noticias, sucesos que derriban mitos, y espectáculos que los perpetúan. Cambio radical es un programa de televisión que emite (o emitió) Antena 3 y que ofrece grandes transformaciones físicas mediante cirugía estética. Es una adaptación de un programa de éxito en Estados Unidos, pero en España ha generado muchas quejas y denuncias. «Mi pareja no me dejará», «Podré reír», «Por fin bajaré a la playa con mis hijos», son algunas de las frases dichas por los participantes que se han utilizado para promocionar el programa, al que se acusa de machismo porque vincula la autoestima de la mujer con su aspecto físico.

Paco propuso matrimonio a su novia Sandra ante las cámaras después de que ella se sometiera a una liposucción y le operaran los dientes, la nariz y los ojos, entre otras modificaciones físicas.

Está previsto que en Cambio radical aparezcan 18 participantes, 16 de los cuales son mujeres. La razón se explicó al presentar el programa: el 80 por ciento de los 45.000 aspirantes eran mujeres. Esto parece demostrar lo unida que está la autoestima de la mujer a su aspecto físico, pero es evidente que la dignidad nada tiene que ver con las cartucheras o el pecho caído, y mensajes como éste hacen un flaco favor a la lucha por la igualdad.

Cuando este libro llegue a sus manos, probablemente el programa haya desaparecido, por dos razones: lo repetitivo y un rechazo social ocasionalmente verbalizado pero mucho más sentido. Colegios profesionales como el de Psicólogos o el de Médicos rechazaron públicamente estos contenidos expuestos ante una cámara de televisión.

Más allá de este programa, al que vaticinamos una corta vida, fijémonos en un

estudio de fines de los setenta, según el mal las mujeres lloraban unas treinta veces al año, mientras que los hombres lo hacían menos de seis. En una investigación actual se ha comprobado que tanto hombres como mujeres hemos aumentado los episodios anuales de llanto, 64 para ellas y 17 para ellos.

VULNERABLES Y DESORIENTADOS



En el año 2006, y sólo en la Comunidad de Madrid, los datos de la violencia contra las mujeres, según la Fiscalía, fueron los siguientes: 4 mujeres murieron a manos de sus parejas y 11 sufrieron sendos homicidios en grado de tentativa.

Se cometieron 588 delitos contra la mujer, 84 delitos de maltratos habituales y 10.000 maltratos ocasionales (violencia física y/o psíquica).

Se negaron a declarar durante el juicio 786 mujeres y 134 se retractaron después de haber denunciado ellas mismas algún tipo de agresión por sus compañeros sentimentales.

El 60,58 por ciento de los agresores son extranjeros. El fiscal jefe de Madrid subrayó: «Hay una mayor permisividad en la violencia del hombre contra la mujer en la cultura sudamericana y otras culturas extranjeras».

Tenemos muchos hombres violentos. Son culpables, pero ¿están heridos?, ¿sufren penas no reconocidas ni reconciliadas que se convierten en ira y ésta se expresa como violencia?

El hombre tiene una gran resistencia a ser identificado como víctima. Los hombres no se cuidan a sí mismos, no saben cuidarse entre ellos y no hay centros específicos para tratar a aquellos que lo precisan.

Quizá hoy haya muchos hombres que teman que el poder de las mujeres los humille. ¿Inseguridad?, más bien la sensación de que hay un colectivo que actúa en bloque, y un cierto miedo a salirse de lo políticamente correcto. Por ejemplo, si en una ponencia una mujer dice que hay un porcentaje de hombres tontos, consigue una sonrisa cómplice de hombres y mujeres; pero si un varón lo dice de las mujeres, es probable que no pueda

seguir hablando.

Hay hombres que viven su pasado y su presente con culpabilidad y disculpan a los hombres realmente culpables. Es vergüenza de género, por asociación genética de todos los abusos ejercidos por los hombres.

Cuando la madre desprecia al padre, el hijo varón asume el papel de cabeza de familia, si ella así lo orienta, o adopta una posición pasiva-defensiva si percibe a la mujer como una entidad castradora.

Los hombres hemos de abrazar nuestras carencias. Ciertamente no es cómodo, pero no hacerlo es suicida u homicida. Hemos de ir de la mano de los poetas, quienes describieron la infancia como el lugar donde se vive siempre.

¿Cómo se educa a los varones? En la educación no es posible el determinismo. Nada está decidido desde el principio. Las primeras palabras, contactos, caricias, tonos de voz, gestos y expectativas conforman un modo de amar, de posicionarse, una vivencia del mundo. Creo profunda y radicalmente que los genes no propician comportamientos, pero sí definen las potencialidades. Quizá el envoltorio sensorial de los niños varía según la primera interpretación de la madre. Hasta el estrés de la madre durante el embarazo influye en el feto: mediante ecografía se ha podido medir la aceleración de las palpitaciones de su corazón.

Estamos en un momento en que se nos quiere hacer comulgar con ruedas de molino, pues hay quien asegura que existen niños que nacen malos. No hay nada que me indigne más. Al nacer, los niños encierran todas las posibles grandezas y sólo pueden desviarse con desatención, errores continuados, incoherencia y dualidad. Por se buenos. Se lo dice alguien que lleva treinta y un años dedicados a los niños y jóvenes, y que ya ha publicado diecinueve libros con datos, experiencias y anécdotas.

No seré yo quien niegue el determinismo genético en trastornos como la esquizofrenia (al menos, en parte), pero seguiré defendiendo que el entorno, la organización social, puede tener sobre el enfermo un efecto protector o agravante.

Nuestro cerebro de primates superiores es plástico y se modifica constantemente, influido por los afectos y los sucesos de nuestra existencia. Ha evolucionado mucho y nos permite imaginar con toda certeza lo que sucede en los cerebros de los otros, ponernos en su lugar, ejercer la empatía. Estamos, por tanto, lejos de la fatalidad genética que propugnan quienes, cual inquisidores, se complacen en mostrar una imagen del hombre sometido a la dictadura biológica.

En 1950 John Bowlby precisó que la carencia de estímulos afectivos en la primera infancia podía explicar ciertas alteraciones biológicas. Los psicólogos evolutivos demostraron que entre un gen y una conducta convergen mil factores determinantes de naturaleza diversa que refuerzan o debilitan la etapa siguiente del desarrollo. Pese a todo, habrá quien busque las explicaciones más variadas en los genes, desde el asesino nato al violador, pasando por el depresivo y el obsesivo. Encryptados en ciencia, son ignorantes y como tal tienen algo envidiable: ¡su seguridad!

En definitiva, somos vulnerables y, entre otras cosas, debemos aprender a vivir en la inestabilidad, en el cambio. Lograr un mundo en que los sentimientos vayan por delante de las identidades sexuales.

Apreciar los sentimientos y expresarlos es la asignatura pendiente de muchos hombres. En estos tiempos y en Occidente tenemos varones desnortados, en quienes la educación que recibieron de sus padres no coincide con las exigencias de su pareja, con las imposiciones de los hijos y quizá con sus propios deseos. Precisan un urgente reciclaje, porque no saben si ser metrosexuales o afectivos, o si han de entrar o salir del armario. Desean ser razonables, negociadores, democráticos, pero en ocasiones añoran el autoritarismo de su padre, el papel asignado al varón en tiempos ya pasados. Están confundidos, les gusta acicalarse, mostrarse tiernos, acomodarse en un entorno más rico y lleno de matices, pero se preguntan: ¿qué se espera de ellos?

Porque algo falla. En un mundo donde supuestamente impera para ambas partes la igualdad de elección para amar o simplemente practicar el sexo, ¿cómo se explica la multiplicación de páginas de contacto en los periódicos, la proliferación de clubes de alterne en las carreteras o de servicios de compañía en los hoteles, todos de pago? ¿Qué fantasías no se cumplen con la pareja, qué insatisfacciones ocultan estos encuentros tan breves como continuos? ¡Y qué decir de la pornografía infantil, demandada por algunos varones! Un negocio lucrativo detrás del cual se esconde la prostitución infantil o el incesto. También podríamos adentrarnos en el doloroso mundo de la violación, la agresión sexual, el placer de dominar y el sadismo. Es el ámbito de las dobles vidas: ocultos agresores que parecen correctos ciudadanos y atentos padres de familia.

Falta plenitud emocional y sexual, primordialmente en el varón. Y ante ello la sociedad no exige buscar las etiologías e intervenir, sino que lo acepta todo o casi todo, devalúa lo correcto e introduce la duda entre el bien y el mal: ¿qué importa la triangulación del amor, el masoquismo o que un padre decida irse un día con una nueva pareja del mismo sexo? «¿Por qué lo llaman amor cuando quieren decir sexo?» (Groucho Marx).

Un hombre blanco paga a una joven venida de lejos para dar salida a sus instintos, cuando no desviaciones. ¿Ésta es la integración, la multiculturalidad?

Volvamos al varón desorientado. Indiquémosle, tan sólo, que la felicidad se basa en la capacidad para convivir; que no se debe tener miedo a comprometerse, a aceptar responsabilidades.

NARCISISMO



Cambiando de tema, pero no tanto, habría que recomendar a los psicoanalistas que actualizaran algunas enseñanzas del gran maestro, Sigmund Freud. No estoy seguro, ¿pero de verdad hoy las mujeres se traumatizan por la carencia de pene? Más bien parece que es el hombre quien sufre ante una vagina no castradora, pero sí insatisfecha.

A cambio hay que reconocerle a Freud su acierto en la obra *El malestar en la cultura*, donde plantea que la insatisfacción del ser humano por la cultura se debe a que ésta controla sus impulsos sexuales y agresivos.

No seré yo quien se adentre en el terreno del subconsciente, pero me gustaría escuchar a Jacques Lacan o a Melanie Klein refiriéndose al narcisismo del varón actual. ¿Ve en el espejo a su madre, se ve a sí mismo o simplemente no se ve? Creo que era Drácula quien al mirarse en esas aguas que son el espejo, no aparecía. Claro que si nos apoyamos en el cine, podemos recordar a quien no es visto por los demás, salvo cuando se cubre de vendas: La momia. Hay hombres y mujeres que no son más que sus joyas o sus marcas de relojes, coches, vinos, aguas, ropas, zapatos, gimnasios... Por sí mismos no son visibles, simplemente no son.

En su libro *El arte de amar* Erich Fromm nos hace reflexionar sobre este tema al decirnos: «No obstante el profundo anhelo de amor, casi todo lo demás tiene más importancia que el amor: éxito, prestigio, dinero, poder; dedicamos casi toda nuestra energía a descubrir la forma de alcanzar esos objetivos y muy poca a aprender el arte de amar».

Luego están los Peter Pan, los que no desean crecer, los que se mantienen en la seguridad de la infancia. Hay muchos adultos que no lo son, ¿cómo van a participar en

una pareja, cómo formarán una familia?

Vemos a hijos que han de cuidar a sus padres. Pobres hombres. Y, al contrario, observamos a chicas jóvenes que han de soportar las miradas libidinosas y las frases soeces de viejos que deberían huir de lo patético y manejarse con dignidad.

Soy un admirador de la figura de la madre (lo que es propio de bien nacidos) y no puedo dejar de preguntarme: ¿cómo educan algunas madres a sus hijos para que haya tantos hombres que no respetan a las mujeres? Obviamente, también habría que preguntárselo a los padres varones.

No obstante, no se puede olvidar que quien educa imbuido de una cultura machista cree que está haciendo lo correcto; es lo que aprendió y, por la razón que sea (religión, costumbres o creencias), no se ha planteado el cambio. Cree que la vida es así, aunque la perciba como un sacrificio.

Conozco el caso de una mujer que esperó hasta después de tener dos hijos para decirle a su marido que de niña sufrió incesto. La respuesta que recibió de su esposo fue: «¿Quieres decir que yo no fui el primero?». Sin comentarios.

Unos párrafos antes mencionaba a los Peter Pan, los hombres que no renuncian a ser hijos para empezar a ser padres (y su figura complementaria, Wendy, la madre sobreprotectora que asume las responsabilidades que Peter Pan rechaza), pues bien, para madurar es preciso saber quién es uno mismo, además aceptarse y tratar de mejorar: aprender a manejarse en la duda, en la incertidumbre, a resolver conflictos y a convivir manteniendo relaciones emocionales claras; aprender de los fracasos; ser coherente con uno mismo; cumplir los compromisos; afrontar retos y problemas; ser autocrítico; tener buen humor y regalarlo; y aprender a meterse en la piel del otro.

ESLABONES PERDIDOS



Los hombres han de ser lo suficientemente fuertes para ser tiernos, pero en el extremo opuesto nos encontramos, por ejemplo, a ese varón español que hace las Américas para traerse una mujer.

Ciertamente, el hombre, como parte del género humano, es difícil de describir, pues la policromía del tapiz es muy rica. Los hay sedientos de soledad, adictos a la intensidad, poetas de lo efímero. Me preocupan los varones incapaces de mirarse a sí mismos desde fuera; los que tienen el miserable temor de ser sentimentales; los que nunca desearon aprender el juego de «el que no sabe lo que siente el otro pierde»; los que se vanaglorian de ser unos pichabravas; en definitiva, los que piensan con los genitales y son incapaces de entrar en contacto con su yo interior. No olvidemos que el símbolo del que nos hemos dotado los celtíberos es el toro, provisto de su generosa bolsa testicular y de los no menos prominentes cuernos. Y es que el hombre se mide por tamaños: volumen de los genitales, número de eyaculaciones, longitud del pene...

A todos estos hombres les vendría bien cuidar de una planta, al menos, pues les obligaría a dar un afecto incondicional. Algunos con vocación nihilista olvidan que lo que mejor mantiene vivo a un ser humano es la necesidad de ayudar a los demás; deberían saber que un buen desarrollo emocional es la garantía para un buen desarrollo intelectual. A estos tipos tendríamos que escribirles en el diagnóstico: «Tiene el yo fracturado».

Si bien el sexo sigue siendo un intercambio, en ocasiones de nada por amor, los que sólo piensan en él deberían percatarse de que el arte de seducir ha experimentado una verdadera revolución: los rituales de apareamiento se han transformado y para tener éxito con las mujeres ya no cabe retroceder a tiempos cavernarios, de fuerza, exhibición,

valor y animales recién cazados. Si se mira alrededor, aún veremos machos que creen tercamente que todo consiste en llamar la atención de la hembra, cubrirla y luego descansar con una reparadora siesta. Quedan sobre la tierra y en el ciberespacio auténticos eslabones perdidos. Puede que no sepan querer, pero alguien debería recordarles un viejo proverbio americano: «Si quieres recoger miel, no des puntapiés a la colmena».

DON JUAN SE JUBILÓ



Siempre estamos obsesionados con «no dar la talla», la inseguridad nos lleva a razonamientos imposibles y patéticos. Y si bien existe la complicidad masculina, hoy el hombre se siente cuestionado, en tierra de nadie. El pequeño gran hombre sueña con la leyenda del indomable, fantasea con ser un cowboy de medianoche.

Muchas veces obsesivo, a través del otro se habla a sí mismo, aprendió pronto que lo primero es querer a uno mismo, quizá porque piensa que no se puede satisfacer al cien por cien a una mujer. «Ellas precisan transmitir su insatisfacción», al menos así lo piensan muchos hombres.

La mayoría de los hombres somos cómplices del proyecto dominante de masculinidad. Nos miramos en Clark Gable o Clint Eastwood. Hemos ubicado el miedo en la esfera de la emocionalidad femenina.

El varón está en crisis. Crisis en chino es la unión de dos ideogramas que significan oportunidad de cambio. El cambio es necesario. Siempre lo ha sido. Bruno Bettelheim afirma que los hombres han erigido su poder y sus instituciones con el solo fin de contrarrestar los poderes de la mujer, originalmente muy superiores. La palabra crisis me gusta.

El hombre también está determinado por la sociedad y se adapta. Pasa de encarnar al vaquero de Marlboro, orgulloso, duro, correoso e independiente, a ser helénico, refinado, urbano, un metrosexual que usa cremas hidratantes y se hace limpiezas faciales, para inmediatamente después volver al caballero de antaño, el hombre que confía en sí mismo, el übersexual («el más grande»).

Y más allá de las generalizaciones a las que este libro se obliga, siguen existiendo los que imitan el modelo Humphrey Bogart, protector, arrogante, duro y cínico. Hombres

que creen que la mujer es muy cambiante; «véase su ropa», dicen.

Varones miopes, hombres de mármol, que sienten la pérdida de privilegios, que captan la dificultad de vivir con una mujer que piensa y que discute en el trabajo, en la casa o en la calle. Pero que no alcanzan a ver lo mucho que tienen que ganar en el mundo de los afectos y las relaciones personales. Hombres que se sienten seguros imponiendo y que creen que las mujeres se sienten seguras siendo sumisas.

Hombres que, para recuperar el poder sobre las mujeres, emplean maniobras definidas como «micro machismos», a veces inconscientes (pero no inocentes), algunos intimidantes: tomar decisiones sin consultar, controlar el dinero, uso expansivo del espacio físico, maternalización de la mujer, delegación de la carga doméstica, promoción de la explotación emocional, desautorización, paternalismo, autoindulgencia, «hacerse el tonto», resistencia pasiva, dar lástima, hacerse eco de sus méritos («ayudo en casa»).

Otros varones quieren superar la imagen de la bella y la bestia, y saben que la mujer está en busca del hombre metroemocional.

Muchos hombres hoy se sienten frágiles, casi víctimas de la mantis caprichosa, cariñosa, fatal, seductora y que los devora. Les asusta la viuda negra, competitiva, autónoma, que dirige empresas, que viaja y domina idiomas, que puede usar y desligarse de los hombres.

Impotentes en las relaciones sexuales y en el trabajo, impotentes al sostenerse en un modelo de masculinidad que se resquebraja. Los hombres han cambiado menos y han culpabilizado menos.

Muchos varones se ven atrapados por el denominado «complejo de Hércules», avergonzados por no poder evitar los errores, sumar años y sentir tristeza, y lo callan, lo ocultan, no dan muestras de derrota.

Consciente de que hace tiempo que superé la crisis de los cuarenta sin notarlo, pienso que no se trata de lo que las mujeres quieren que seamos, sino de lo que somos y queremos ser. Por cierto, hay mujeres que empiezan a revolverse contra una campaña en la que se vapulea al varón. Véanse los anuncios en televisión: el cien por cien de los incompetentes son hombres.

Los hombres no reaccionan, no pueden o no saben, lo más que se permiten decir en público de una imperfección femenina es que «aman demasiado». El hombre se siente desconcertado y primordialmente prescindible y superfluo.

En las series de televisión, sobre todo si son familiares, es fácil encontrarse con la figura de un padre que más que inepto es un idiota. ¿Quién realiza los guiones y con qué intención?

Hay que analizar el silencio del hombre. La disfunción eréctil afecta en mayor o menor grado a la mitad de los hombres entre los 40 y los 70 años. Menos de un diez por ciento busca ayuda médica.

El hombre que rescata a una mujer frágil y pasiva desapareció, los príncipes azules y los caballeros blancos ya se fueron. Muchos hombres dedican la mayoría de las horas al trabajo, lo identifican con su poder y relegan a la mujer al papel de espejo donde se refleje su ego, donde se fije su autoridad.

Los hay que se sienten en riesgo de ser atrapados y domesticados: «¡Lo cazó!». Pasa el tiempo, tienen esposa e hijos, quieren ser infieles, pero manteniendo lo que tienen. Demandan a su pareja la monogamia, pero, como un tramposo afectivo, se saltan su compromiso de reciprocidad.

Hombres que exponen que sus mujeres sentirían celos si ellos se implicaran emocionalmente con otra mujer, pero que sufren mucho más ante la posible infidelidad sexual, un dolor psicológico y hasta casi físico.

Para algunos, lo que cambia es la demanda y la oferta, siguen gustando de la imagen rotunda y exuberante del póster de taller mecánico -señoras dotadas y tibias-, sin embargo buena parte de la moda y la publicidad han impuesto un canon de mujer sin curvas, pechos ni caderas, longilíneo y austero.

En todos los aspectos, el modelo de nuestros abuelos y padres en relación con las mujeres hoy no nos sirve. Al fin, se van abandonando los rasgos autoritarios que proyecta la imagen del hombre a partir del poder. Pese a todo, el patriarcado se adapta universalmente a los distintos sistemas económico-políticos, basándose en dos principios, a saber: el dominio del varón sobre la mujer y del adulto sobre el joven.

Muchos hombres siguen relegando a sus mujeres al papel de lubricante social. ¿Las geishas de Occidente? El machismo se perpetúa, basta escuchar a algunos jóvenes varones o a los padres cuando nace una niña o un niño («qué linda es» versus «¡qué dotado está!»). Diferentes expectativas que nada tienen que ver con la naturaleza biológica de la procreación de un nuevo ser, donde la mujer siempre colabora con un gen X y el hombre con uno X o Y (de acuerdo con su aportación será niño o niña, hombre o mujer).

Después, algunos de estos niños o niñas sabrán que su padre duerme con su madre, pero casi no lo verán. Todas y todos sabemos que la igualdad de oportunidades entre mujeres y hombres se logrará cuando el hombre intervenga en los trabajos domésticos y en el cuidado de los hijos con la misma intensidad y dedicación que la mujer.

En la transición entre el hombre machista y el hombre igualitario, hay muchos peldaños. Uno de ellos debe dar una respuesta positiva a la pregunta ¿puede un hombre ejercer como madre, además de ejercer como padre?

La paternidad puede facilitar el cambio en los varones, transformando no sólo la relación con el hijo, sino con su pareja y con todo el mundo. En ese sentido, los padres que experimentan la responsabilidad durante el embarazo y el parto se encuentran más capacitados para expresar sus emociones. Todavía hoy, cuando un varón solicita baja paternal llama la atención, pero es que si la madre renuncia a parte de su permiso en favor de su marido también produce estupor.

Quedan (¿y por qué no?) gestos de la galantería masculina y la coquetería femenina. Se arrastran ritos en las instituciones militares y policiales que exigen pruebas orientadas a la solidaridad viril, si bien la presencia cada vez mayor de mujeres está permitiendo un cambio rápido y profundo.

La fanfarronería, el miedo a que los miembros de su grupo de iguales puedan tildarles de cobardías, hace que algunos varones no utilicen medidas de seguridad, elevando el número de accidentes laborales. La virilidad parece condenar a algunos hombres a ser más que agresivos, violentos y/o a acudir a prostíbulos, restaurantes de comida rápida, donde se satisface un instinto y se sale corriendo.

Hay muchos temas que los varones deberíamos contestar, por ejemplo: ¿la falta de hombres conlleva más homosexualidad, qué piensan al respecto las mujeres? Y también plantearnos la rivalidad o el lugar del varón, ya sea padre o hijo. Es el caso de aquellos amigos de 50 años que se unen sentimentalmente con una chica de 27, ¿qué piensa su hijo de 28?

Por otro lado hay hombres jóvenes que no terminan de captar qué es lo que las mujeres de su edad esperan de ellos. Saben que no han de parecerse al macho de antaño, pero les genera confusión y ansiedad el encontrar nuevas pautas de conducta. Al fin entienden que el donjuán está jubilado.

ESPERANDO QUE LES BAJEN LOS PANTALONES



La prostituta presta atención, vigila a su retoño, le cuida y satisface en su demanda de asistencia. El hombre goza, casi sin hacer nada. No se obliga. ¿Sustituto de un maternaje?

Me pregunto: si todos los hombres fuesen fieles, ¿con quién engañarían algunas mujeres a sus maridos? Quizás con algunos solteros, hombres sin pareja. Prosigamos.

Hay mucho sexo como objeto de consumo, y equívoco amor entendido como dependencia. Tenemos que cuidar la higiene de los sentimientos.

Se detecta venganza femenina al dejar de sentirse mujeres-objeto y humillación masculina pues hay hembras que se procuran hombres-objeto. Quizá no se pueda hablar de venganza, sino de un objetivo alcanzado. No es venganza, es logro. Quizá tampoco quepa hablar de humillación masculina; la mujer, tal como el hombre, busca satisfacción sexual y se siente ahora más libre para hacerlo. Es la búsqueda del placer propio y no de la humillación del otro.

La masculinidad ha perdido el soporte simbólico de ciertas visiones del macho (fuerte, luchador, héroe, jugador), por contra se promueven imágenes de pronta caducidad, como la denominación de metrosexual. Es la búsqueda desenfrenada de identidad.

El varón se oculta y consume mucha pornografía, lo hace sin riesgos, demandando aquello que da respuesta a sus fantasías, y algunos explicitan esta conducta. No quiero creer que el único amor verdaderamente fiel es el amor propio.

Desaparecieron los dandis, aquellos que sabían como encender el deseo, mientras se

mantenían impasibles.

Habría que plantearse si lo viril se sostiene desde la desnudez. Recordemos a quienes nos antecedieron, aquellos caballeros de los que había que tirar con fuerza para quitarles las botas, o los que les precedieron, que llegaban con sus imponentes armaduras de hierro. Hoy muchos hombres corretean desnudos por las playas.

Llegados aquí, reflexionemos sobre la prostitución, actividad en la que cada vez trabajan más varones en los países desarrollados. La mayoría de las meretrices ejercen la profesión voluntariamente, pero sin derechos ni seguridad. Creo que el problema de la prostitución es penal, pues se da frecuentemente la explotación de la mujer en estos ámbitos. Hay que garantizar la voluntad de quien se dedica a la prostitución, es decir, la libertad de los seres humanos en el sentido más pleno del concepto, su dignidad.

La prostitución requiere debate y decisión. El modelo sueco penaliza al cliente y exonera de toda responsabilidad a quien se ofrece. El modelo francés castiga con severas multas a quien vende sexo en la calle, no a quien lo reclama. El modelo alemán y holandés legaliza la prostitución y la someten a los controles y a la fiscalidad propios de una actividad laboral más. En España negamos la mayor, y si bien es cierto que la prostitución denigra a la mujer, no es menos cierto que la oferta y la demanda cada vez van a más y deberán arbitrarse normas y controles por el bien de quienes acuerdan esta poco edificante relación de adultos.

FANTASÍAS SEXUALES



Un misógino romántico dijo: «Las mujeres son botellas de agua de Seltz en las cuales nosotros introducimos champán».

El mito del libertino, del donjuán que no se concede un reposo, del esclavo del deseo, del conquistador sin freno, siempre corre en pos de un horizonte inalcanzable, de un ideal que se esfuma, y es que con la posesión se desvanece el atractivo de lo poseído. Don Juan, mito universal de origen hispánico: «Un donjuán no es el hombre que hace el amor a las mujeres, sino el hombre a quien las mujeres hacen el amor» (Ortega y Gasset).

Hay niños que, al nacer, lo primero que oyen de su padre es: «¡Qué bien dotado está mi hijo!». Es el mismo niño que oye al padre decir con un tonillo complacido: «Ya le gustan las chicas y no tiene ni tres años».

De aquí a la eternidad, en eso piensan muchos hombres, fantaseando con la cura de unas hipotéticas heridas por una mujer bella que ejerce de enfermera mientras su bata permite que la imaginación vuele; metáfora psicológica que alude al descanso del guerrero; narcisismo que imagina a la mujer en lo privado ofreciéndose a su hombre para restañar sus heridas, ya sean físicas o emocionales, tras enfrentarse a un mundo hostil. La mujer servil, afectuosa, cálida, le da ternura, ánimo, apoyo, comprensión, y a él le sube... la autoestima.

Es verdad que las cosas han cambiado y hoy vemos ejecutivas trajeadas, con corbatas inequívocamente masculinas, que gustan del sexo ocasional, o no. Hay chicas jóvenes que para evitar disculpas tan clásicas como el dolor de cabeza plantean al hombre la convivencia si aceptan el sexo esporádico o incluso nulo (y son correspondidas). Tampoco sorprende que mujeres solas o casadas se reúnan para presenciar striptease masculinos, ululando con cada exhibición.

El sexo siempre ha sido obsesivo, antes sexofóbico, ahora sexofílico. De un extremo al otro, es como el chiste en el que el masoquista dice: «Hazme daño» y el sádico le contesta: «No».

Hay quien afirma que la sexualidad humana es inherentemente traumática. Lo que hay es para todos, desde el hombre de sexo oral a la señora que cambia de amantes como de opinión.

Puede ser que el hombre (¿y la mujer?) tenga la fantasía universal del priapismo. Una erección sin límites. Y es que la mujer está siempre disponible para el coito, el hombre no. Además, no se puede ser sublime sin interrupción. La disfunción eréctil es una patología que en España afecta al 41 por ciento de los hombres adultos. Sin embargo, los varones piensan aproximadamente el triple de veces en el sexo que las mujeres (sobre todo si son jóvenes). Esta aseveración excluye quizá los tres días previos a la ovulación: hay mujeres que afirman que en esas fechas se acercan más a ellos, se pintan más los labios y bajan el escote.

Somos pura paradoja. A un gran número de hombres mayores les gustan las mujeres jóvenes. Y a un gran número de jóvenes les gustan las mujeres mayores. Sorprendente: hay quien va con prostitutas y exige no usar el preservativo. Llamativo: hay quien hace el amor con la luz apagada. Anecdótico: una doctora en cirugía casada con su enfermero. Cotidiano: el médico casado con la enfermera. ¿Y eso? Puestos a cuestionar cosas, ¿es igual la relación que se establece entre hombre blanco y mujer negra que la de hombre negro con mujer blanca? Más preguntas: hay mujeres que solicitan reducción de mamas, ¿se imaginan a un hombre que solicite reducción de pene? Complejidad: el dolor que produce placer (sadismo y masoquismo). Autodestrucción y esperanza: la transexualidad. Perplejidad y preocupación: frases oídas a chicas jóvenes de pueblo, que manifiestan sentirse orgullosas de que sus novios «vayan de putas» (prueba inequívoca de virilidad y potencia difícil de calmar). Disgusto: ante jóvenes varones que hacen zapping con el cariño, ellos don Juan de Zorrilla:

*Uno para enamorarlas,
otro para conseguirlas,
otro para abandonarlas,
dos para sustituirlas
y una hora para olvidarlas.*

Para concluir este capítulo, vayamos al cine. Luis Buñuel se pregunta sobre la represión sexual y si de verdad el sexo libera. Veamos *Viridiana*, *Belle de Jour* y *Tristana*.

Hay hombres que aman a las mujeres, los hay que no son machistas, son feministas. Algunos estiman que la mujer más importante de su vida es su madre. Veamos *Todo sobre mi madre*, de Pedro Almodóvar. También podemos visionar a un personaje cargado de erotismo simbólico: *Drácula*. «Erotismo es la pornografía vestida por Christian Dior», según Luis García Berlanga.

Violencia y sexo, cruce de piernas y picahielos, Sharon Stone y Michael Douglas, puro atavismo. En *Instinto básico* se entremezcla el masoquismo, el riesgo, el consentimiento. Sexo y dinero: la compra de la libertad sexual. El machismo se hace cine en *Una proposición indecente*, de Adrian Lyne. Robert Redford nos señala de forma explícita el mercadeo con el sexo.

Un hombre que en su vida estaba torturado por el sexo, que hablaba de las rubias frías que son capaces de bajarte la bragueta inmediatamente, dirigió soberbias películas como *La ventana indiscreta*. Hablo, sí, de Alfred Hitchcock y de sus guiños a la violencia sexual, el voyeurismo, las relaciones sexuales a distancia o la castración. Las relaciones de dominación vienen de la mano de Stanley Kubrick en *Eyes wide shut*, con Nicole Kidman.

ADIÓS A MI CONCUBINA



Las relaciones extramatrimoniales no son siempre o exclusivamente sexuales. Obvio. Pese a ello, hay un gran aumento del número de hijos extramatrimoniales (en Suecia supera el 55 por ciento, según su Oficina de Estadística).

Las reglas de las relaciones están en un proceso de redefinición, pero mientras hablamos de liberación hay mujeres y hombres que son contratados en las tertulias televisivas por el gran mérito de haberse ido a la cama presuntamente con un famoso. Algunos hombres dicen no poder resistirse a las seducciones extramaritales, pero conviene recordar que el denominado sexo casual tiene sus peligros (no sólo físicos), pues la fugacidad no impide que surjan emociones difíciles de controlar. Otros afirman que no pueden convencer a sus propias esposas de que hagan el amor, por lo que hacen uso de la prostitución como trastienda del matrimonio. Y no faltan los que aducen que van a puticlubes para liberar su libido, para llevar a cabo fantasías que nunca se atreverían a realizar con la madre de sus hijos. La demanda del «sexo de peaje» no para de crecer, hay quien acude habitualmente y, más allá del imaginario masculino, convierte cada visita en una rutina.

Muchos hombres se sienten muy poca cosa porque «no pueden llevar» a su mujer al clímax.

¿Hay parejas que tácitamente acuerdan que periódicamente el hombre contrate los servicios de una prostituta? Para algunos solteros su única pareja es una prostituta, es una relación ocasionalmente monógama de pago.

Tras lo escrito anteriormente, cobra todo su sentido lo que dicen las prostitutas: no tiene más clientes quien tiene un cuerpo más escultural, sino una conversación más atractiva. Hay algo de recreación conyugal (escasa), la había más con la querida, pero a

cambio la discreción no estaba tan garantizada, pues siempre quedaba la vana esperanza de que el varón abandonara a su mujer para formar otra pareja.

Mediante el pago se evita la posibilidad del rechazo, se minimiza el esfuerzo para dar lo mejor de uno mismo. Algo parecido a lo que ocurre con los hombres maduritos que se deslumbran con «lolitas emocionales», que les adoran y admiran, sin exigirles una contraprestación equiparable.

Los hombres (casados) no se interesan por la biografía de la prostituta, ni por si obtiene placer durante el acto sexual (dan por hecho que no), aunque ellos busquen lo contrario. Hay quien cada vez que va a un garito se enamora. En fin, que hay quien va a buscar compañía, no sólo sexo, va a hablar... Por cierto, resulta significativo el número de jóvenes que van con asiduidad a locales de alterne «en busca de algo que no encuentran en las chicas convencionales».

Cerca de un 40 por ciento de los varones españoles dice haber contratado en alguna ocasión los servicios de una prostituta. Los clientes son socialmente heterogéneos, la mayoría cuenta con pareja estable y considera que esta forma de ser infiel es mucho más liviana y llevadera que la tradicional querida.

Aunque existe el día de San Valentín, una jornada dedicada al amor que en algunos países es fiesta nacional, abundan las parejas (matrimonios o concubinatos) en las que un miembro no desea mantener relaciones sexuales y el otro las busca fuera de casa (y la pareja lo sabe y admite, siempre que prevalezca la discreción y precaución necesarias).

Los datos comparativos a escala europea sitúan a los hombres españoles como los que más a menudo acuden a prostíbulos. El pago justifica el desapego. La prostitución vista como un servicio. Los precios han bajado, y las posibilidades de elección, aumentado. Chicas más jóvenes, decenas de ellas en cada local, de distintos colores y características. Se recrea la imagen mítica del harén.

Mientras unos entienden la prostitución como una violación de los derechos humanos de las mujeres, otros la entienden como una forma de autodeterminación. Ha resultado sorprendente e interesante la modificación legislativa en Suecia (1999) que persigue penalmente a los clientes de la prostitución. Su filosofía estima que la prostitución es parte de la explotación del hombre sobre la mujer, considera punible la conducta del cliente y la penaliza, mientras que a la prostituta no se la persigue porque se entiende que es la víctima. Como contraste, en las despedidas de solteros españolas los amigos todavía incitan al novio a tener relaciones sexuales en un burdel.

Hay razones y excusas de todo tipo para ir a mancebías o lupanares. Los que se consideran feos o poco agradecidos explican que también tienen derecho a una vida sexual y afectiva, aunque sea pagando. Lo cierto es que van donde las mujeres son jóvenes y deseables, y no parece que los clubes de alterne sean el mejor lugar para iniciar unas relaciones afectivas.

Existe demanda, como lo demuestra el que los cuatro principales diarios de tirada País, El Mundo, ABCy La varios millones de euros de ingresos al año mediante los cada vez más extendidos anuncios referidos al sexo. Pero hay excepciones: el Diario de Navarra no publica anuncios de contactos y algún periódico gratuito los suprimió meses atrás, siguiendo la recomendación del Congreso de los Diputados dirigida a todos los medios de comunicación.

Hombres y mujeres llevamos la máscara de la educación, nos manejamos con roles sociales atribuidos, y es la sexualidad la que nos recuerda los instintos animales. La relación erótica se baña de tendencias agresivas. La sexualidad llena de placer, pero difícilmente colma las expectativas, ya sea por la represión introyectada, los componentes cuasi sádicos refrenados o los factores de bisexualidad -que algunos autores atribuyen a toda persona-. Seres humanos complejos buscan el placer del ménage à trois (o a cuatro, cinco...), pero sufren porque en definitiva desean un cariño personal, bidireccional, único.

Vitalidad, entrega, demanda. Se puede llegar a odiar a quien se amó, se puede llegar a amar a quien se odia. Amor y poder, palancas que mueven el mundo, gemelos siameses pues, como ellos, no sobrevivirían a la separación.

Poder que los hombres violentos interpretan como humillación a la mujer. Tratan de rebajarla a través del sexo, a lo que se incita desde la pornografía (la misma que consumen mucho los jóvenes). Hay mujeres que todavía entienden que es normal aceptar prácticas sexuales que no les gustan. También resulta lastimoso que se abuse tanto de la sexualidad como moneda de cambio para la reconciliación tras la típica bronca de pareja.

Carla Corso, ex prostituta italiana, escribió un libro en el que hacía referencia a sus muchos clientes, e indicaba que estaban obsesionados por su pene, tanto es así que frecuentemente le preguntaban: «¿Cómo la tengo?». Ni que decir tiene que en su boca estaba la espada castradora que podía arruinar la autoestima del hombre para muchos años o para siempre.

Poco sexo y rápido (15 minutos de media). El estrés y el precipitado ritmo de vida son las excusas argumentadas por el 68 por ciento de la población española para explicar

su vida sexual calificada como pobre e insatisfactoria, según el estudio realizado por la Federación Española de Sociedades de Sexología titulado El español ante el sexo: verdades, realidades y mitos.

Habría que reinterpretar qué se quiere decir con la expresión «pareja de hecho» pues hay matrimonios que nunca mantienen relaciones sexuales.

Quisiera acabar este capítulo con un guiño a la estética de la sexualidad, es decir el erotismo: como bien dice el amigo José Antonio Marina, «El erotismo es al sexo lo que la metáfora al lenguaje».

¿POR QUÉ LOS HOMBRES SON COMO SON?



Hasta cuando se suicida, el varón piensa en hacerlo como un hombre (más hacia el exterior): tirándose al vacío, arrojándose al paso del tren, haciéndose el harakiri. Por cierto, las mujeres lo intentan con mucha más frecuencia, pero sin conseguirlo.

Ser chico ya significa entablar batallas. De mayor, si se muestra débil oirá de hombres y mujeres que «no tiene pelotas».

El hombre asume un gran sentimiento del deber. Creció creyendo que tiene la obligación de traer el sustento de la casa, el pan de cada día, que es un transportista (considera que tiene que limpiar los coches). Hoy, las mujeres, en su voluntad de redefinirse, han obligado al hombre a hacer otro tanto. Ya no está siempre donde se toman las decisiones, ni es el proveedor exclusivo del hogar.

La causa del machismo, de la inseguridad, la agresividad, la celotipia o la irresponsabilidad debe buscarse en el cultivo del narcisismo masculino, por haber sido deseado, porque se le permitieron más excesos que a las mujeres, sus deseos pulsionales se tornaron prioritarios y perentorios. En la falta de represión está la respuesta.

No estoy escribiendo sobre el golfillo díscolo, sino acerca de quien precisa ser siempre querido y por completo, y además busca la aprobación de todo el mundo. Craso error que conduce a un fracaso constante y autodestructivo.

El varón debiera aprender a contener su tendencia a expandir e imponer su voluntad.

La afectividad es el motor relacional, tanto para mujeres como para hombres: «La potencia intelectual de un hombre se mide por la dosis de humor que es capaz de utilizar» (Nietzsche).

Desde dicho humor, reflejo un fragmento de un artículo publicado el 11 de marzo de 2007 por Joaquín Reyes en el EP [S] Hombre: «En el plano físico, para el hombre, una de las cosas esenciales es tener pelazo. Esto es así, aquí y en Lima. El pelo es vigor en la medida que la calvicie es ridícula en cualquiera de sus variantes: coronilla, cortinilla, rodapié... Lo suyo es tener una frente amplia, porque cuando el nacimiento del pelo está muy abajo, el gesto se animaliza; pero la azotea tiene que estar cubierta. No se puede perder esta batalla. Un hombre con pelazo es un vencedor. Un hombre calvo es un perdedor. ¡Hurra por el pelo!».

En serio, el varón debe entender que la mujer precisa un discurso indirecto, pues es parte de su estructura mental. Sépase que las mujeres pronuncian una media de 20.000 palabras al día, y los hombres, 7.000.

Los hombres siempre han estimado que el arma más infalible de las mujeres es hacerles a ellos sentir culpables.

Hombres y mujeres. Un verdadero escándalo ha acontecido tras desposeer de su título a miss Cantabria al comprobarse que era madre. Me parece inaudito e inadmisible. La verdad es que los concursos de belleza son esencialmente machistas, atentatorios contra la igualdad de oportunidades y discriminatorios, pues resulta inapelable que, salvo tongo, las feas no ganarán.

Los hombres son como son, no como se estima que debieran ser. Uno de cada 17 adultos en España compra una caja de Viagra al año. Fue el primer medicamento que salió al mercado para actuar en los casos de disfunción eréctil. No es un afrodisíaco, ni una hormona, sólo ayuda a conseguir una erección cuando existe estimulación sexual. Pero he de constatar con preocupación que está de moda entre los jóvenes consumirla con asiduidad en los fines de semana. Es una práctica peligrosa, pues si se mezcla con drogas puede ser mortal.

Los hombres son como son, a veces no debieran ser así. En algunos, un ataque brusco de celos les hace aflorar un canalla, un monstruo, que deshace el andamiaje de toda una existencia. Su eclosión de violencia sorprende a los vecinos, quienes, pese a su comportamiento bárbaro, lo califican como normal, hasta ese momento.

Mucho menos grave, anecdótico, es el hombre tipo ligón que en realidad no se come un rosco, hombres que viven para contarlos, que dan más importancia a la publicidad que a sus conquistas, a sus ligues imaginarios.

DECONSTRUCCIÓN DE LO MASCULINO



Sumergidos en el profundo mar de las inseguridades. Así se encuentran muchos hombres que han depositado su confianza y su estabilidad en espacios como el laboral.

La identidad masculina se sostiene mucho en el mundo del trabajo, por eso cuando un hombre se presenta, dice su nombre y la tarea que desempeña. Socialmente está así ubicado, véanse si no los mensajes de las empresas aseguradoras: «Piense. Si usted desaparece, ¿en qué situación económica quedarían los suyos?».

Los varones son población de riesgo pues tienen serias dificultades para percibir, expresar y responder a sus propias necesidades, tener contacto con su intimidad y sensibilidad. El hombre empieza a percatarse de que la identidad masculina está obsoleta, no es funcional para responder a las demandas actuales.

Hay varones que se atormentan con la cuestión «¿cómo he de ser?», en lugar de preguntarse «¿qué es lo que quiero?». Perciben que la mujer siempre estará insatisfecha, sufren mucho de culpa, desean amar a las mujeres, pero se sienten incapacitados para hacerlo. Enigmas de lo masculino. Declive viril en sintonía con el declive del padre. Hércules postrándose a los pies de la bella.

Bajo la acusación de las mujeres, de ser dominante y machista, el hombre está atemorizado por la creciente autonomía femenina. Por cierto, hay mujeres que cuando han adquirido el poder utilizan las mismas estrategias psíquicas de dominación que el hombre.

La labor de deconstrucción llega hasta las religiones tradicionales, pues son patriarcales; algunas se resisten, pero reman contracorriente hacia un final seguro.

Por otra parte, se critica el uso en el lenguaje del masculino genérico. Ciertamente

no responde a discriminación ninguna, sino a la ley lingüística de la economía expresiva, pero el tema genera y propicia el debate.

La figura del hombre se ha desdibujado no sólo dentro de la pareja, sino también dentro de la sociedad. El hombre del siglo xxi ha de esforzarse por descubrir qué es lo que las mujeres y la sociedad le demandan. Hay que redefinir al varón como se ha hecho con la nueva cocina. El hombre se siente descolocado en un mundo en que las mujeres adoptan actitudes nuevas; da traspiés y comete errores. Ahora bien, habrá que reconocer -aun haciendo de abogado del ese varón no ha de ser juzgado con severidad, pues su madre no le ha enseñado a afrontar la nueva realidad.

Gracias a la revolución de las mujeres, la otra mitad de la humanidad, es decir, los hombres, va a poder (muchos ya lo están haciendo) disfrutar de los arduos años de educación tejidos en la infancia, discutidos en la adolescencia, anhelados en la juventud y disfrutados cuando los hijos ya adultos se convierten en amigos y se reencuentran agradecidos con el progenitor; antes sólo con la madre, ahora también con el padre.

Si no se quiere perder lo mejor de la vida, el varón ha de participar en la construcción de un modelo de familia simétrica. Los representantes políticos han de contribuir a ello. Hoy, los padres varones españoles pueden disfrutar de 15 días de baja laboral en exclusiva una vez que nazca el bebé, pero sigue siendo muy poco tiempo. En 2013 la baja paternal alcanzará los 30 días. Esperemos que se haga realidad antes y se amplíen los días para disfrutar, transmitir y acrecentar el apego.

Muchos varones afirman: «Somos distintos». Es cierto y percibimos el mundo de forma diferente, pero eso es lo enriquecedor siempre que estemos dispuestos a ponernos en el lugar de ellas o de ellos, y a defender la igualdad. Resulta triste que las mujeres valoren más la ayuda de la madre que la del marido para conciliar. El 64 por ciento de las mujeres considera que el modelo familiar ideal es aquel en el que ambos miembros de la pareja se reparten las tareas. Pero sólo el 47 por ciento dice vivir así. Esperemos que la ley de Igualdad, que aborda entre otros puntos los tratos desfavorables en el trabajo relacionados con la maternidad, alcance su objetivo.

HOMBRES EN EL DIVÁN



Los hombres callan sus miedos y sus inseguridades por temor a ser catalogados de débiles o calzonazos, puntualmente se esconden en el alcohol o en otras drogas, y acuden a psicoterapia solamente cuando la situación les ha desbordado.

Experimentan temor hacia su «mujer interior», sin saber muy bien por qué ni cuándo o cómo empezó. Anticipan el pánico a la posibilidad de que su pareja les diga: «Es cierto, siempre me diste asco [o pena]».

El infierno masculino está poblado de cuchillos que mutilan el pene. ¿Será porque saben que no está bien lo que hicieron sus antepasados masculinos o lo que algunos siguen haciendo? ¿Será porque creen que están perjudicando a la mujer, pero les da igual mientras logren sus objetivos? Meras hipótesis.

¿Será verdad que el hombre ya no existe? ¿Qué quiere una mujer? Más preguntas... ¿Cuántas respuestas más? Tenemos que convencer al varón de que más no es mejor. Que gustarse demasiado es peligroso, pero no quererse también.

Contaba alguien que escuchando la radio oyó a un hombre que llamaba para quejarse amargamente de la transformación de su mujer, pues cuando se casó era gorda e introvertida y con el paso del tiempo se ha convertido en delgada y extravertida. Ante el inicial estupor, la presentadora decidió abrir los micrófonos e invitar a los oyentes a exponer otras quejas: una mujer explicó que su marido antes era austero y humilde, ahora rico y algo ostentoso; otro varón despotricaba porque él se casó con una mujer cuasi ciega y ahora veía... ¿El mundo al revés?

Decía Oscar Wilde que «cuando uno está enamorado comienza engañándose a sí mismo y termina engañando a los demás». Puede ser verdad que la seducción es engaño. Quizá para gustar hay que mentir. Al final va a tener razón Pessoa al decir que la mentira

«es simplemente el lenguaje ideal del alma, pues así como nos servimos de palabras, que son sonidos articulados de una manera absurda, para traducir a un lenguaje real los más íntimos y sutiles movimientos de la emoción y el pensamiento, que las palabras por fuerza no podrán traducir, así nos servimos de la mentira y de la ficción para entendernos los unos a los otros».

Más ácido, Jean Baudrillard aseguraba en *Las estrategias fatales* que «el sujeto sólo puede desear, sólo el objeto puede seducir». Algo de eso hay: vean las revistas del corazón, cuerpos cuidadísimos y hermosos junto a mujeres u hombres menos atractivos en lo físico pero con poder y/o dinero.

Los varones han de tener cuidado con las comparaciones, pues la Unión Europea ha lanzado un proyecto para dotar de inteligencia emocional a los robots; el objetivo es que aprendan de las personas, puedan reconocer y entender sus sentimientos y actuar en consecuencia. El robot de compañía, más allá de servir de forma eficiente, será una especie de buen compañero. Esperemos que no alcance el rango de amigo o algo más.

No nos engañemos, las mujeres son más entregadas. Fíjense que tienen prejuicios contra la negociación, creen en gran número que es cosa de hombres, lo adscriben al ámbito público, sostienen que utilizar la negociación en el ámbito privado puede empañar las relaciones afectivas y que es indigno entre personas que se quieren.

Quizá el hombre sea más dependiente, siempre tiene una mujer a la que idealizar, por eso suele buscar pareja con inmediatez tras la ruptura afectiva. Por el contrario, las mujeres tardan más en emparejarse porque estando solas sienten que ganan libertad. Por cada ocho viudos o divorciados que se casan, sólo seis mujeres en su misma situación lo hacen, plantéense la razón.

Dando un paso atrás, vemos que el enamoramiento es egoísta, el amor, generoso. La relación amorosa es el encuentro de dos subjetividades distintas que además se enamoran de quien imaginan que es una princesita o un príncipe azul, de aquí nacen los inevitables desencuentros; además, con el tiempo el amor cambia, pues cambiamos nosotros, tropezamos en la misma piedra, en conflictos antiguos que no nos permiten un vínculo satisfactorio en el presente. Por el contrario, nos cabe la esperanza, pues siempre, en todo momento, cabe el deseo al cambio, a estar con el otro.

En el año 2005 en España se casaron 210.000 parejas y se separaron 137.000 matrimonios. Una de cada cinco uniones duró menos de cinco años.

Únanse estos datos a que las mujeres que no tienen pareja son mayoría en las

clínicas de fertilidad y que la ley española de reproducción artificial reconoce su derecho a someterse a técnicas de fecundación aunque no tengan problemas de fertilidad. Algunas mujeres están planteándose el futuro y la maternidad sin el varón.

Las mujeres solas o con su relación de pareja rota tienen el riesgo de involucrarse con los hijos, de hacerlos los reyes de la casa, de infantilizarlos para que nunca crezcan y así no percibirse solas. Al final se sienten más acompañadas con sus hijos que con sus esposos.

Vivir en pareja exige negociaciones y flexibilidad. Tener un hijo supone dedicación, pero no la extinción de la vida individual y de pareja. No se ha de renunciar a la propia vida, ni a las necesidades de la pareja. Hay que ilusionarse, mantener la motivación, darse satisfacciones. Se es mujer u hombre, no sólo madre o padre.

«Hay que tener aspiraciones elevadas, expectativas moderadas y necesidades pequeñas» (H. Stein). Intentemos volver a ser (a tiempo parcial) como niños. Digámoslo a las mujeres y hombres que llegan al diván: la nostalgia es el dolor del nido, los soliloquios agravan la depresión. Con nuestros pensamientos podemos beneficiar o dañar nuestro cuerpo, desde la conciencia empujaremos el platillo de la balanza hacia la felicidad o desdicha. Indiquémosles que no hay mejor terapia que la vida saludable, las amistades, leer, pasear, viajar, dialogar, la motivación por alcanzar objetivos y el interés por aprender. Todo ello protege nuestras funciones cognitivas, y unido a una buena relación de pareja, la práctica del deporte y una tupida red afectiva, nos llenará de momentos de júbilo y otros de una agradable estancia en la vida. El secreto está en buscar lo extraordinario dentro de lo corriente y seguir la máxima de Marco Aurelio: «Si no conviene, no lo hagas; si no es verdad, no lo digas».

La salud es una manera de ser autónoma, solidaria y feliz.

En el diván o en la consulta a veces se oye esta conversación: «¿Qué debería hacer él para indicarte que te quiere?». Respuesta: «¡Decirlo!». Pregunta: «¿Qué debería hacer ella para indicarte que te ama?». Respuesta: «¿Te soy sincero? Irse a la cama conmigo».

SEXO DÉBIL



Al verdadero sexo débil, el masculino, se le producen cambios pasados los 40 años. No son sólo físicos, sino que su sintomatología es mucho más amplia y sutil: gusta de cocinar los fines de semana (algún plato que califica de su especialidad); se interesa por la cultura del vino; se sienta ante el televisor para «practicar deporte con una cervecita»...

Viendo a los varones de Occidente, que no se tocan más allá del apretón de manos, cabe preguntarse si hombre y afecto son incompatibles. Fíjense: hay pocos papás que hagan caricias (aunque afortunadamente van a más).

Querer no es igual que saber querer, nos encontramos analfabetos sentimentales que no interpretan ni comprenden correctamente sus propios sentimientos, ni los de los demás.

El hombre se pregunta: «¿Qué me exige mi pareja como compañero?», porque el cambio cultural y los avances del feminismo han erosionado en parte las estructuras psicológicas que otorgaban a los hombres su estabilidad emocional. El problema se amplía, pues el varón no está acostumbrado a escuchar, sólo oye las ideas que él mismo rumia; es más, cree saber lo que ella piensa y va a decir; cree conocerla, pero no es así, entre otras cosas porque la imagen que tiene de ella es fruto de su propia invención. El hombre delira, y se queda perplejo.

La mujer, con una sonrisa similar a la que Leonardo da Vinci pintó a La Gioconda, asiste estoica a la desaparición de lo tradicionalmente viril. No es que estemos ante un mundo sin hombres, pero sí es verdad que lo masculino y lo femenino se mezclan, se diluyen las características diferenciadas de antes.

La actual feminización del mundo permite al varón reclamar el derecho de la sensibilidad. La dificultad está en que el hombre lo vea como algo positivo,

acostumbrado como está a valorar el esfuerzo físico y la rudeza. Le cuesta evaluar la sensibilidad como algo bueno y necesario para su bienestar.

El universo empieza a tener características femeninas, pues la agresividad física tan imprescindible en otros tiempos para la supervivencia ya no es tan necesaria. Quizá el sexo fuerte reflota en situaciones de emergencia al grito de «¡Las mujeres y los niños primero!». Se ha de valorar esa caballerosidad y altruismo de los varones, ¿o es simplemente conservación de la especie?

¿Vamos hacia un modelo hermafrodita que aglutine los mejores valores del hombre y la mujer? Creo que no exactamente. Seguimos siendo distintos, también por la educación recibida y transmitida, ésa es la razón de que el hombre se sienta más angustiado ante el riesgo de ser invadido, y la mujer, de ser abandonada.

El hombre, ya sea en el espacio público o privado, se está permanentemente autocuestionando sobre sus valores masculinos. A cambio, el 80 por ciento de las mujeres del primer mundo está, o ha estado alguna vez, a dieta (los trastornos de alimentación son mucho más frecuentes entre las mujeres).

A algunos nos inquieta que se pueda condicionar desde la cuna el crecimiento de eunucos, como no deja de trastornar el saber que un hombre adulto se ha convertido en mujer (o viceversa).

Sexo débil: los hombres no podemos parir, estamos discriminados.

El hombre es más analítico; la mujer entiende las situaciones de una manera más intuitiva, tiene más capacidad para combinar, tiene más registros. El hombre piensa que la mujer es imprevisible y que tiene una gran capacidad para culpabilizarle. Además, el varón siente que ha quedado para ser interpretado por la mujer, sin que su opinión le importe a ella. Creencias erróneas o no que probablemente se queden en el aire por falta de comunicación (hablar diluye y disipa obsesiones).

La posmodernidad, como veremos luego, y una mujer más capaz y menos dogmática que el hombre van disolviendo de manera progresiva la diferencia entre los géneros. ¿Podríamos hoy sostener que la agresividad, competitividad y ambición son privativas de los hombres?

Los varones nos encontramos exactamente en la escena de lo que hemos construido: todo alrededor del poder. Hemos de ser más adaptables, más flexibles a la hora de relacionarnos, menos cobardes con nosotros mismos, o lo que es igual, más realistas;

debemos erradicar temores en el desempeño sexual, ser mucho menos violentos y cercenar cualquier viso de sentimiento de propiedad.

AMOR DE MADRE



Un hombre no es sólo lo que está
comprendido entre pies y cabeza.

WALT WHITMAN

Se habla del amor de madre como el amor perfecto, el que se da en su totalidad sin la necesidad de recibir, y que todos sabemos que siempre está allí; es la garantía de nuestra supervivencia y de que vale la pena vivir. No es menos cierto que hay madres tipo aspiradora que practican un amor absorbente. Son esas madres que hacen del hijo el hombrecito de la casa debido a su infeliz vida de pareja, lo que acarrea en el futuro varón adulto (y en algún caso de mujer) el no poder desvincularse y ser realmente independiente, quedando para siempre enganchado a la familia de origen (mayoritariamente a la madre). También las hay que, como un prestamista, se pasan la vida diciendo: «Te he dado la vida» o «He dado la vida por ti». Nunca olvidaré cuando en el despacho una madre le dijo a su hijo: «Naciste malo, ya sabes que quise abortar de ti». De nuevo, sin comentarios.

Aún así, el amor a la madre se idealiza. Es el caso de muchos de los llamados jóvenes conflictivos, quienes, privados de libertad en los centros de reforma, graban en la mesilla de su dormitorio: «Amor de madre y bronca de padre». Recuerdo que una noche, cuando colaboraba en el programa De la noche al día, en Radio Nacional, llamó una señora de 70 años y nos contó que había sido una adolescente conflictiva, que les hizo la vida imposible a sus progenitores, sobre todo a su padre. Éste hacía tiempo que había muerto, pero ella se acordaba de él todos los días porque nunca le dijo «Te quiero».

Ya hemos apuntado que hasta las emociones de la euforia, gratitud, estrés...- influyen en el desarrollo cerebral del bebé. Constatemos que la felicidad se aprende y recordemos que es a los cuatro años cuando aflora la empatía y que su ausencia está implicada en el desarrollo de conductas perversas.

Cuando un niño capta interrogantes en su alrededor, cuando hay puntos suspensivos en su alma, se avalanza hacia el cariño. Si el niño recibe una sobredosis de atención y afecto, se encontrará en una cárcel de apego. Los niños precisan una constelación afectiva en la que la mayor estrella es la madre, pero también son muy importantes el padre, los hermanos, los abuelos, los amigos y los compañeros de la escuela. Con esos materiales construimos el amor, y su identidad será igual que la que aquellos nos proporcionan.

Para terminar, planteemos una antinomia, madre y sexo. La mujer más venerada en nuestra cultura como mujer-madre es la Virgen María. No tiene sexo, no ha conocido varón y ha concebido por obra y gracia del Espíritu Santo. Según la fe católica (dogma en este caso), se ha conservado virgen, antes, durante y después del parto. Siempre se la representa sumisa, dedicada, dolorosa. Se halla dispuesta a cualquier sufrimiento en aras de la maternidad. Preguntémonos: ¿en el inconsciente colectivo es la madre ideal?

ODIO Y MIEDO



Aceptar que la madre es una mujer como las otras es una de las verdades más difíciles en la evolución psíquica de los seres humanos. Nacemos a la luz y a lo desconocido desde la oscuridad y el silencio. A partir de aquí, son muchos los varones atrapados por una insaciable pulsión visual/escópica; es el eterno voyeurismo masculino que se esconde en ocasiones tras el visionado onanista y reiterado de las películas pornográficas, en las que, por cierto, habría que investigar cuál es la razón de que los rostros de las actrices transmitan en más ocasiones dolor que placer.

Existe una hostilidad heterosexual que considera que las mujeres son peligrosas para los hombres, que los manipulan y seducen, y que su poder es sexual, dada su capacidad orgásmica y la posibilidad de traer nuevas vidas al mundo.

Hay sexismo, miedo a la diferencia. Odio y miedo. Incomprensión. Multitud de varones estiman que las mujeres emiten un doble mensaje: «Se insinúan e inmediatamente dicen no» (¿problema de expresión o interpretación?).

Tampoco el lenguaje es inocente: curiosamente «cojonudo» significa algo muy distinto que «coñazo» (y con los años cada vez creo menos en las coincidencias).

Una fantasía masculina bastante extendida es la del mito de la violación, según el cual toda mujer en alguna ocasión fantasea con ser violada. Hay algo de sexual en la violencia y algo de violento en el sexo. En el lenguaje coloquial de los varones, al referirse a encuentros sexuales rápidos y sin amor, se dice sin ambages: «Aquí te pillo, aquí te mato». José Antonio Marina, quien me ha dedicado el mayor de los piropos («Javier Urrea es un activista educativo»), habla de «la obscenidad de la violencia».

¿Cómo entender los celos que están en la base de muchas prácticas violentas contra la mujer? En el juego de la seducción, muchos hombres sienten que han pasado de

cazador a cazado. Se ve a la mujer como a Afrodita, la diosa del amor y de la risa, pero una diosa violenta e iracunda, por lo que Eros, el hijo de Afrodita, se aparta de ella, dado que debilita los miembros de los hombres y les hurta la razón.

Algunos hombres sienten aversión hacia las mujeres y en general hacia todo lo femenino. Son misóginos (misoginia procede del griego: miseo significa «odiar», y gyne, «mujer»). Otros son sexistas, dominadores con aires paternalistas que entienden que las mujeres son más débiles y además inferiores a los hombres. Existe una semejanza estructural con el racismo: lo insoportable es la diferencia.

Te doy mis ojos, la película sobre el maltrato a la mujer de Icíar Bollain, nos recuerda a Jacques Lacan en el Seminario nº 8: «Te doy mis ojos: no tengo entidad propia. Soy mirada por ti, eso es lo que me confiere identidad. Mis ojos son tuyos, mis ojos no importan, te los doy, pasan a ser tuyos y en tanto tuyos son los que cuentan. Puedo ver el mundo a través de ti, pero aunque te he dado mis ojos en realidad yo ya no veo nada con ellos, eres tú, el hombre, mi amor, quien los utiliza...».

Los maltratadores -lo vemos cotidianamente justifican su conducta bastarda diciendo que su pareja -la víctima- adopta papeles o realiza comentarios que hieren sus sentimientos. Lo que no expresan es la verdad: que no soportan la herida narcisística que supone para ellos darse cuenta de que dependen de esa mujer.

«Algunos causan la felicidad dondequiera que llegan; otros, cada vez que se van» (Cervantes). La guerra entre sexos no tiene cabida. El maltrato que sufre mayoritariamente la mujer tiene que ser erradicado de raíz, sin paliativos. Sensibilicémonos contra el terrorismo sentimental que ocasionalmente se ejerce en la pareja. Todos tenemos un problema, el yo de las personas, pues valga mucho o poco ese yo, suele ser inconmensurable. Menos mal que el pilar central del ser humano es el diálogo, aunque hay quien se habla casi sólo a sí mismo y además de forma equivocada.

GRITOS Y SUSURROS



En 2004, más de 60. En 2005, más de 60. En 2006, más de 60. Cada año mueren más de 60 mujeres a manos de sus maridos, parejas o ex. El número de denuncias por maltratos también empieza por 60, 60.000 al año. Alguna no será veraz, ¿pero cuántos malos tratos no se denuncian? Sí, es verdad que algún varón es maltratado físicamente y bastantes más psicológica y emocionalmente. Nadie lo niega, pero la violencia vergonzantemente mayoritaria la ejercen los varones. Y desde luego no se pueden argumentar dislates o mentiras del tipo «todos los hombres que pegan a las mujeres fueron maltratados en la infancia».

Hay parejas en las que se establecen relaciones de dominación: se inician en la colonización de la mente, continúan con la programación, concluyen con el lavado de cerebro y al fin se establece el control de la persona. A veces la respuesta es similar al síndrome de Estocolmo. Cuando el dominado se resiste, aparece la violencia física, pero lo que siempre se da es la violencia psíquica. Hay hombres que no aceptan la igualdad. Ellos se sienten proveedores, e inseguros cuando los anclajes tradicionales les fallan, cuando «su» mujer (con sentido de pertenencia) se muestra libre, con capacidad para elegir. Dejemos atrás a estos «eslabones perdidos de la evolución» para reseñar que hay mujeres que obtienen más ingresos económicos que sus parejas y lo ocultan para no dañar su masculinidad. Todo un síntoma.

Dice José Antonio Marina (autor también de *El laberinto sentimental*, *Ética para náufragos* y tantos otros títulos) en *La revolución de las mujeres*: «La mujer ha conseguido muchos triunfos, y la igualdad jurídica, educativa, sexual..., pero se enfrenta a muchas decepciones y a un problema muy complicado, la liberación emocional o psicológica. En el 68 se produjo la revolución sexual, pero las mujeres se dieron cuenta de que fue una gran revolución machista, y de que no había valores comunes, que se necesita que las fórmulas de relación se reinventen. Así, ahora los hombres se muestran

conservadores y aterrados y las mujeres piensan que esto no es lo que querían».

En todo caso, momento y lugar se precisa una actitud de alerta para detectar las maniobras de control. También contra quienes quieren hacer del feminismo un enemigo de la mujer, pretendiendo que algunas de ellas se vuelvan contra su propia causa. Alerta ante otro tipo de peligros y mensajes publicitarios como el bautizado como aquelarre macrocalórico, en referencia a Burger King, en los que comer como un hombre es sacar músculos, tirar los calzoncillos a una hoguera, romper un ladrillo de un puñetazo y levantar a pulso un monovolumen, mientras se sujeta con la otra mano una hamburguesa de 820 calorías y 355 gramos. Y todos gritando: «¡Estoy hambriento. No voy a cambiar. Soy un hombre!».

Un anuncio que muestra una imagen carnívora de los hombres.

Seguimos siendo diferentes. Cuando una mujer se deprime se culpa a sí misma, cuando el que se deprime es un hombre culpa a otros u a otras. La mujer, en general, evita el conflicto; el varón, en gran número, se muestra hostil. Muchas mujeres sienten miedo al éxito, muchos hombres lo sienten al fracaso. Cuando una mujer tiene un problema lo comparte con una amiga, el varón puede que también, pero es fácil que descargue el malestar con más trabajo, más sexo, alcohol o deporte.

Tan cierto y sintomático es que si se quiere vender un libro hay que escribirlo dirigiéndose a las mujeres, como que la tecnología -mayoritariamente- es cosa de hombres (¿afirmar esto es macromachismo?).

Por todo lo dicho en este libro y por mucho más, fue necesario que naciera el feminismo, una de cuyas primeras luchas fue la liberación sexual. De esta forma, al movimiento feminista se unieron los homosexuales. Un largo camino que continúa. En los últimos años quienes se sintieron orilladas (mujeres de color y lesbianas) han conseguido ser escuchadas.

Los gritos del silencio. Lo que a largo plazo salvará a la humanidad es nuestra capacidad de dialogar. Compartimos con Víctor Hugo que «La mayor felicidad en la vida es tener la convicción de que somos amados por ser nosotros mismos».

¿LA COSTILLA DE ADÁN?



En este pasaje nos referiremos a las mujeres. Ellas, que tienen no sólo un cerebro, sino una actitud para conciliar, mediar y aunar. Ellas, que en nueve de cada diez casos encabezan las familias monoparentales y afrontan todos los gastos.

Al igual que a los varones, a las mujeres hay que concebirlas por lo que son capaces de pensar y de hacer, no sólo por ser madres. ¿Se imaginan definir a los hombres sólo por su capacidad de ser padres? Por cierto, quizá la maternidad sea uno de los temas que el Estado debe proteger ¡e incentivar a la paternidad!

Hay que apagar los rescoldos de injusta diferenciación que quedan desde Aristóteles, cuando afirmaba «la mujer no tiene alma» y «su mejor cualidad es el silencio». Tal criterio no lo mejoró el teólogo y filósofo italiano santo Tomás de Aquino en el siglo xiii: «El padre debe ser más amado que la madre, pues él es el principio activo de la procreación, mientras que la madre es sólo el principio pasivo». Más agrio fue Erasmo de Róterdam a principios del siglo xv. El filósofo y teólogo holandés aseguraba: «La mujer es, reconozcámoslo, un animal inepto y estúpido, aunque agradable y gracioso». Veamos la aportación de un español, Francisco de Quevedo: «¡Oh!, qué plaga, qué aburrimiento, qué tedio es tener que tratarse con ellas mayor tiempo que los breves instantes en los que son buenas para el placer». Pasaron los años y en el siglo xviii el escritor francés Francois Marie Arouet, Voltaire, indicaba: «Las mujeres son como las veletas: sólo se quedan quietas cuando se oxidan». Otro escritor francés, Honoré de Balzac, opinaba en el siglo xix: «Emancipar a las mujeres es corromperlas». Para ir terminando este collar de perlas, recordemos al político y escritor español Severo Catalina, quien se quedó muy a gusto al concluir: «Desde la edad de seis años la mujer no crece más que en dimensiones».

Menos mal que las mujeres pusieron en práctica lo que Paulo Coelho refleja en El

alquimista: «Cuando deseas algo con todas tus fuerzas, el universo entero conspira para que lo consigas». Así es; por eso en esta época la mujer se encuentra en la transición histórica de ser objeto a ser sujeto, mientras el hombre está como «no sujeto». El hombre tiene una psicología del tener. La psicología de la mujer es del ser. Sólo faltaría dar la razón a Jacques Lacan, quien llegó a decir que hombres y mujeres constituyen dos razas diferentes.

Quizá podamos convenir o acordar que igualdad de derechos, sí; de estructuras psíquicas hombre/mujer, no. Somos diferentes y eso nos caracteriza, sin embargo en esa diferencia podemos y debemos encontrar el equilibrio, hacernos justos nos hace mejores personas, nos da la posibilidad de escuchar y poder comprender

Por el contrario, hemos de cuestionarnos afirmaciones del tipo «El éxtasis de algunos místicos es bastante equiparable al goce femenino». O frases como la de Napoleón, quien fue rotundo cuando dijo: «Anatomía es destino». Menos mal que Freud le corrigió: «Infancia es destino». No obstante, preocupa escuchar en 1993 a Elisabeth Bandinter: «¿Qué es un hombre que no manda?».

La distorsión de la realidad y la triste verdad hace que en los libros de texto actuales se estudie que los constructores de la historia han sido en un 95 por ciento hombres. A las mujeres se les asigna el papel de esposas, madres, reinas o diosas. De forma anecdótica se reconoce a alguna artista. No hay inteligencia social allí donde falta la capacidad estratégica de revisar, actualizar, corregir o modificar la propia posición o la colectiva ante la justa e irrefutable realidad.

Por cierto, que algunas asociaciones de amas de casa piden que se les pague un salario por su trabajo (80 horas semanales), valorado por la Escuela Superior de Administración y Dirección de Empresas en 1.750 euros al mes (año 2007). Al mismo tiempo, solicitan cotizar en la Seguridad Social.

Los críticos estiman que se fortalecería este rol de las mujeres y no ayudaría a su incorporación a la denominada sociedad productiva.

Hay un lugar donde mujeres y hombres están en plena igualdad porque el acceso es por méritos: la función pública.

INTERCAMBIO DE ROLES



Reflexionemos sobre la envidia, la tensión y la desconfianza entre los sexos. En vez de complementarse, de compartir, se está girando el tablero de ajedrez: muchas mujeres están adoptando el obsoleto modelo masculino, mientras que algunos hombres acogen el viejo modelo femenino.

A las mujeres les gusta que sean cariñosos y sensibles pero «sólo un poquito», y a ellos les apetece dejar de ser «machos», pero no del todo.

Hay autores que plantean que los hombres necesitan experimentar la separación de lo femenino. Lo comparto si no se incluye la sensibilidad y la bondad, la actitud sustentadora hacia la vida, la humildad, el humor, la capacidad para vislumbrar las profundidades del alma, el coraje, la capacidad de ejecución y la perseverancia.

Pienso que precisamos encontrar otros arquetipos que redefinan al hombre, que le den alternativas. Hay que trabajar con los hombres. Hay que implementar pautas educativas para los niños en los hogares (padres, abuelos, cuidadores) y en la escuela que les permitan aprender a convivir, a enriquecerse mutuamente, a evitar o manejarse en los conflictos, a erradicar la esterilización afectiva de una de las partes.

Francis Scott Fitzgerald dijo que un hombre inteligente es el que puede mantener al mismo tiempo dos ideas contrarias en la cabeza sin que le estalle. Si la mujer avanza, ¿el hombre retrocede? No, no se puede ver como un retroceso, el hombre también gana y mucho. Ya no tiene que esconder sus sentimientos o debilidades, y participa de forma activa en la educación de los hijos o en la decoración de la casa sin que eso lo disminuya como persona. Puede que se deba a una búsqueda racional de la igualdad, o quizá es la evolución tecnológica y científica la que modifica los roles que hunden sus raíces en la agricultura (mujer) y la caza (varón).

¿Se está masculinizando la mujer? Toma decisiones dentro y fuera del hogar, se proyecta en el exterior y es competitiva; algunas beben alcohol, fuman y conducen a veces con prepotencia, como se decía antes, «llevan los pantalones».

Muchas mujeres se sienten bien, seguras, y lo demuestran, sin embargo en las relaciones de pareja buscan algo que todavía es difícil de encontrar. La mujer avanza y al hombre le cuesta seguirle el ritmo, le cuesta entender el porqué del cambio y sólo poco a poco empieza a vislumbrar las ventajas que tiene para ambos.

Concluamos este pasaje afirmando que al hombre le espera una revolución como la abanderada por la mujer, que se produjo del interior hacia el exterior.

El antimacho, al admitir ser desposeído de todas sus prerrogativas y entenderlo como algo positivo, se convierte en un esposo y padre amantísimo, profundamente leal, que inconscientemente adopta algunos gestos, posturas de la mujer.

LUCHA DE PODER



El falo es el cetro del rey, el obelisco que apunta al cielo. En todas las guerras los vencedores han plantado símbolos fálicos; sin embargo, estamos ante el declive de lo viril: por medio de la inseminación asistida las mujeres pueden tener un hijo de un hombre muerto.

¿Quiere la mujer ostentar el poder? Desde luego en Occidente ha roto con el yugo histórico que la mantenía protegida y sometida por el hombre, primero el padre y después el marido.

En la década de los sesenta el feminismo produjo un gran cambio, fue una verdadera revolución social de la modernidad. En los años ochenta, el acceso al mundo de la educación propició a la mujer su reconocimiento, rompiendo con su condición de subordinación al hombre. Más tarde se proclamó propietaria de su cuerpo. Decidió con quién, cuándo y cómo tener relaciones sexuales. Se podía divorciar sin tener que esgrimir argumentos morales que enjuiciaran su actuación.

La mujer vive ahora su libertad sin la protección de padres, hermanos y maridos. Busca su identidad, sin necesidad de copiar a los varones, y evita al mismo tiempo el matriarcado machista.

Quizá la relación entre los sexos sea una relación de poder. En la pareja ha de ser de decisión personal porque se quiere, no porque se necesita. La mujer siempre ha tenido poder, pero ha sido el del afecto en el espacio privado, un poder socialmente poco valorado. Este poder en el ámbito de la familia no se somete (¿o sí de forma incipiente?) a discusión. Las mujeres aspiran a la igualdad en lo público, pero detentando una gran influencia en quienes las rodean, en la forma en que todo el núcleo se incardine en el mundo.

Y si bien en la función pública la mujer tiene ya mucho peso (sobre todo cuando han de superarse oposiciones), hay ámbitos como el del dinero o el de la diplomacia (ni un 2 por ciento de mujeres embajadoras) donde sigue mandando el hombre. Estamos construyendo una nueva sociedad, las editoriales y los tribunales están regidos por mujeres; sin embargo, no sé si por dificultades estructurales, porque así lo quieren las propias mujeres o por la razón que sea, entre los grandes cocineros no hay apenas mujeres.

El poder no tiene sexo, como puede comprobarse en los casos en que el hombre está en desventaja económica con su pareja y queda expuesto a una condición subordinada. Las cosas han cambiado. La mujer propietaria, ejecutiva y decidida pone en fuga al varón mucho más rápido que lo hacía aquella mujerona de las caricaturas armada con un rodillo de amasar.

No obstante, hay aspectos que no han variado; cuando los niños varones son gamberros, hay padres (madres incluidas) que dicen: «Todos los chicos son así». ¿Biología, genética, educación o suma de factores? ¿Cuál es la razón que diferencia a un niño y una niña hasta el punto de que en una plaza llena de palomas ambos corran torpemente hacia ellas, la niña para darles pan, el niño para darles con el palo?

Todavía hay violencia sexual que se produce en grupo para demostrar que se es muy hombre. Preguntémonos si el aumento de la violencia femenina puede ser el resultado de la equiparación de sexos. ¿Un error o una necesidad?

DETRÁS DE LA BARRERA



Se oye mucho en boca de mujeres (a veces solteras): «¡Ya no hay hombres!», y parece que lo dicen en el sentido de que falta virilidad. También se puede escuchar: «No se comprometen» o «no hay muchos que sean verdaderos padres» (en ocasiones lo dicen sus propias parejas).

La implicación de los varones en la lucha por la igualdad de derechos en ambos sexos es todavía superficial, no hay más que consultar las estadísticas sobre su participación en los trabajos domésticos (¿cuántos limpian los aseos?), o apreciar el tiempo que dedican a la crianza de los hijos o a atender a los familiares enfermos.

Ante esto, hay mujeres (cada vez más) que transmiten a sus parejas la queja de que no ven en ellas personas, mujeres, sino empleadas domésticas, madres entregadas u objetos sexuales.

Las mujeres han creado grupos que presionan contra el estado de las cosas, tales como dobles jornadas de trabajo o salarios más bajos, y proponen y ponen en marcha acciones concretas que equilibren las situaciones.

Llegados a este punto, deberíamos analizar la justificación patriarcal que plantea entre los atributos naturales de la mujer el ser amorosa y desprendida, y que se realiza personalmente a través del hombre, ya sea el padre, los hermanos, el marido o el hijo.

Cada sociedad y cada momento histórico tiene sus propias expectativas sobre lo que espera de un hombre y una mujer. ¿Está en cuestión la ética matrimonial, entendida como la propagó el pensamiento protestante?, ¿decae lo viril dando paso al ideal del buen marido?, ¿se confunde el padre con la posición de segunda madre?

Freud se pregunta: «¿Qué quiere la mujer?». Respuesta: en este tiempo y lugar,

ayudar al propio varón a deconstruir los aspectos dominantes del rol masculino tradicional.

España es un país con bajísima tasa de natalidad; debería analizarse si influye en la decisión de las mujeres de no tener hijos la falta de participación paternodoméstica de los varones. Porque hacer las tareas de casa no suele gustar ni a hombres ni a mujeres. En todo caso, parece que el hombre tiene un derecho innato a elegir las tareas que le gustan. Y las cosas no terminan de mejorar, algunos varones con hijas no parecen confiar en los jóvenes congéneres y viven con preocupación la situación discriminatoria de la mujer. El 65 por ciento de los varones no realiza ninguna labor doméstica en el hogar y se siente orgulloso de ello.

Claro que, si volvemos la vista atrás, a 1958, nos encontramos con un documento de la Sección Femenina de la Falange Española y de las JONS como el que en algún lugar he leído. En Economía doméstica para Bachillerato y Magisterio se explica lo siguiente: «Ten preparada una comida deliciosa para cuando él regrese del trabajo. Ofrecete a quitarle los zapatos. Habla en tono bajo, relajado y placentero. Su duro día de trabajo quizá necesite de un poco de ánimo y uno de tus deberes es proporcionárselo.

»Durante los días más fríos deberías preparar y encender un fuego en la chimenea para que él se relaje frente a él. Después de todo, preocuparse por su comodidad te proporcionará una satisfacción personal inmensa.

»En el momento de su llegada, elimina zumbidos de lavadora o aspirador. Salúdale con una cálida sonrisa y demuéstrole tu deseo por complacerle. Escúchale, déjale hablar primero.

»Nunca te quejes si llega tarde, o si sale a cenar o a otros lugares de diversión sin ti. Intenta, en cambio, comprender su mundo de tensión y estrés y sus necesidades reales.

»Haz que se sienta a gusto, que repose en un sillón cómodo. Ten preparada una bebida fría o caliente para él. No le pidas explicaciones acerca de sus acciones o cuestiones su juicio o integridad. Recuerda que es el amo de la casa. Si tú tienes alguna afición, intenta no aburrirle hablándole de ésta, ya que los intereses de las mujeres son triviales comparados con los de los hombres.

»Prevé las necesidades que tendrá a la hora del desayuno. Recuerda que debes tener un aspecto inmejorable a la hora de ir a la cama... si debes aplicarte crema facial o rulos para el cabello, espera hasta que él esté dormido.

»Es importante recordar tus obligaciones matrimoniales: si él siente la necesidad de dormir, que sea así, no le presiones o estimes la intimidad. Si tu marido sugiere la unión, entonces accede humildemente, teniendo siempre en cuenta que su satisfacción es más importante que la de una mujer. Cuando alcance el momento culminante, un pequeño gemido por tu parte es suficiente para indicar cualquier goce que hayas podido experimentar. Si tu marido te pidiera prácticas sexuales inusuales, sé obediente y no te quejes. Es probable que tu marido caiga entonces en un sueño profundo. Puedes entonces ajustar el despertador para levantarte un poco antes que él por la mañana. Esto te permitirá tener lista una taza de té para cuando despierte».

Sorprendente, pero más aún resulta leer hoy que la historia de dominación patriarcal, de falocracia, de privilegio inmemorial de lo masculino, es una historia inverosímil.

Cosa bien distinta a la innegable opresión de lo femenino es si el mito machista se ha convertido en caricaturesco de tan manido. Otro posible error es mirar retrospectivamente con los ojos de hoy. Quizá la mujer definida desde el presente como tradicional no se sentía reprimida, ni era pasiva ni soñaba con una futura liberación. Lo vuelvo a leer y lo dudo.

Surgieron mujeres, poco a poco, que demandaron parejas, no sólo hombres, y en eso estamos. Lo que ocurre es que el varón va lento, pero se aprecia un nuevo trato a sus compañeras e hijos.

La verdadera democracia se alcanzará cuando se consolide la igualdad entre los géneros hasta en los detalles más irrisorios, como que se pueda hablar de trapos con tanta seriedad como se hace de fútbol. La esperanza la encontramos en que las diferencias entre generaciones son más profundas que las diferencias entre sexos. Pero no olvidemos que sólo unos mil millones de personas, una sexta parte de la humanidad, vivimos en zonas del planeta en las que es posible hablar de una cierta igualdad.

Abogo por un mundo más femenino y comunicativo, menos agresivo, violento, crispado. En ese sentido hace falta una inoculación de las nuevas generaciones.

LA ENVIDIA DEL PENE



«Es algo que les pasa a las mujeres y a mí» (Woody Allen). La frase del discípulo e intérprete de Freud tiene miga, porque el varón sufre mensajes duales, cuasi esquizofrénicos, que facilitan, si no provocan, erupciones de sexualidad que dejan entrever una personalidad escindida en algo. Se acabó aquello de la mujer como hombre castrado.

Partimos de que el varón, a veces para bien y a veces para mal, es algo más que pene. La duda siempre acecha respecto a la virilidad, su efectividad, su duración. ¿Los hombres cuentan sus gatillazos?

Empecemos por el principio. El primer amor es inhibitor, pues nuestra madre nos retira el pecho para que progrese y nos quita la manita con la que nos acariciamos los genitales.

Segundo, es tan erróneo pensar que la mujer o el hombre son un objeto, como creer que son absoluta mente espirituales. Somos animales y, ya que tenemos capacidad para comprenderlo, conviene no olvidarlo.

Animales: una de cada cuatro mujeres en Estados Unidos será violada durante su vida. Atávicos, ancestrales o preocupantemente simples. Sigue habiendo muchos hombres que dividen a las mujeres en dos grupos: las prostitutas y fáciles, con las que mantienen relaciones sexuales, pero no se casan, y las virginales (no necesariamente inexpertas), que son algo inhibidas sexualmente y con las que se casan y tienen hijos. Si no, ¿cómo se explica que en una sociedad donde predomina la liberación sexual, donde la mujer toma iniciativas, la prostitución esté creciendo exponencialmente?

El ser humano es complejo y contradictorio. Un mismo hecho genera percepciones distintas y conductas dispares. Cada año se realizan más de doce millones de

vasectomías en todo el mundo. Muchos hombres lo hacen como un acto de solidaridad hacia su mujer y con un sentimiento de plenitud por los hijos ya tenidos. Otros llevan un pequeño dictador en la entrepierna y tras la vasectomía sienten que pueden ejercer un cierto derecho de pernada, que tienen patente de corso para acostarse con cuantas mujeres se crucen en su camino.

Más aún. Hay quien tiene relaciones sexuales con un vibrador o con una muñeca de plástico. Estaremos de acuerdo en que un estadio estratosféricamente superior se alcanza cuando existe el otro, la relación humana. Por cierto, hoy se llama «hacer el amor» a las relaciones de una noche. ¿Qué estamos haciendo? ¿lo banalizamos o buscamos algo sin encontrarlo? ¿o simplemente lo hacemos para salir de la rutina y tener algo que contar a los amigos?

Paradójico. Como lo es que tres de cada cuatro hombres expresen que no están preocupados por contraer SIDA o enfermedades de transmisión sexual, aún cuando sus experiencias sexuales los sitúan en un elevado riesgo.

Penoso, pero parece que a la mujer siempre le quedará el dolor de cabeza que aparece en contacto con la alcoba y, al varón, ser hincha de un equipo de fútbol para identificarse con otros hombres y poder gritar al unísono.

Nos cuentan que en Occidente el número de espermatozoides se ha reducido a la mitad en las últimas dos décadas. Toda una señal. Se habla del «síndrome del oso panda», que debe interpretarse como la negativa a tener pareja, al sexo y a la reproducción.

¿Será que las mujeres quieren encontrar un hombre que todavía no ha llegado y los hombres añoran a una mujer que ya no existe? Quizá.

Hablo en lo profundo del ser, no en la máscara de la palabra. Creo que hay hombres que desean mostrar en la calle una bella princesita, tener en el hogar una dulce madre y en la cama una tigresa. Pero también hay varones altamente feminizados que se preocupan mucho por su propio cuerpo (es lo que se espera de ellos), más allá de la depilación o el perfume.

Da la impresión de que la sexualidad masculina está bajo sospecha, ésa es la razón de que algunos hombres deseen cambiarla (craso error, por imposible). En este sentido, el feminismo extremista que ve en el hombre a un enemigo tiene un problema: ese hombre está en trance de desaparecer.

Opino que hay un grave despiste entre sexos. Aunque quizá la relación más interesante con el otro es la de proximidad inestable. Parece que la sexualidad es un desencuentro bastante común, ¿será imposible el verdadero conocimiento hombre/mujer?

Muchos hombres no saben lo que les importa a las mujeres en el ámbito sexual, pero consideran que al resto de los varones les importa muchísimo estar bien dotados. Algunas mujeres, no sé si pocas o muchas, fingen el orgasmo, algo imposible en el supuesto de la erección.

Los estereotipos están tan arraigados, que hasta entre los homosexuales, y desde el punto de vista relacional e intrapsíquico, se considera mujercita a quien es penetrado (una imitación alienante).

La revolución de los sesenta trajo consigo grandes cambios, rompió la esclavitud del sexo respecto de la reproducción y abrió las compuertas al goce femenino. Más tarde, las pruebas genéticas y el ADN han derribado muchos muros, el hijo es (también como heredero) de quien lo engendró y se puede demostrar con total certeza.

Otras cosas también han cambiado. Ya no es tan sorprendente ver a mujeres en pareja con hombres mucho más jóvenes. Sin embargo, a los varones se les sigue sin enseñar a decir «no» ante la insinuación sexual de una mujer. Pregunten a un joven: «Cuándo te acosa una chica, ¿qué piensas?».

Tampoco ha variado el tratamiento respecto a la vagina, cuasi sagrado, secreto y tabú. Un fetiche. Y la menopausia sigue siendo vivida por algunas mujeres como un período de retorno a la libertad que poseían en la niñez.

Concluyamos este pasaje con una palabra tótem: el deseo. Es imperativo e inmediato; si le añadimos la palabra «natural» estaremos aproximándonos a parte de la realidad actual, la que prescinde de rituales, la que no tiene tiempo para la bella seducción, y se limita a compulsivas y continuadas eyaculaciones, muchas de ellas precoces.

NEURONAS ESPEJO



El sistema de espejo permite hacer propias las acciones, sensaciones y emociones de los demás. Sin el otro como sujeto, no hay uno mismo. La potencial trascendencia de las neuronas especulares para la ciencia es tanta que el especialista Vilayanur S. Ramachandran ha llegado a afirmar: «El descubrimiento de las neuronas espejo hará por la psicología lo que el ADN por la biología». El sistema de espejo te pone en el lugar del otro. La base de nuestro comportamiento social es que exista la capacidad de tener empatía e imaginar lo que el otro está pensando.

El mensaje más importante de las neuronas espejo es que demuestran que verdaderamente somos seres sociales. La sociedad, la familia y la comunidad son valores realmente innatos. Sorprende, por tanto, la expresión «¡A las mujeres no hay quien las entienda!».

Los varones están demandando la ética del cuidado, un marco referencial para anticipar sus conductas e implicarse en el amor y el sufrimiento, para saber perdonar, para entender que el éxito no es suficiente para vivir en plenitud y con dignidad.

Llevamos una vida fugaz, con una comunicación rápida que hace difícil establecer lazos afectivos sanos. Al sobrevalorar los productos, olvidamos guardar tiempo y espacio para cosas invisibles de la vida; valoramos el coche, la casa y el reloj, y nos olvidamos de la amistad y del amor.

Vemos personas ausentes de sí mismas. Se buscan en el rincón de un regazo, de un abrazo, aunque sea momentáneo y mentiroso. Otras se automedican con el vértigo de su ritmo acelerado. Van deprisa, deprisa, pero sin saber adónde, no dejan tiempo para la reflexión, la duda o la introspección. Son esclavas del reloj y del consumo; no aprecian al otro y creen que no hay más yo que uno mismo; tratan a los demás como objetos de usar y tirar, los utilizan mientras les sirven para sus propósitos y los abandonan cuando

ya no son útiles.

Las prisas generan agresividad, adicciones, irritación o depresión. Hay gente que no se reconoce a sí misma, pues está ubicada muy lejos, deambula sin sentido vital y le alcanza la náusea del vacío existencial. Y también hay quien no encuentra tiempo para estar con sus amigos o con sus familiares: el otro es un obstáculo.

Encontramos personas que se autosatisfacen en el cortocircuito de la palabra y otras que hacen el amor sin hablar. Debiéramos interesarnos de verdad por el otro, no solamente tolerarlo, como ahora se nos adoctrina con mensajes peligrosamente equívocos y paternalistas.

Schopenhauer describía una comunidad de erizos que ante el frío instintivamente trataban de unirse, pero se herían con las púas y el dolor los distanciaba y de nuevo les hacía sentir frío. Finalmente encontraron la distancia óptima en la que no se dañaban y al mismo tiempo se daban calor.

Considero que la clave de la vida está en la actitud ante la misma, en la posición que uno adopta ante lo que le sucede. Desde luego, una capacidad necesaria es la de conocer nuestro propio pensamiento y percibir los sentimientos racionalizándolos.

Está comprobado que las organizaciones funcionan mejor si están compuestas por hombres y mujeres, la razón es que sus capacidades se complementan mucho.

Pese a las neuronas espejo, vivir en pareja exige negociaciones y flexibilidad. Ante los conflictos, hay quien opta por vivir solo. Otros idean relaciones de bolsillo, que se sacan o guardan a voluntad. En definitiva, compromisos para el hoy (leí que cuando se patina sobre hielo fino, la salvación es la velocidad).

Luego está el asunto de la felicidad de la pareja. Recordemos que del amor al odio hay un paso (más o menos largo, pero un paso). Alguna pareja me ha dicho: «Hemos llegado a pactar el no utilizar el propio conocimiento de las debilidades de cada uno contra el otro».

Considero que en la escuela hay que enseñar habilidades sociales, autodominio, caminos de introspección; educación mental, en definitiva. Al niño se le educa en su comportamiento, se le indica lo que puede hacer o no hacer, decir o no decir, pero no se le enseña a identificar y controlar los pensamientos que le convienen y los que le perturban y dañan, a variarlos y a utilizarlos, y son ellos los horas al día, todos los días de la vida- tienen la doble llave del control de sus sentimientos y emociones.

Haríamos bien en recordar todos los días la frase de Voltaire: «No estoy de acuerdo con lo que dices, pero defenderé hasta la muerte tu derecho a decirlo». Tampoco está de más el esforzarnos en escuchar a los demás y hablarles de aquello que les interesa.

Somos el espejo en el que se miran otros. Podemos comprender a otros porque nos reconocemos en ellos igual que en un espejo.

PREMIOS NOBEL



¿Cuántos de ellos han recaído en mujeres? Poquísimos. Todos los cargos relevantes de la religión católica son hombres. Cuanto más determinante se define un ámbito para la sociedad, ya sea la política, la universidad, la empresa, los medios de comunicación o la judicatura, menos representación de mujeres tiene.

«Existen dos tipos de personas en el mundo: los seres humanos y las mujeres. Y cuando las mujeres tratan de comportarse como seres humanos, se las acusa de intentar ser hombres» (Simone de Beauvoir).

La vida de la mujer ha consistido en asumir responsabilidades, ya sea con el marido, los hijos, los abuelos o la casa, siempre, siempre atendiendo las necesidades de los demás. Una «mujer orquesta» que hoy, sin desvincularse de esas funciones que vive en gran medida como propias, trabaja fuera del hogar. Si no alcanza a realizar correctamente todas las demandas, se culpabiliza.

Deberíamos valorar si la economía no se sostiene mayoritariamente en la mujer, con un mejor sentido de la realidad y más capacitada para la adaptación y para organizar muchas, diversas y continuadas actividades. El talento debería cotizar en bolsa. En la mujer recae el orden de la vida, pero siempre ha estado en la periferia de la toma de decisiones.

Ya en la antigua Grecia decía Aristófanes: «No es posible vivir sin esas malditas mujeres, pero tampoco con ellas». Del Génesis al Código Napoleónico, la mujer ha sido propiedad del varón, sometida y condenada a darle hijos. Viene entonces a la memoria la imagen de las mujeres lorquianas, de negro, fatalistas. Más próximas en el tiempo son las palabras de Rosa Regás: «Recuerdo que fui a renovar el pasaporte, no me permitieron poner estudiante y casada, porque los funcionarios decían sin más que eso no podía ser». Confirman que el feminismo es una necesidad y una misión de interés social, lo que se

ratifica al escuchar frases como «Las mujeres han sido hechas para ser amadas, no para ser comprendidas» o canciones como la de Antonio Machín, que eufemísticamente se titula Corazón loco y dice:

*Una es el amor sagrado
compañera de mi vida
esposa y madre a la vez
y la otra es el amor prohibido
complemento de mis ansias
y a quien no renunciaré.*

Una lógica compleja que hay quien resuelve con «su» mujer («todo en una»), es decir, recatada, sumisa ante los demás, y seductora, atrevida y sexy en la intimidad, un cierto parecido con las mujeres que, obligadas por sus culturas y tradiciones, han de cubrir su rostro ante los demás y descubrirlo ante su señor.

Hay un concepto de mujer sublimado, el de madre, y otro repudiado, el de prostituta; por eso en el peor insulto («¡hijo de puta!») chocan dos conceptos, dos sentimientos (el sublimado de madre y el estigmatizado de la mujer de la calle). El colmo de la paradoja se produce cuando oímos a alguien que, para expresar lo bien que se lo está pasando, exclama: «De puta madre».

Un tema para tesis doctoral es el del rechazo de la paternidad que se deduce de la virginidad de María, ¿negación del padre? La madre es intocable, salvo en la película Kramer contra Kramer, donde se abordaba un tabú, a saber, el de las madres que no quieren a sus hijos, o que anteponen otras cosas.

Tema distinto y grave es el de la violencia de género, gravísima realidad que obliga a educar a los niños en el absoluto respeto, en la aceptación de un «no», en la comprensión e interiorización de que la violencia siempre va en progresión, que es inaceptable cualquier atisbo. No se puede vivir con miedo, y menos a la persona con la que se convive. Hay que enseñar a aceptar frustraciones, a no devolverlas como agresión, a manejarse en el conflicto, a entender que la otra persona no te pertenece, que cabe cambiar de pareja, quedarse solo, irse de casa... Todo menos violentar y dejarse llevar por las pulsiones (no sé si instintivas, pero desde luego poco racionalizadas, dominadas y trabajadas).

Dijo Carmen Sarmiento: «No quiero la desaparición gratuita de ningún hombre, pero debemos civilizarlos porque muchos siguen manteniendo el estado de primates, violar, pegar, brutalizar o asesinar a una mujer no es de seres humanos, sino de animales. Por eso, además de defendernos de ellos, tenemos el deber de educarlos».

Y es que el varón se implica bastante menos en las relaciones afectivas, por eso no recuerdan (algunos, no todos) los aniversarios, porque en el fondo no lo estiman relevante. Priorizan otras relaciones: laborales, amistosas, políticas.

Además, hay mujeres que perciben que el varón las mira, las escucha, pero se queda más en el continente que en el contenido. «Lo que eres me distrae de lo que dices», le decía a su amada el poeta Pedro Salinas.

Hay unos hombres que sustraen las denominadas virtudes femeninas. Me refiero a los sacerdotes y monjes que asumen la obediencia, la castidad y la desposesión de los tesoros de este mundo, lo que hace ya algún tiempo se identificaba con los atributos de la mujer recatada. Llama poderosamente la atención que la Iglesia que no acepta a las mujeres haga suyas sus anteriores prácticas.

En fin, hay quien aboga por la igualdad en la diferencia (terreno resbaladizo) y quien propaga las diferencias en la igualdad (no menos deslizante).

Lo cierto y verdadero es que en los países occidentales desarrollados, en los que los varones siguen ostentando un mayor poder social y económico que las mujeres, ellos mueren antes que ellas. En España, y según datos del Instituto Nacional de Estadística, la diferencia es de siete años.

TÓPICOS



Asrinconemos tópicos sin base científica, como, por ejemplo, que los hombres no escuchan y las mujeres no entienden los mapas.

La psicóloga Janet Shibley Hyde, de la Universidad de Wisconsin (EEUU), ha publicado en la revista *American Psychologist* una investigación en la que ha revisado 45 análisis sobre las diferencias entre los sexos a lo largo de los últimos veinte años, recogiendo datos de más de cuatro millones de personas. Concluye que somos iguales respecto al liderazgo, el uso de la palabra en la conversación y la capacidad para las matemáticas o la lectura. Las diferencias están sobreestimadas en la valoración colectiva. Ambos sexos son muy similares en habilidades cognitivas y personalidad. Pero en otros ámbitos presentan algunas diferencias: el hombre se masturba más y tiene menos reparo a la hora de desli zarse bajo una sábana desconocida. En las relaciones de pareja, la mujer es más agresiva verbalmente, mientras que el hombre lo es físicamente.

Los prejuicios afectan ala diferencia de oportunidades laborales entre sexos, en detrimento de la mujer, obviamente. Sin embargo, este estudio proporciona una base científica sólida en favor de las políticas de igualdad. Y es que en el mundo anglosajón las mujeres tienen el doble de probabilidades de padecer depresión que los hombres, pero esta diferencia desaparece en los países escandinavos, donde existe una mayor igualdad entre sexos.

La idea del padre frío y racional y la madre pasional y cariñosa no responde a ninguna realidad psicológica. Este estereotipo ha dañado tanto a ellos, en su papel familiar, como a ellas, en su lugar de trabajo.

Somos distintos, pero igualmente capacitados. Sin embargo, me pregunto: ¿por qué muchos hombres si volvieran a nacer desearían ser mujeres (yo querría ser psicóloga) y la mayoría de las mujeres optaría por volver a ser mujeres?

No debemos reducir el sexo a género, es decir, la realidad material a cultura y espíritu. Debemos apreciar la diferencia que es real entre el hombre y la mujer, como hay que aceptar la relación sexual entre padre y madre. Lo que se espera de nosotros acaba determinando en parte lo que somos. Los tópicos son profecías autocumplidas por el hecho de enunciarse. Veamos algunos:

- La mentira es perversa. Pues sí, pero a veces la sinceridad y la honestidad mal utilizadas son aún más peligrosas.

- Es fundamental recordar. Sin duda, pues sin memoria no hay presente ni futuro. Los recuerdos son fundamentales para planificar y anticipar las consecuencias de nuestros actos. «Nuestra memoria es nuestra coherencia, nuestra razón, nuestro sentimiento; sin ella no somos nada» (Luis Buñuel). Ciertamente, pero cuidado con apuntar los dedos de otras gentes, de reverdecir el rencor. Imagínense que un día se despiertan y se dan cuenta de que pueden recordar todo lo que les ha ocurrido cada hora de su vida, sin duda convendrán conmigo que olvidar es un lujo. El perdón es clave para la salud mental.

- El estúpido optimismo. En Tailandia, en las navidades de 2004, el director del Centro Nacional para la Alarma ante Desastres avisó de que se acercaba un tsunami. Las autoridades lo tacharon de agorero y lo ignoraron. Unas horas más tarde morían 300.000 personas. Pocas víctimas fueron pescadores porque ellos conocían el significado del retroceso del mar y huyeron a tiempo a las montañas.

- Nadie da nada gratis. Falso, hay personas generosas, desprendidas y altruistas que dan muchas cosas sin esperar nada a cambio. Siempre habrá envidiosos que argumentarán que lo hacen para sentirse mejor; es posible, pero cuando se es feliz por propiciar el bienestar ajeno, a eso se le llama dar a fondo perdido.

- Viajar es cansado. Pues sí, pero considero que es lo mejor, se aprecian tantas perspectivas, sabores, olores, historias, melancolías... Es un tópico decir que «como en casa, en ningún sitio» o «donde mejor se come, en casa». Tópico y falso.

Esquivemos lo manido, lo trivial, lo repetido y seamos originales, también en lo referente al hombre y la mujer, a las personas.

ESPECIES PROTEGIDAS



Algunas mujeres empiezan a no sentirse cómodas con una legislación que, en busca de la igualdad, se decanta por la discriminación positiva. Hay hombres que se sienten desprotegidos, postergados, anatematizados. El poder se les escapa, como el agua entre las manos.

El cambio, la complejidad, los nuevos roles hacen que la convivencia humana, más allá de la de sexos, a veces zozobre. Superman y Superwoman son papeles que acepta bien el cómic, pero no la realidad del día a día.

En este teatro del absurdo en el que cada vez hay más personas que no se gustan, que se hacen adictos, hay quienes en busca de la invisibilidad se enganchan al móvil y a Internet, y desde allí alimentan su dependencia del sexo, generalmente sólo mediante mensajes, pero también hay quien acaba en citas reales (una de las últimas causas de separación de parejas).

Sorprendente es una nueva forma de ligoteo que supuestamente se puso de moda hace un par de años en Gran Bretaña, el tothing. Su nombre deriva de la tecnología Bluetooth y consiste en utilizar los teléfonos móviles equipados con ella para contactar con otros situados en las proximidades, con la finalidad de ligar o tener un encuentro sexual inmediato y anónimo. Lo cierto es que el tothing tiene más de leyenda urbana que de realidad, pero sorprende la credulidad con que la historia fue recibida (y publicada) por los medios de comunicación.

La verdad es que gran parte de la vida transcurre entre extraños. La vida es el cruce de lo inesperado y de las propias decisiones. La vida se decide en encuentros a la vuelta de la esquina. Pero empieza a avistarse una epidemia que afecta a la capacidad afectiva para con uno mismo y con el prójimo que genera una impotencia relacional.

Dentro de las especies protegidas, la monogamia sufre ante el alargamiento de la esperanza de vida. Según algunos antropólogos, este estado no es natural para el ser humano; dicen más: el deseo de tener otras parejas estaría relacionado con el instinto reproductivo. Según una encuesta de Sigma Dos, el 30 por ciento de los varones y el 10 por ciento de las mujeres reconocen haber sido infieles. Ellas lo explican desde la falta de atención que les dedican sus parejas, ellos buscan conquistar, mostrarse seductores. Lo que se puede constatar es que las pruebas que se utilizan en algunos hospitales españoles mediante ADN con recién nacidos y progenitores desvelan que entre el 5 y el 10 por ciento de los niños no son hijos de sus padres legales.

Y hablando de especies protegidas, leamos la frase atribuida a Paris Hilton, de 25 años de edad y bisnieta de Conrad Hilton, el fundador de la cadena hotelera: «De pequeña quería ser veterinaria. Me gustan los animalitos. Todas las chicas deberían tener cuatro en su vida: un visón en su armario, un jaguar en su garaje, un tigre en la cama y un asno que lo pague todo...».

Más especies protegidas, ¿se acuerdan de Aristóteles Onassis? Era bajito y miope. Sedujo a María Callas y a Jacqueline Kennedy, pero no creo que fuera un hombre irresistible, aunque, bien mirado, poseer la naviera más importante del mundo y el ritmo de vida que ello conlleva lo hacían francamente atractivo.

«La belleza está en el interior». ¿Es un axioma cierto? (A contestar por el lector, si quiere).

El ser humano reorganiza los acontecimientos a través de las imágenes, las ideas, las palabras, sus propias preguntas y respuestas, y puede permitirse un mayor grado de autonomía o de mísera servidumbre. Podemos elegir en cada instante nuestras palabras, nuestras ideas, no sólo para relacionarnos con los demás, sino para relacionarnos con nosotros mismos.

Dijo dijo «Importa mucho más lo que tú piensas de ti mismo que lo que los otros opinen de ti». Verdadero, como lo es que los conflictos externos, con los otros casi siempre, son producto de los internos.

MODERNOS



Mujeres y hombres están orientados hacia el futuro, preocupados con el tiempo, con la planificación. Poseen un alto grado de autoconfianza hasta el punto de creer que pueden dominar la naturaleza. Son antifatalistas, creen en la ciencia, compiten por la excelencia y son optimistas en cuanto a controlar su ambiente. Si bien tienden a la participación activa, su orientación es individualista. Gozan de independencia y poseen un alto sentido de la eficacia personal. Buscan ser reconocidos y gratificados. Cuentan con un alto grado de tolerancia y respeto a los demás. Sus actitudes son igualitarias. Poseen una buena capacidad de empatía y desean la flexibilidad psicológica y conductual. Les gusta mostrar su diferenciación respecto a los demás. Necesitan, demandan, mucha información, y en tiempo real. Se sienten localistas, pero miran mucho más allá. No se arredran ante los riesgos. Sus aspiraciones educacionales y ocupacionales son altas. De forma mayoritaria se han secularizado en sus creencias religiosas.

Respecto a las mujeres y hombres tradicionales, se integran y relacionan menos con los parientes. La ideología moderna parece apuntar al individualismo, pero eso no es exacto: hay cambios estructurales, pero los patrones comunitarios se mantienen.

Todavía quedan rescoldos de antaño: en el restaurante ellas piden «un pescaíto», ellos «un chuletón».

La siempre cambiante modernidad exige adaptación. Daniel Goleman nos habla de educación emocional: «Pronostico que las sociedades desarrolladas ampliarán las competencias de los colegios para que incorporen la educación emocional. Habrá un día en el que todos los niños y niñas aprenderán en la escuela, junto con los tradicionales rudimentos académicos, las artes pragmáticas para vivir mejor. En los programas escolares, la empatía se valorará tanto como el álgebra».

Hemos de educar en la solución de problemas emocionales y en estar a gusto con

uno mismo, enseñar habilidades sociales y para la competencia personal. No olvidemos que los sentimientos son un material inflamable.

POSMODERNOS



Siguen siendo niños de mayores. Coleccionan objetos de su pasión (cómic, muñecas eróticas...). No quieren crecer, no desean responsabilidades. Son tímidos, les encanta la interacción virtual en foros y chas que les permite una desconexión inmediata y un cambio constante de identidad. Establecen relaciones muy superficiales con los demás. La mayoría se queda soltera y sin descendencia. Su preferencia sexual es el voyeurismo, acorde con la cultura de la imagen. En muchas ocasiones el onanismo se convierte en la única relación sexual.

En Japón tienen ya mucho éxito los cómics de contenido erótico (comix), los vídeos de dibujos animados eróticos y el coleccionismo de muñecas con caracteres sexuales. En este país, el 60 por ciento de los varones menores de 40 años y el 40 por ciento de las mujeres pueden ser considerados otakus, o lo que es igual, personas que huyen de toda obligación social. Lo fundamental es la diversión, el juego constante (en los teléfonos móviles, en la red...).

La diversión es entendida como búsqueda de sensaciones (deportes como el puentingy la moda de los parques de atracciones lo ratifican). El bienestar ha de ser inmediato. Se aborrece el esfuerzo con visión de futuro. El trabajo se entiende como elemento temporal para poder conseguir algo de dinero.

Sí, en Japón la pauta de suicidio colectivo se va convirtiendo en una regularidad. El pacto con la muerte se hace en grupo por medio de Internet, así se apoyan unos a otros en su decisión. Quizá estos seguidores de Peter Pan se quitan la vida al verificar que la sociedad no les permite seguir siendo niños, porque ellos no quieren estudiar, ni trabajar, sólo desean que les dejen divertirse, constantemente.

Los jóvenes posmodernos tienen pasión por lo nuevo (léase moda, marcas). Además gustan de adquirir objetos. Les importa el breve presente. Son marcadamente hedonistas.

Exaltan el yo. Aceptan y valoran su destino de fragmentación y pluralismo.

Hoy, siguiendo a Baudrillard, «se pierde el horizonte histórico, las coordenadas orientadoras, el sentido de totalidad. La catarata de acontecimientos creada por los medios de comunicación nos anega a un presente sin marco de referencia».

La sociedad posmoderna promueve nuevos fines y legitimidades sociales: hedonismo, respeto por las diferencias, culto a la liberación personal, humor, sinceridad, psicologismo y libre expresión.

Todas las instituciones, así como todos los grandes valores y finalidades que organizaron las épocas pasadas, se están vaciando progresivamente de sustancia. El saber, el poder, el trabajo, el ejército, la universidad, la familia, la Iglesia, los partidos... todos ellos han dejado globalmente de funcionar como principios absolutos y, en diferentes grados, ya nadie invierte en ellos. El individualismo y la liberación del espacio privado lo absorbe todo: cuidar de la salud, mantener los ingresos adecuados, desprenderse de complejos, etcétera.

Las mujeres y hombres actuales se caracterizan por la apertura a la innovación, al cambio. Una verdadera creencia en la igualdad de los sexos. Cosmopolita. Con miras amplias y perspectivas en gran angular.

No hay estándares universales, ni, por lo tanto, una moral universal, todo es relativo. En la sociedad posmoderna, la personalidad deja de ser algo tan definitorio e inmutable de todos nosotros para hacerse algo más voluble, cambiante. Podemos ser varios, pero no como diversas manifestaciones de un mismo yo, sino como realmente varios yoes.

En el presente encontramos soledad, junto a una huida hacia delante en la búsqueda de experiencias emocionales fuertes. Gilles Lipovetsky habla de la «era del vacío». Hoy se consagra lo efímero. Tenemos la tarea de educar pero vivimos en un mundo donde el cambio es tan rápido, que los conocimientos antiguos se deprecian día a día. Los niños manejan los aparatos electrónicos con más pericia que sus padres. Añádase que esta sociedad se mueve en parámetros absolutamente relativos, sin consensuar que la convivencia exige el acuerdo sobre algo que sea relativamente absoluto: los Valores. Valores con mayúscula, no me refiero al que parece que es el único valor que cuenta, el valor de mercado.

En este mundo desconcertantemente confuso, donde el sentido de trascendencia se evapora, las normas son flexibles y los valores oscilantes, se persiste en la búsqueda del sentido, confundiéndolo ocasionalmente con la búsqueda obsesiva del bienestar, con un

consecuente miedo a la pérdida, y un reduccionismo que nos limita a ser sumisos animales domésticos. Dijo Nietzsche: «Lo que poseo, me posee».

Este tipo de progreso recuerda a esa pesadilla en que se corre en pos del tren pero inexorablemente no se alcanza, se aleja. Un cambio imparale que propicia ansiedad y angustia; se vive como en el juego de la silla, donde una leve distracción comporta una exclusión inapelable. Éste es el problema del capitalismo extremo: hay historia, pero no destino compartido. En esta indefinición se cumple el sí tradicional- que sostiene que lo único constante es el cambio. El carácter se corroe. Se lo dice un psicólogo optimista y positivo que no defiende una frase reiterada en la actualidad: «Soy pesimista por si acaso» (lo que define el posicionamiento actual).

Lo que ocurre es que hay realidades sobrecogedoras; por ejemplo, observemos los negocios más lucrativos y veremos que son delictivos: vender armas, drogas, mujeres, pornografía...

Hemos de mejorar el presente, pues, como dijo Woody Allen, «Me interesa el futuro porque es allí donde pasará el resto de mi vida».

Debemos ver el mundo con amplitud, sabedores de que modelamos el medio que nos modela, y reivindicar el concepto de humanidad, una humanidad que desde su irrenunciable dignidad incorpore a quienes ya no están y a quienes todavía no están. Una humanidad cuyo objetivo y día a día sea la consecución de la justicia, donde prime la igualdad sustentada en el derecho a la diferencia -opuesto a la diferencia de derechos-. Intuimos que no todo lo que se aborda puede cambiarse, pero sabemos que nada puede cambiarse si no lo afrontamos.

*Imagina un mundo sin cielo
con sólo firmamento sobre nosotros.
Sin ninguna razón para matar o ser muerto...*

JOHN LENNON, IMAGINE

TECNOLOGÍA



Aguien dijo, o debiera haber dicho, que bastantes hombres precisan de un GPS sexual para que los oriente en la intimidad a la hora de satisfacer a la mujer.

Me imagino que ya saben que hay tiendas denominadas La Boutique del Espía. Allí encontrarán material de grabación para que todo lo que diga en secreto su pareja o su ex se haga público. Podrán chantajear o ser chantajeados. ¡Atentos a las cámaras y micrófonos ocultos! En EE UU más del 35 por ciento de las consultas a detectives privados son formuladas en relación a un posible amante. ¿Y en España?

Dentro de poco, toda una vida cabrá en la memoria de un teléfono móvil. Cada día la gente registra más cosas personales: pensamientos en blogs; fotos en Flickr; correos electrónicos en cuentas Gmail; videos en teléfonos móviles; conversaciones telefónicas en el disco duro del ordenador cuando se llama con Skype... La pregunta es: ¿nos cambiará el saber que todo está siendo archivado? Quizá perdamos frescura, espontaneidad y atrevimiento. Repito, hay cámaras y micrófonos ocultos en todos los lugares. El riesgo del efecto paralizador, que nos convirtamos en estatuas de sal, es algo no desechable.

Hemos llegado a un punto en que si se extravía el teléfono móvil, la gente no sabe el número de teléfono de ningún amigo; llegará un día en que si se rompe el GPS del coche, las calles más importantes de la ciudad resultarán esquivas y casi inaccesibles.

Tecnologías, hipercomunicación, algo de estruendo y muchas voces. Quizá entre tanto ruido consigamos escuchar nuestra propia voz.

AMBIGUOS Y/O CONTRADICTORIOS



Como los grandes guerreros de la antigüedad, Ricardo Corazón de León era gay, el preferido de los hijos de una madre fuerte, dominante y culta, Leonor de Aquitania. La vacilación sexual, el juego de indistinción del sexo se da en los travestis, no en los homosexuales ni en los transexuales.

La tolerancia a la ambigüedad es un importante rasgo de personalidad. El problema no está en las diferencias, sino en el perverso uso que se hace de ellas, como los insultos contra la homosexualidad.

Ambigüedad, en sentido amplio. Las mujeres acostumbradas a ser acosadas por los hombres observan que ellos ya no se acercan, que han dejado su papel de tipos duros y que no interpretan el lenguaje de ellas. No saben qué papel adoptar.

Hay quien mata a la mujer que lleva dentro, ya sea legionario o marine de los Estados Unidos, todo espoleado de misoginia y homofobia. Así se endurecen emocionalmente como grupo.

Demos un salto: ¿libertad e igualdad son siempre compatibles? ¿La discriminación positiva implica que sea negativa para otros? La mayoría de hombres está en lo políticamente correcto, pero alguien tendrá que señalar que no es fácil que el hombre se involucre en tareas domésticas cuando la mujer se ha liberado de ellas (hasta cierto punto).

Contradicciones. Hay varones que dicen (y más que piensan) que no les parece bien que haya mujeres bomberas porque es una profesión de machos. Ahora bien, ¿qué les parece que haya tantos hombres ginecólogos?

Veamos más incongruencias. Se dice «mi mujer, mi marido», cuando debería

decirse «mi mujer, mi hombre». Se vocea «detrás de un gran hombre, hay en silencio una gran mujer», ¿se pregonan lo contrario?

Una hermosa contradicción se da en la guerra de los géneros, pues representa, más allá de una mirada miope, el hambre de amor. La mujer se masculiniza y el hombre se feminiza. Tan contradictorio es dar gran importancia al trabajo doméstico en familias occidentales, donde las comidas son preparadas y se cuenta con muchas ayudas (electrodomésticos), como que las mujeres perciban menos salario que los hombres (¡hasta en el empleo doméstico!).

Debido a lo anterior y para alcanzar la igualdad hemos de propugnar una cierta discriminación, siempre a favor del desfavorecido. Llama la atención que en muchos países el único apellido que se herede sea el del padre y en Estados Unidos se adopte el apellido del marido.

Por otro lado, resulta paradójico que el cuerpo femenino se convierta en el terreno de batalla de la mujer contra sí misma. Algunas padecen un yo ideal tiránico.

MESTIZAJE DE GÉNEROS



La conducta es sexuada desde el nacimiento y aún antes. Se pueden detectar erecciones en embriones que cuentan con siete meses de vida. En nuestra sociedad, la mayoría de los jóvenes tiene relaciones sexuales antes de cumplir los uno de cada tres con prostitutas, otro tercio con las señaladas como «chicas fáciles» y el otro con la novia o compañera habitual con la que se ha establecido un lazo de amor. Sabedores de que el goce siempre será limitado y parcial, nos degradamos en algo cuando actuamos bajo el sólo impulso o demanda del instinto sexual. La genitalidad es sólo una pequeña parte de la sexualidad.

Los humanos, igual que algunos pocos tipos de chimpancés, copulamos cara a cara, esto nos diferencia. El cine se ha detenido en esa relación equilibrada y frontal, pero mucho más en la mirada masculina en busca del objeto sexual, llámese Marilyn Monroe, Sofía Loren, Brigitte Bardot o Cameron Díaz. Y si bien la culpa puede ser achacada a los productores y directores varones, ¿cómo explicar que algunas revistas femeninas dirigidas por mujeres desborden de modelos que sólo muestran su belleza exterior y que sus páginas sean, una tras otra, una llamada a la seducción?, ¿se intenta inducir, inocular, que siempre y en todo lugar puede aparecer otra más joven, más bella, más atrevida, más dócil, que sustituya a la primigenia? Porque históricamente la mujer ha sido desposeída de sus derechos, del deseo, del placer, pero nunca de su capacidad de seducir. ¿Habría que dar la razón a algunas críticas feministas que hablan de grupos de presión conspiratorios que intervienen desde la industria de la belleza de manera nada inocente, de modo y manera que combaten desde dentro la liberación de la mujer? Véase el totalitarismo cool de la línea, el despotismo de la talla, la tiranía de la báscula.

También la adoración fálica ha adoptado históricamente distintas formas rituales, pero era adoración al fin. Hoy sabemos que el amor es el mejor cirujano estético y que un buen amante no se mide por el tamaño de su pene, ni por el tiempo que resiste antes

de eyacular, ni por el número de orgasmos que alcance, sino por su conducta antes y después del acto sexual.

El metabolismo sentimental debe variar. Se ha proyectado al acervo popular la compulsividad del deseo masculino y, junto a este tópico, otro estereotipo: el de una mujer con sexualidad insaciable, siempre empeñada en atraer al hombre desde su poderosa belleza, con buenas o malas artes. Se ha llegado a un punto en que hay quien alcanza la saturación del goce físico sin conocer el placer de compartir los detalles nimios, cotidianos, de la vida.

Caminamos hacia un cierto mestizaje de los géneros, sin por ello tener que parecernos tanto que los hombres dejen de ser masculinos, y las mujeres femeninas. Pero ocurre que muchos varones tienen profundo miedo a que les gusten otros hombres, entre otras razones por temor a la crítica, a la severidad de otros varones. Las muestras de efusividad, de afecto, están sancionadas. Todavía hay varones educados en la frialdad patriarcal que creen que la comunicación cariñosa es interpretada como una forma de flaqueza. A los chicos se les transmite una contundente prohibición: no desarrollar características maternas.

Freud lo tenía claro: ningún individuo está constituido como sujeto psíquico, ni como sujeto sexuado. Ambos son producto tanto del proyecto de sus padres, aún antes de que el niño nazca, como de las relaciones que ulteriormente establezca.

Se calcula que aproximadamente el 10 por ciento de los adolescentes varones mantiene relaciones homosexuales, sin que ello establezca una orientación homosexual de adultos. Es producto de la curiosidad, el alto voltaje sensual y la timidez frente al sexo opuesto. Llegados a este punto, transcribo la siguiente reflexión de María Nadotti: «Vale la pena preguntarse qué juego de las partes y qué pacto más o menos consciente hace que en las parejas homosexuales se reproduzcan, a veces de modo hiperconvencional, los roles sexuales y de género propios de las parejas heterosexuales. O qué significa que, en las parejas lésbicas, haya mujeres que hacen el papel de mujer o de hombre. E igualmente en las parejas masculinas, en las que no es difícil que los roles de género y las fantasías asociadas a ellos se definan según el eje clásico de mujer-marido, abajo-arriba, pasivo-activo». Un tema para la reflexión, como lo es para el debate que en el año 2007 y por 2.000 euros haya féminas que reconstruyen su himen en el quirófano. ¡La defensa de la virginidad no está trasnochada! Según los cirujanos, las clientes son gitanas, musulmanas y otras mujeres que, asumiendo de forma implícita que son una pertenencia y su himen un certificado, desean regalar a sus parejas una virginidad inexistente, víctima de alguna aventura anterior. Viene a la memoria la expresión

«enviudó varias veces sin perder la virginidad». Sorpresas te da la vida.

Vayamos ahora al lugar de trabajo y encontraremos a bastantes varones (y alguna mujer) que se dedican al acoso sexual. La anecdótica mujer se posiciona desde la seducción, pero el varón transfiere su proyección en el hogar, por lo que la mujer lo mismo ha de prepararle y servirle un café que casi dispensarle servicios sexuales. En el varón destaca el alarde y el aprovechamiento jerárquico.

El último informe Durex afirma que un 2,6 por ciento de españolas dice haber mantenido relaciones sexuales con su jefe. El problema enquistado es que cuando el hombre se toma en horario informal unas copas con el jefe, se interpreta como un comportamiento para soldar vínculos y está bien visto; por el contrario, la mujer que haga lo mismo puede ser tildada de protegida, cuando no de querida, y señalados sus ascensos como debidos a sus habilidades en la cama. Menos mal que los más jóvenes viajan física y mentalmente desde una mayor igualdad, como lo demuestra el simpáticamente llamado *orgasmus*, intercambio académico entre países europeos del que han nacido millones de historias de amor comunitarias.

¿Se sobrevalora la influencia de la sexualidad en nuestro comportamiento? quizá. Recordemos lo que escribió Charles Chaplin en *Historia de mi vida*: «Al contrario que Freud, no creo que la sexualidad constituya el factor más importante del comportamiento. El frío o el hambre o la vergüenza nacida de la pobreza pueden afectar más a la psicología».

EL OTRO



De vez en cuando, es bueno pasar a limpio la propia vida, peregrinar a los orígenes. Si estamos bien con nosotros mismos, nos encontramos en el otro y disfrutamos; somos felices, amamos y nos dejamos amar. Percibimos cómo puede ser buena y generosa la diferencia, y nos relajamos ante el mundo y la vida.

Mujeres y hombres, como las piedras de una bóveda, se sostienen mutuamente. Son el Yin y el Yang, la dualidad necesaria para la armonía del ser y de la naturaleza. Yin, el lado oscuro de una montaña, y Yang, el lado soleado: el origen de la sombra lo hallamos en la luz, y lo esencial de la luz es que disipa la oscuridad.

Parecemos próximos pero el otro es siempre lejano, quizá por la dualidad del alma humana. Y es que los adultos a veces nos parecemos a los niños cuando se tapan la cara y creen que los demás han desaparecido. Cuando se bucea en sus profundidades, el ser humano es complejo, pero también previsible. Gracias al blanco de los ojos podemos seguir con claridad la mirada de otra persona aunque no mueva la cabeza. Este pequeño detalle nos ofrece unas posibilidades de información y comunicación que son inaccesibles para cualquier otra especie.

Olvidémonos del yo-yo y establezcamos el tú y yo, y no hagamos caso a Jean-Paul Sartre cuando afirmaba: «El infierno son los otros».

El ego occidental es individualista y fomenta una personalidad autónoma, dominante, dura y competitiva. Por el contrario, la cultura japonesa está orientada a las relaciones sociales y la personalidad tipo es dependiente, flexible y humilde.

El yo no puede vivir solo. Sin apego no hay empatía. Es una vía de doble sentido: la vida íntima trasciende la propia situación personal y sin la presencia de otro no podemos llegar a ser nosotros mismos. El escáner deja trágica constancia de ello cuando se

observan las atrofas cerebrales que sufren los niños privados de afecto.

El sólo hecho de hablar con otro, ya sea un amigo o un psicoterapeuta, puede convertir el malestar en bienestar. Los soliloquios agravan la depresión. Rumiar disuade de la acción, no conduce a nada más que a dar vueltas sobre lo mismo.

«La palabra es mitad de quien la pronuncia, mitad de quien la escucha», dejó escrito Michel de Montaigne. El diálogo pertenece a ambas partes, siempre y cuando se escuche con atención, la palabra sea sincera y exista voluntad de encuentro. En síntesis: «Soy hombre, nada de lo humano me es ajeno» (Terencio).

SENTIDO DEL HUMOR



Leamos lo escrito en algunas camisetas y tarjetas: «Los hombres sólo tienen dos cosas malas: lo que dicen y lo que hacen». O bien: «Cuanto más conozco a los hombres, más me gusta mi perro». No pierdan el sentido del humor, pues esta capacidad, junto a su compañera -la inteligencia-, es la elegida por nueve de cada diez mujeres respecto a los atributos de un hombre (muy por encima de músculos tensos y mandíbulas cuadradas).

Resulta sano que también las mujeres sepan reírse de ellas mismas y de sus contradicciones, más allá de la mordaza ideológica que cada momento histórico muestra como políticamente correcta.

Hombres y mujeres sabemos que el sentido del humor es un salvavidas para las tormentas del hogar y del exterior. La sonrisa, un bálsamo que casi todo lo cura, endulza el ánimo. Arranquémonos, modifiquemos el gesto facial, alejemos rictus de tristeza y de ira, y conseguiremos optimizar los sentimientos.

«El humor quiere decirnos: ¡Mira, ahí tienes ese mundo que te parecía tan peligroso! No es más que un juego de niños» (Sigmund Freud).

FEMINIZAR LAS RELACIONES



Procuremos que nuestro epitafio no diga: «Pasó por la vida, no vivió», ni tampoco: «Murió como vivió, sin ganas». Hagamos un esfuerzo y sintamos la poesía para poder decir: «¡Qué bello es vivir!». Con la poesía se instauro el ser en la palabra, se cuestiona el significado del amor y se responde que desde él regresamos a la totalidad de la existencia, de la que somos despojados al nacer.

En un rincón del alma intuimos lo que significa ser persona. Pasamos del placer de ser, al placer de pensar. Y en esto se nos va la vida, en tratar de proteger una imagen y una dignidad más aspirada que adquirida.

Quizá es muy romántica la definición clásica del amor: «Hasta que la muerte nos separe». Pero está obsoleta. En esta época de usar y tirar no se enseña el arte de prevenir conflictos y de reparar daños.

Hoy se forran parejas semiadosadas a tiempo parcial que no comparten hogar, ni grupo de amigos, ni cuenta bancaria, pero sí el tiempo que ambos consideren oportuno. No más. Quizá sin saberlo, siguen las enseñanzas de Montaigne: «Mi opinión es que es necesario prestarse al otro pero no darse más que a sí mismo». Cuando hay dos y entre los dos existe respeto por la soberanía, particularidad e idiosincrasia personal, se convive en la incertidumbre, en la libertad y en el futuro indeterminado. Así llegamos a una posible definición de la pareja moderna: no se quieren, se hablan.

Si el porvenir depende de nosotros y si los perdedores siempre tienen una excusa, mientras que los ganadores siempre tienen un plan, hemos de tener presente el futuro.

Pidamos prestada la sinceridad a los niños y los viejos para hacernos eco de que mientras a los varones más insignes históricamente les ha interesado el ser humano, a las grandes mujeres les han fascinado las personas.

Desde hace años insisto en que hay que feminizar las relaciones y la educación, hay que propiciar la sensibilidad y estimular la empatía. Feminizar no se ha de confundir con afeminar. Feminizar es ser sensibles, vibrar con el otro, ponerle cariño a las plantas, transmitir afecto a los animales, sentir por y con las personas. Es la antítesis de la dureza emocional, de la psicopatía.

Tampoco aplaudimos a esos varones que tratan sólo de recuperar el alma de lo femenino, a esos padres que desean parecerse a sus madres.

La separación de la madre es crucial. Cuidado con el hombre que teme la independencia, que desea ser el hijo obediente de su esposa/madre. Se percibe que puede separarse de su pareja, pero nunca podrá divorciarse de su madre. Varones infantilizados... en Londres triunfa una discoteca que sólo permite la entrada a adultos que vistan uniforme de colegio.

Leamos lo que escribió en 1792 Mary Wollstonecraft, en *Vindicación de los derechos de la mujer*: «Es vano esperar virtud de las mujeres mientras no sean en algún grado independientes de los hombres; es vano esperar esta fuerza de un afecto natural que las haga buenas esposas y madres. Mientras sean absolutamente dependientes de sus maridos serán astutas, mezquinas y egoístas, y los hombres a los que satisface el afecto de un perro faldero no tienen mucha delicadeza; el amor no se puede comprar... Si los hombres generosamente cortaran nuestras cadenas y se alegraran con nuestra compañía racional en vez de una obediencia esclava, entonces encontrarían en nosotras unas hijas más observantes, unas hermanas más afectuosas, unas esposas más fieles... Les amaremos con un afecto verdadero porque habremos aprendido a respetarnos a nosotras mismas».

Siguiendo al sociólogo francés Gilles Lipovetsky, la mujer ha pasado por tres fases históricas. En la primera era la mitad maldita de la humanidad, la bruja, un mal necesario en el mejor de los casos. En la segunda, tras el Renacimiento, la mujer era el símbolo de la estética y la belleza que debía su prestigio social a su padre y a su marido. Nos encontramos ahora en la tercera, en la que la mujer puede hacer todo igual al hombre. «No se nace mujer, se llega a serlo» (Simone de Beauvoir). Repasemos algunas frases de *Casa de muñecas* (Henrik Ibsen):

Helmer: ¿Así que te sustraes a tus deberes más sagrados... para con tu esposo y tus hijos?

Nora: Tengo otros deberes que son igual de sagrados.

Helmer: No los tienes. ¿Qué deberes podrían ser?

Nora: Los deberes para conmigo misma.

Helmer: Ante todo, eres esposa y madre.

Nora: Eso ya no lo creo. Creo que ante todo soy una persona, al igual que tú... O, sea como sea, quiero intentar serlo.

Es evidente que estamos al final de una civilización, la pregunta es: ¿estamos al comienzo de una nueva? Para hacer este mundo más habitable es imprescindible pasar de una lógica de competitividad a una lógica de cooperación. Precisamos conciliación, flexibilidad e innovación. Para ello, y por pura justicia y necesidad, precisamos igualdad de oportunidades para las mujeres y que ostenten puestos de decisión. Un poder no impuesto por una cuota políticamente estética. Más cuando el tópico de que muchas mujeres y hombres no elegirían a mujeres ha quebrado. Ahí están para demostrarlo Condolezza Rice, Michelle Bachelet o Ángela Merkel. Mujeres al poder, pero porque cuentan con lo que más se precisa: realismo, proximidad y solidaridad. Es una cuestión de talentos, no sólo de género. Lo cual no es óbice para propugnar una legislación diferenciada en aspectos específicos entre mujer y hombre. Es un riesgo, pero es necesario, pues, pese a la evolución en los siglos todavía no existe igualdad en la tasa de desempleo, salarios percibidos, etcétera. Las desigualdades exigen legislaciones diferenciadas, sin que por ello se cuestionen las ideas de ciudadanía y democracia.

Lo que sí resulta reduccionista e injusto es creer que las mujeres sólo pueden ser representadas por mujeres. Un prejuicio dañino y a extirpar es el de que la mujer es siempre la víctima. Por el contrario, habrá que estar alerta contra quienes insidiosamente inoculan la idea de que «las mujeres son las peores enemigas de las mujeres», desplazando la responsabilidad de las injusticias a las propias mujeres, o contra quienes, entre bromas y veras, esparcen la denominada «maldición de Eva», según la cual Eva nació de la costilla de Adán.

Cuidado con la educación que pone el énfasis en que los otros dependan de ellas, pues se relegan sus necesidades y demandas. También se precisa prevención ante quien piropea con constancia la intuición femenina, pues es una artimaña que exige adelantarse a las demandas de los varones y evitar lo que les disgusta. La colonización del imperio masculino es interior y, por ende, arraigada.

Considero que la emancipación no ha de ser la adopción del rol masculino, al tiempo que se ha de minimizar la necesidad de seducir si se aspira a la real igualdad.

Piénsese en este punto en el poder de las mujeres y ello porque los hombres lo necesitan, dado que suelen ser quienes más educan de forma activa a los niños. Las madres no deben educar poniendo como referencia al varón.

Junto a ello, se precisan verdaderas políticas con criterio y visión. En España te encuentras con hombres de 40 años que viven en casa de los papás. Como las madres se lo hacen todo, si un día abandonan el nido esperan (y dan por hecho) que se lo seguirán haciendo sus compañeras. En Suecia, hombres y mujeres se independizan a los 18 años, lo que les empuja a manejar su economía y la vida doméstica. Obviamente, los adultos se implican en las tareas del hogar.

Si se desea incentivar el nacimiento de hijos -entre otras razones, para no encaminarnos a un mundo nostálgico poblado sólo por mayores; para financiar la Seguridad Social o para mantener la necesaria musculación de la fuerza del trabajo-, el Estado tiene que propiciar el alquiler de pisos para jóvenes a bajo precio y cofinanciar los préstamos para estudios superiores (a devolver en parte por los propios jóvenes). Un cambio que es una verdadera revolución política con mayúsculas, más allá de lo anecdótico y folclórico.

Hablando de cotidianidad, ser señalada como femenina tiene para algunos sustrato de inferioridad, al igual que usar el chador puede resultar cómodo, pero está investido de exclusiones.

Por otra parte, la mujer no debe pretender ser dominante, pues supondría que hay dominados. Para alcanzar la igualdad también hay que superar algunas asociaciones conceptuales. Una se refiere a la unión mujer-naturaleza, frente a hombre-cultura; la otra, al reduccionismo de la mujer vinculada a la educación de los hijos.

Soñamos también con el amor, sin percibir que deseamos el autosometimiento voluntario del otro en beneficio de la propia libertad. En *El arte de amar*, Erich Fromm habla de las concepciones erróneas del amor y utiliza la metáfora del masoquismo y el sadismo para hablar de dominado y dominante, porque ambos buscan la dependencia: «La persona sádica quiere escapar de su soledad y de su sensación de aprisionada haciendo del otro individuo una parte de sí misma [...] es tan dependiente de la sumisa como ésta de aquélla [...] la persona sádica domina, explota, lastima y humilla, y la masoquista es dominada, explotada, lastimada y humillada».

Girando hacia la normalidad o, mejor dicho, lo sano, desde luego no es poco que dos personas se aguanten toda la vida, ¿es eso el gran amor? Las desconocidas razones del amor. La búsqueda de uno mismo, un auténtico encuentro con y contra el otro. Una

vinculación que se elige, tratando de preservar la propia autonomía y sabiendo que conlleva necesariamente decepciones y amarguras.

Desde cada existencia, desde cada inalcanzable proyección ¿cuánta desnudez del alma puede exigirse al otro? Y la privacidad personal ¿no ha de ser protegida?

Claro que podemos decir lo que pensamos. Por ejemplo: «Las mujeres mayores operadas parecen mujeres mayores operadas», «El macho ibérico es una especie en extinción, aunque alguno realice desplantes toreros», «Hay mujeres que pueden estar hablando por teléfono toda una tarde» o «Hay hombres que para sentirse a sí mismos conducen veloz e irresponsablemente». Pequeñas verdades. Las grandes nos indican qué triste es perder a un ser amado, pero también lo es perderlo como objeto de amor. O que luchar contra el tiempo, contra la propia edad, resulta tan improductivo como psicológicamente negativo.

NI DOMADOS, NI ACORAZADOS



«El amor es como el sarampión: cuanto más tarde llega, peor», afirmaba Douglas William Jerrold.

Fiebre del sábado noche: algo no se sostiene en las fantasías e historias narradas por los varones, de otra forma la Viagra no seguiría siendo un best seller de la industria farmacéutica. Y es que, sin la mentira, la vida misma se tornaría inhóspita. El viejo sueño de la eterna juventud nos está comiendo el coco.

Cosa de hombres, como el brandy Veterano, que así lo decía en su publicidad y que tenía un toro en la etiqueta. Bastantes varones se identifican con ese animal, cuya silueta aún domina muchas colinas porque fue indultado (la ley prohíbe la publicidad cerca de las carreteras, salvo en tramos urbanos) y pasó a ser parte del patrimonio cultural y artístico integrado en el paisaje.

Volvemos al retrosexual, al macho de toda la vida, tras haber pasado rápidamente por el tecnosexual (adicto a la tecnología), el metrosexual (preocupado por su imagen) y el übersexual (viril y refinado), ¿cuál será el siguiente arquetipo?

Hay un puente que los hombres hemos de cruzar, dejando atrás la seguridad del poder, la virilidad y el éxito social, para alcanzar la igualdad, el respeto y la solidaridad, allá donde siendo firmes abandonemos la pose de duros y descubramos la riqueza emocional y la profundidad espiritual. En la otra orilla (no confundir con la otra acera) se encuentra la puerta que, una vez abierta, permite el reencuentro con uno mismo.

Pero seamos conscientes de que hay fuerzas opuestas, involucionistas. Este libro sólo pretende subrayar que gran parte de los varones están desorientados, perdidos en la bruma, y no reconocen su vulnerabilidad. Somos débiles al tener que mostrarnos fuertes, y hay se aferran a modelos tradicionales cuasi ancestrales, ratificados por imágenes del

cine o la televisión. Los jóvenes precisan otros referentes porque percibimos entre algunos escolares formas de relación basadas en el sexismo y el dominio.

Concluir que la igualdad entre los sexos se ha alcanzado es un error perceptivo grave y de nefastas consecuencias. Por suerte, contamos con activistas masculinos que son útiles en acciones encaminadas a la sensibilización de otros hombres, ya que son un referente alternativo en entornos fuertemente patriarcales.

Ni domados ni acorazados, los hombres hemos de reunirnos y hablar de nuestro papel, de nosotros mismos, nuestros pensamientos y sentimientos, quejas, demandas, déficits y esperanzas, esquivando por una vez temas como la política, el deporte, la comida, los vinos o los coches. Preguntémonos: si somos capaces de arreglar el sistema eléctrico de la casa, ¿cómo no sabemos planchar?, o, si sabemos poner una rueda de repuesto, ¿cómo no una lavadora?

Compartamos con las mujeres otra cuestión: si todos provenimos de una mujer-madre, ¿cómo puede estar tan generalizada una misoginia disfrazada de paternalismo? ¿Es posible que la identidad de género masculino tenga un eslabón débil? Me explico (o lo intento): el varón huye de los rasgos femeninos, del miedo a la dependencia de la madre, y este repudio inconsciente nos aleja de la ternura, la calidez y la compasión, y hay quien generaliza esta devaluación de la figura femenina.

Seamos conscientes, por tanto, de que el varón se ha de desarrollar largo tiempo en su evolución hasta alcanzar una verdadera identificación emocional.

Decía Oriana Fallaci: «Sueño con un hombre dulce con los débiles, feroz con los prepotentes, generoso con quien le quiere y despiadado con quien le manda». La especie del varón tradicional está en riesgo de extinción, aunque los grupos ecologistas no los hayan incluido en sus listados. Dijo Henri Frédéric Amiel, y dijo bien: «El amor es el olvido del yo».

En su libro *Diario de una mujer madura*, Tina Barriuso diagnostica: «Muchos hombres de mi generación han vivido en una continua competencia con sus mujeres, generada por sus madres, que fueron quienes les inculcaron miles de recelos frente a las que serían, en un futuro, sus esposas. Una vecina mía solía comentarle a su hijo que tuviera cuidado con la "lagarta de tu mujer", y en más de una conversación de mujeres adultas se podía escuchar que fulanito era un calzonazos porque hacía lo que su mujer quería».

Señores, ¡entérense!: los modelos tradicionales se desploman. Se acabó el guerrero,

el protector y el reproductor, gracias al avance laboral, sexual y social impulsado por la mujer y a las técnicas de reproducción asistida.

Bastantes hombres se sienten vulnerables, perciben una situación de riesgo, están en alerta, notan el descontrol y la rabia, y creen que su identidad está siendo cuestionada cuando las mujeres les exigen responsabilidad y relaciones equitativas. Cuando la superioridad instituida, el poder atribuido, desaparece, la angustia hace presa en aquellos hombres que crecieron con estudios cuando sus hermanas, por el mero hecho de ser mujeres, no pudieron acceder a los mismos, y a quienes en la mesa se les servía la mejor tajada.

Las cosas están cambiando y rápidamente. No hace tanto tiempo que la mujer no tenía derecho al sufragio, o que simplemente fumaba como signo de rebeldía y en busca de la igualdad.

Tanto están cambiando, que deberemos ser conscientes del riesgo de caer en el otro extremo. Lo ha advertido la escritora canadiense María Correia, autora del libro *La otra mitad del género*, y lo ha hecho en el foro del Banco Mundial pidiendo «que se preste más atención a los hombres». A su juicio, la globalización, los cambios económicos y la pobreza han erosionado el rol masculino, haciendo que se desarrolle en sus formas más destructivas. Tal afirmación puede ser real, pero peligrosa si se interpreta de manera exculpatoria, cuando realmente los hombres que matan a las que equívocamente califican como «sus» mujeres, lo hacen simple y estúpidamente porque las creen de su propiedad.

A las mujeres les está costando mucho, incluso vidas, salir de su esclavitud, y han de ser también los hombres quienes rechacen ese desprecio o minusvaloración de género.

Los hombres no pueden manejarse con el pensamiento cero, han de ser conscientes de que el feminismo ha puesto en cuestión el patriarcado, ha transformado la cultura, las relaciones interpersonales, la sexualidad y hasta la personalidad de hombres y mujeres.

El posicionamiento de la mujer, desde su libertad y control de vida, conlleva el tener hijos con o sin pareja estable, como un acto voluntario y meditado. En el 2005 nacieron en nuestro país 466.371 bebés, de los que casi 124.000 correspondieron a madres no casadas (26 por ciento). El número medio de hijos por mujer es 1,34, el más alto desde 1993.

Y ya que estamos reflejando datos, señalemos que en 2005 se registraron 7.024 matrimonios menos que en el año anterior. La tasa de nupcialidad se situó en 4,82, frente

al 5,06 registrado en 2004. El 0,6 por ciento de los matrimonios celebrados en 2005 unieron a personas del mismo sexo.

Las mujeres han transformado leyes y prácticas sociales de forma irreversible. Ahora la revolución se asienta en la modificación de los pensamientos de las personas. Los niños ya nacen en modelos de familia con otra visión del mundo, otra idea de las relaciones de género y otro tipo de valores. Mientras tanto, algunas instituciones, como las religiosas, desean mantenerse en el patriarcado, en ocasiones de manera fundamentalista (craso error abocado al fracaso).

Se acabó el hombre-rey. Por lógica nacerán movimientos reivindicativos de lo masculino, confiemos que sin los excesos y dogmatismo de los albores del feminismo.

Es a partir de los noventa cuando el feminismo ha dado carta de naturaleza a la intervención de los hombres, y algunos se han sentido alentados a participar en actos públicos, asumiendo un controvertido protagonismo, pues una cosa es apoyar la igualdad en un plano formal, y otra, en la vida personal y privada.

Hay que tomar conciencia y partido para que la vida democrática no se agote en las instituciones políticas convencionales. En ese sentido, ¿qué psicología y qué personalidad desarrollan aquellas mujeres cuyos rostros tienen que ser velados?

Vamos, sí, hacia la igualdad, ¿pero es real? Veamos: la cifra de consumidoras habituales de tranquilizantes y sedantes, unas ochocientas mil en España, duplica la de los hombres; de estar al borde de un ataque de nervios, las mujeres han pasado a sufrirlo de lleno.

Nos encontramos ante una epidemia de enfermedades emocionales o del alma, posiblemente procedentes del desamor, sobre todo cuando cursa en silencio. Por cierto, tres cuartas partes de los enfermos de depresión son mujeres. «Si no te quieren como tú quieres que te quieran, ¿qué importa que te quieran?» (Amado Nervo). Y es que no seguimos el consejo de Daniel: el instinto no es el más adecuado para construir una pareja; nos dejamos llevar por la pasión, que nos proporciona indudables certezas efímeras.

Ha habido, hay y habrá mucho sexo, otra cuestión es la felicidad alcanzada. ¿Será verdad que los hombres fingen en el amor para obtener sexo y las mujeres fingen en el sexo para obtener amor? Vemos varones que depositan su identidad sexual en su pene, y el «hermano pequeño», el «viejo compañero», se manifiesta claramente y a simple vista: estamos o no estamos, podemos o no podemos. Lo que ellas no se preguntan y ellos aún menos es si queremos. Las personas (sean del sexo que sean) pueden alcanzar una gran

proximidad con el vínculo sexual, pero ese mismo instante puede ser el de más soledad y hasta repudio.

Vemos hombres que cuando se separan de la mujer quedan a la intemperie, generalmente salen de casa, se despiden de los hijos, tratan de duplicar sus ingresos, y además, por si fuera poco, tienen que hacerse cargo de sí mismos (un nuevo reto).

Permítanme que me dirija a los de mi género, sexo o condición para decirles que considero un derecho el estar presentes en el nacimiento de los hijos. Siento y entiendo que mi vida como persona se habría castrado y empobrecido sin aquella gloriosa vivencia (el recuerdo es el único paraíso del cual no podemos ser expulsados). Hemos de apostar por el amor a nuestra pareja, a nosotros mismos y a nuestros hijos. Tomemos ejemplo de Noruega, donde el permiso de paternidad tiene la misma duración que el de maternidad, siendo éste de seis meses e intransferible.

Vivencias personales. Tina Barriuso, en su Diario de una mujer madura, exclama: «Yo sentía un desgarramiento tremendo porque, frente a ese mundo machista, existía otro feminista en el que tampoco me sentía cómoda. Ignoro qué les pasó a las demás, pero yo, sinceramente, me sentí harta frente a mujeres que me miraban por encima del hombro porque mi prioridad era la familia».

Tina no es esa mujer madura y patética que compite con su hija sin ningún rubor, cosa bien distinta es el amor y recelo con los que discurren muchas relaciones de madres e hijas, un lazo afectivo complejo donde la progenitora se mira en su hija como en un espejo de su propia vida, y donde la descendiente, frente al modelo que le supone la madre, fomenta la rebelión en busca de su propia identidad.

Volvamos a las relaciones entre adultos y hagámoslo de la mano de Enrique Jardiel Poncela: «En el amor, lo de menos son los insultos, lo grave es cuando empiezan los bostezos».

Concluyamos este apartado con unas citas referidas al amor:

«No existía. Pero porque lo amaron llegó a ser». (Rainer María Rilke).

«Un niño me preguntó: ¿qué es la hierba?, trayéndola a manos llenas, ¿cómo podría contarte? Yo tampoco lo sé» (Walt Whitman).

«La principal causa del divorcio es el matrimonio» (Groucho Marx).

«Estar contigo o no estar contigo es la medida de mi tiempo» (Jorge Luis Borges).

«Resuelve este enigma: cuando se tiene poco puedes repartirlo entre muchos, si tienes mucho es indivisible. La mujer respondió: es el amor»

ELLAS.CON O ELLAS.SIN



En 1900, las piernas de las mujeres eran uno de los secretos mejor guardados de la historia. Hoy algunos hombres se refugian en las faldas de sus madres ante el cambio operado por las mujeres. Tampoco es imposible conocer a algunas que se separan juiciosamente cuando ya han rebasado los 70 años de edad.

En la lucha por la equiparación con el varón, «hacer las cosas como los hombres» fue un concepto clave. Hoy, el poder no tiene sexo y el deseo de ser deseada se ha ampliado a ser deseado. Las mujeres actuales pueden dedicarse al culturismo o a las artes marciales y no se oyen a su alrededor comentarios que las califiquen de marimachos. Sin embargo, todavía existen notables diferencias entre la construcción social de la feminidad y de la masculinidad.

¿Desean las mujeres el poder? Las ha habido, recordemos: Cleopatra, Indira Gandhi, Eva Perón, Margaret Thatcher y otras figuras históricas, como Marie Curie o Simone de Beauvoir. En la Castilla de la Reconquista y de la conquista de América reinaba una mujer.

Aún hoy, la carga y responsabilidad que supone para la mujer la reproducción y lo que conlleva es una dificultad añadida al reto de participar plenamente en los asuntos sociales, económicos y políticos. Aquí nace la superwoman que se impone la autoexigencia de no renunciar a la esfera pública ni a la del hogar, sin llegar a convertirse en la simpática y corrosiva caricatura descrita por Carmen Posadas: «Histéricas superwomen, intentando ser Ana Patricia Botín en el trabajo, Angelina Jolie con nuestro chico y Mary Poppins con los niños». Creo haber oído a alguien que las «supermujeres pueden acabar aisladas y solas, con hambre de hombre. Fíjense en la cantidad de hombres que toman Viagra».

Claro que ya hay mujeres que participan de la angustia del propietario. Y las que en

una cultura del capitalismo de consumo se han convertido en compradoras compulsivas. El principio del placer prima y ello obviamente con la autorización femenina.

A la mujer siempre se le exige un plus, aunque sea a través del reconocimiento, como en el ámbito laboral, donde se le atribuye la facultad de la responsabilidad. Se les exige ser atractivas, pero con unos cánones absolutamente restrictivos: los labios han de ser prominentes; las canas, ausentes; el cuerpo es sometido a torturas, llámense liftings o piercings, liposucciones o depilaciones, dietas o siliconas.

Muchas mentes se obsesionan absurda y compulsivamente, las mujeres reducen sus tallas y los fabricantes reducen el tamaño de cada talla. Una 38 de niña de doce años es el ideal, aunque se mida un metro ochenta. Desde hace ya bastantes años el canon de belleza femenino es impuesto por hombres que no sienten atracción por las mujeres, que no gustan de pechos y caderas, por eso estilizan figuras modelo Greco, longilíneas, conceptuales.

Pero la mujer es parte del problema. Mientras los varones buscan curvas, las mujeres idealizan la percha, se sienten estéticas. Se fijan en las ropas más allá de los cuerpos, se gran ellas. Hay revistas que primordialmente sólo leen las mujeres y que muestran unos modelos cuasi anoréxicos. La presión es de las propias mujeres o de las empresas publicitarias de ropas, cosméticos, etcétera.

La mujer asume la estética, también en el ámbito familiar: el hogar se viste con sus gustos para vivir y para mostrar. La indumentaria de los niños y de un importante grupo de varones adultos es elegida por las mujeres.

Respecto a la vivencia de la estética del cuerpo, se modifica cuando la mujer practica deporte con intensidad. Hay mucho que hablar del espejo, del yo y los otros, de la vivencia objetiva y subjetiva del cuerpo. El espejo: cómo me veo, cómo me ven, hacerme ver como quiero que me vean, ver cómo me quieren ver.

Placer, placer sexual. Las mujeres empiezan (algunas, otras llevan tiempo) a entender el placer sexual como un fin (por eso algunas maduritas buscan amantes mucho más jóvenes). Paule Salomon (psicoterapeuta) indica que «la infidelidad es una forma de afirmación de sí misma para la mujer moderna». Debe referirse a Occidente, pues hasta la posición amorosa en la que la mujer se coloca encima del hombre está explícitamente condenada en muchas civilizaciones.

Hay gran diversidad de mujeres. Algunas, me consta, prefieren tener un amigo gay porque es sensible y no supone un riesgo, sexualmente hablando. La visión respecto a las

mujeres también es muy variada, veamos títulos de películas en las que se entrecruzan las vidas de los hombres y mujeres: Hable con ella; El beso de la mujer araña; Atracción fatal; Mujeres al borde de un ataque de nervios; Conspiración de mujeres; Con faldas y a lo loco; Las diabólicas; Eva al desnudo; Perfidia; La mujer pantera; Frívolas; La golfista; La pícara puritana; Fuego en el cuerpo; La fuerza del cariño; Vidas secas; Sonrisas y lágrimas; Belle de Jour; Sin bragas y a lo loco...

Respecto a la prensa escrita, la construcción estereotipada de la mujer se ciñe a: reproductora, trabajadora doméstica, víctima y, excepcionalmente, artista, escritora o política.

El término «mujer» tiene distintos referentes: como realidad anatómica, como signo, como grupo social, como concepto y como parte de la diferencia entre sexos.

Si bien se sigue arrullando a los bebés que llevan ropitas rosas y se lanzan al aire a los de ropita azul, las cosas van cambiando. Antes los hombres buscaban una pareja joven y atractiva (físicamente), mientras que las mujeres ponían los ojos en los que ostentaban una buena situación económica, lo cual tenía mucho sentido desde el punto de vista evolutivo. Escribía Nietzsche que la palabra amor significa cosas diferentes para el hombre y para la mujer; por el contrario, hoy tener sexo sin amor al compañero se ha desprendido del tabú femenino. También en el presente una lesbiana no deja de ser mujer y así se la considera.

Lo que no ha variado son los mensajes distintos: al hombre se le motiva para triunfar fuera del hogar; pero a la mujer, si tiene hijos, se le inducen sentimientos de culpa si su trabajo la obliga a pasar bastantes horas fuera del nido. ¿Puede que la causa sea que el trabajo remunerado de la mujer es un detonante contra el poder del hombre en su relación de pareja y en la autoridad familiar?

En el año 2006 el 96 por ciento de las excedencias por cuidado de los hijos fueron solicitadas por las madres. El paro femenino (14 por ciento) duplica al masculino (7 por ciento). El 93 por ciento de los trabajadores que dejan una carrera profesional por razones familiares, ya sea el cuidado de los hijos o de mayores dependientes, son mujeres. Casi cuatro de cada cinco contratos temporales recaen en mujeres (año 2006: 290.000 masculinos y 1.100.000 femeninos).

Y, sin embargo, las mujeres superan más las oposiciones. Añádase que ya en 2004 se graduaron más universitarias que universitarios, pero siguen siendo muchos más los catedráticos que las catedráticas.

Hoy, ni hombres ni mujeres obedecerían a la llamada de «volver a la cocina», nadie desea ser abrazado por una bruma que conlleva invisibilidad del trabajo, ausencia de reconocimiento y erosión de la autoestima. Los amos de casa ya padecen el «síndrome del ama de casa». Sepan que el 85 por ciento de las mujeres europeas menores de 35 años trabaja fuera del hogar a jornada completa.

Ahora bien, sólo un sector de mujeres se ha liberado mediante el trabajo, son las de clase media-alta y alta. Realmente, sólo el saber libera tanto a mujeres como a hombres. No es verdad que «el trabajo os hará libres» (terrible ironía escrita en la entrada de los campos de concentración nazis).

Las mujeres tienen (o han alcanzado) una mayor facilidad para hacer mil y una cosas a la vez, no interpretan las tareas no previstas como interrupciones y desde luego dedican tiempo a otras actividades no relacionadas con el mundo laboral. El trabajo es una más de las dimensiones de su vida. Eligen voluntariamente el éxito en el ámbito personal-relacional antes que en el laboral. Esto no exhaustivamente- por qué, aunque en España el número de universitarias es mayor, el número de mujeres en puestos directivos sólo sea del 3 por ciento.

Las mujeres se marcan objetivos a largo plazo. Se aseguran todos los días un tiempo para compartir información. Gustan de escuchar, comunicar. Son dialogantes, piensan más en relaciones que en reglas. Son capaces de ocuparse de más cosas al mismo tiempo, cuentan con habilidades naturales como la intuición, la colaboración o la capacidad de recapitular acontecimientos, cuidar de los detalles, humanizar más las relaciones profesionales, optimizar la confianza mutua... aspectos fundamentales en el proceso de toma de decisiones.

Lo anterior muestra la profunda injusticia y el despilfarro que supone el escaso número de mujeres que ostentan puestos directivos, lo que no concuerda con sus capacidades intrínsecas, su preparación académica y su responsabilidad en la gestión de compras de productos y servicios (las mujeres gestionan el 80 por ciento del presupuesto familiar). Hoy por hoy, el número de varones ineptos que llenan de contenido el «Quién es quién» y el «Fichero de altos cargos» es exponencialmente superior al de mujeres.

¿Algún hombre hubiera sido capaz de hacer lo que Brenda Barnes, presidenta de PepsiCo, que renunció a su cargo porque, según dijo, estaba cansada de cantarle el cumpleaños feliz a sus tres hijos por teléfono? Tampoco generalicemos, las renunciaciones permanentes no benefician siempre a los hijos. Las necesidades reprimidas, de forma sutil y camuflada, se pueden volver contra la pareja y/o hijo. Las mujeres consideran que se habla poco en pareja, que no son escuchadas o en todo caso entendidas.

Hay quien afirma «tuve mi hijo... también por miedo al vacío», y quien sustituye el amor al hombre pareja por el amor al hijo: «Y respecto a tu padre, pues mira: cuanto más pienso en él, más convencida estoy de que nunca lo he querido. Lo he admirado, lo he añorado, pero nunca lo he querido, ni tampoco a los demás hombres que había tenido antes; fantasmas decepcionantes de una búsqueda siempre fracasada... Quizá sea cierto lo que siempre ha afirmado mi madre, que el amor es lo que siente una madre por su hijo cuando lo toma en sus brazos y nota lo solo, indefenso y desprotegido que está. Mientras esté indefenso y desprotegido, por lo menos no te insulta y no te decepciona» (Oriana Fallaci, Carta a un niño que nunca nació).

Por otra parte, observamos una terrible paradoja e incongruencia: hay mujeres que ante sus parejas asumen el papel de madres, lo que contribuye a mantener a muchos hombres en un estado de inmadurez. La mujer se sitúa como madre, cuando el hombre se sitúa como niño. En la inminencia de ver las cosas hechas, solucionadas, la mujer se desespera y toma el mando de la situación, sin embargo eso tampoco le gusta... quiere un hombre, no un hijo.

Quizá las mujeres contribuyan a la perpetuación del mito del hombre fuerte, pues son el tipo que buscan para sentirse seguras. También las hay que buscan a los hombres deslumbrantes, que sin saber cambiar el neumático les dan otras cosas como sabiduría, arte... No buscan un hombre fuerte porque se sienten autónomas e independientes.

¿Será verdad que la mayoría de las mujeres desean tener parejas de mayor altura? ¿Les da miedo aceptar una inversión de las apariencias de dominio? ¿Siente la mujer una carencia en lo más profundo si no mantiene una relación estable con un hombre?

Quedan rescoldos de antaño; una mujer de cierta edad interesada por el sexo sigue despertando perplejidad, y si es viuda, fantasías y morbo. Sin embargo, el antes y el ahora de la mujer es bien distinto. Durante siglos, las mujeres se convertían en viejas a los 30 años, vivían lo justo para parir y, si superaban ese trance, para educar al número de hijos que la sociedad demandaba. En la actualidad, los mejores años para las mujeres son los de la relación posmaternal.

Las mujeres extranjeras entienden que las españolas parecen agotadas, estresadas y a veces tristes cuando tienen hijos y no disponen de tiempo para atenderlos. Consideran que están muy preocupadas por su imagen, han desplazado las incertidumbres del ámbito del sexo al de la comida y son muy rotundas en sus opiniones. Quizá. Lo que es cierto, como ya he mencionado, es que las mujeres son más propensas a las depresiones.

Llega el climaterio y la experiencia es muy dispar. Hay quienes sólo desean

compartir besos y caricias, pero se muestran poco interesadas en el aspecto genital, otras parece que retoman una segunda pubertad.

No siempre es así. Por ejemplo, el 60 por ciento de las mujeres japonesas con esposos jubilados sufre un síndrome de enorme trastorno por estrés. En cambio, los hombres sienten el síndrome del tiempo vacío, sin trabajo. Se están creando muchos grupos de apoyo dedicados a reciclar a los hombres jubilados para que sean más comunicativos con sus mujeres

Mujeres, las hay de todo tipo: algunas ejercen la prostitución, están trabajando y tratan de recrear en el imaginario del cliente una figura de mujer sexualmente activa y sumisa. El varón intenta resucitar el mito del macho ibérico (si bien pagando y durante un breve rato). Otras, junto a hombres de la misma catadura moral, presentan espectáculos televisivos que son contenedores de desperdicios emocionales, donde se imponen los gritos, los insultos, las lágrimas y las vejaciones. Hombres y mujeres ridículos, patéticos, que por dinero participan en montajes. Mujeres y hombres teleadictos que disfrutan con la basura que ven.

Mujeres y hombres nos quedamos anonadados ante la brutalidad de algunas mujeres soldado, casos muy esporádicos como los que vimos en la prisión de Abu Ghraib (Irak), donde mujeres soldado estadounidenses vejaban y torturaban a los prisioneros.

También hemos de denunciar que, salvo campañas contra la lapidación de alguna mujer, la batalla de muchas mujeres occidentales no se centra en la liberación de aquellas que malviven en las sociedades más retrógradas, como en las que se les insertan enormes discos labiales (mujeres saras de África), se les empequeñecen los pies (China; práctica ya extinguida) o se les ponen anillos metálicos en el cuello (las «mujeres jira fa» del pueblo padaung, en Myanmar y Tailandia), de manera que si cometen adulterio, se les retiran los anillos y las dejan impedidas, bajo la amenaza permanente de fracturarse las vértebras cervicales.

Vayamos concluyendo. La emancipación de la mujer conlleva o conllevará la del hombre.

EL NIDO



Buscan en la pareja la mujer o el hombre de ensueño y una verdadera amistad. Caminan por las tierras movedizas de la búsqueda de la felicidad y aspiran a lo máximo. Las parejas se separan con frecuencia porque sus expectativas son muy altas, a veces inalcanzables. Se quiere hablar y ser profundamente comprendido, lo que se alcanzaba en gran medida (o se alcanza) con el psicoanálisis y la confesión. Pero hay que recordar una diferencia sustantiva: el receptor de las revelaciones no era al mismo tiempo parte fundamental de las mismas.

Amor en pareja ¿es sinónimo de «estoy (ahora) con»? Los problemas de pareja son los más graves y recurrentes de la esfera privada en este siglo xxi, pues parece que se trata de una gestión relacional mediante negociación. El mutuo acuerdo sufre los embates de la elección del orden de los apellidos de los hijos, la distribución de los trabajos domésticos, la fijación de domicilio, etcétera. Frustraciones y desacuerdos que pueden dar paso al letal aburrimiento, la infidelidad, la celotipia, la violencia y la falta de atención y detalles.

Hombres y mujeres cometemos el error de ansiar o exigir que somos iguales. Pues lo cierto es que enfatizamos la importancia de las cosas de diferente manera y experimentamos el mundo que nos rodea mediante filtros bien distintos. Se aprecia la subjetividad de los sexos.

La interacción en pareja (sean los sexos que sean) conlleva malas interpretaciones, fallos en la comunicación. No nos engañemos, la permanencia en el trabajo es una verdadera protección contra los problemas domésticos.

La lucha de los géneros. Los asesores matrimoniales aumentan su negocio, como los mediadores y los expertos en resolución de conflictos. Los jueces de familia y sus asesores psicólogos y trabajadores sociales se ven desbordados. Los hombres son más

obstruccionistas, las mujeres más críticas. Las separaciones van a más, prima la búsqueda del bienestar personal, superando al mantenimiento de la institución o la sólida seguridad. Existen también divorcios intramatrimoniales.

En la actualidad y dado que en la vida de una persona puede darse más de una pareja, se produce una disociación entre las realidades estables de pareja y de crianza de hijos. Hemos pasado de Lafierecilla domada, de William Shakespeare, donde se describen las manio bras de los varones para dominar a las mujeres, a la de algunos hombres que defienden dentro de la pareja su figura de padre.

Hoy ha amanecido el hombre heterosexual (heterogay) que sabe desarrollar su lado femenino. El concepto de hombre y mujer está cambiando tan radicalmente como los de paternidad y maternidad, dadas las posibilidades de anticoncepción y de fecundación artificial.

Cuando la pareja se convierte en puro instrumento de socialización de los hijos, la crisis y el conflicto está asegurado. La pareja son dos. Y cuando ellos abandonen la casa, volverán a ser dos.

La normalización del divorcio (y las facilidades que lo convierten en divorcio exprés) conlleva la transformación entre los géneros y las generaciones. Deberá enseñarse el arte de romper las relaciones y salir, si no ileso de ellas, al menos sin heridas profundas, sin rupturas sonoras y ampliadas a otros miembros de la familia o a amigos. De lo contrario, el amor decepcionado se convierte en amor cruel, y lo que fue amor sin igual, en odio cainita.

Por otro lado, tenemos familias nucleares muy aisladas que pueden generar un clima de invernadero donde crezca el amor, pero también las terribles malas hierbas de la violencia.

Vivimos una vida que exige cambios. Jóvenes de 30 años que se aman, que tienen un hijo y que están vinculados en el trabajo piensan en separarse. ¿Razones? Conocer otras historias de amor, otras experiencias. La red de vínculos familiares crece de forma exponencial debido al número de separaciones y nuevos matrimonios (o emparejamientos) y a los hijos que se aportan de una a otra familia.

Aquello de que «los hijos unen» ya no está tan claro, porque absorben, se les dedica tanto tiempo que no queda para la pareja. Se precisa una revolución de la vida doméstica y alcanzar la igualdad mediante el reparto de tareas y el verdadero apoyo de las administraciones: ampliando el número de escuelas infantiles o dando apoyo con

programas similares al de «respiro familiar» que ofrecen algunas administraciones autonómicas y que consiste en la sustitución temporal de los familiares que cuidan de adultos dependientes.

Aunque todavía quedan rescoldos de aquella madre mediterránea que culpabilizaba haciéndose la víctima, ofreciendo su disposición y entrega infinita como regalo, pero también como deuda impagable, lo cierto es que la sociedad parece adoptar sin cuestionarse la totalidad de los valores femeninos. En cualquier caso, no hemos de volver al viejo orden patriarcal, pues reduce a la mujer e hijos a la condición de súbditos. El hombre todavía domina el mando de la televisión (y cuando hay fútbol hasta las cadenas modifican la programación para satisfacerle), pero ya se acabó la era del patriarcado basado en el falocentrismo que, cual faro, iluminaba todos los alrededores y sólo reservaba a la mujer la opción de decir «Hágase según tu voluntad».

Psicohistoria y herencia: las experiencias transmitidas cambian la propia estructura del cerebro y hacen que el del hombre sea de mayor tamaño que el de la mujer (pesa un 10 por ciento más), pero el de ella posee más comunicaciones entre las neuronas, que son más extensas.

Partamos de un hecho comprobable. Las diferencias genéticas entre hombres y mujeres son muy marcadas, también en el cerebro. El desarrollo de millones de neuronas y sus incontables conexiones depende de factores genéticos y hormonales, pero no menos que los educacionales y sociales. En Kenia, Japón, India, Filipinas, México y Estados Unidos, un estudio, que probablemente se podría generalizar para la mayoría de los países, ha demostrado que los niños participan en juegos más rudos que las niñas. Además, los niños varones reciben menos caricias.

Sigamos con la genética: hay niñas que nacen con un trastorno suprarrenal llamado hiperplasia suprarrenal congénita. Debido a ello, sufren un aumento de hormonas masculinizantes hasta el punto de que al nacer el tamaño de su clítoris puede confundirse con un pene. Se ha demostrado que tienen una mayor habilidad para resolver los problemas espaciales, al igual que los hombres, que, en general, demuestran una mayor capacidad para imaginar como aparecerá una figura al rotar en un espacio de dos o tres dimensiones.

Las estrategias de navegación de hombres y mujeres son distintas. El varón se orienta por un sentido espaciotemporal; la mujer se basa en referencias, en detalles.

Hombres y mujeres son distintos, hasta cuando se formulan preguntas bajo el manto de la melancolía (hoy denominada depresión). «¿Me quiere lo suficiente?», se pregunta

él. «¿Me lo merezco?», se pregunta ella. Sigamos generalizando: ellos afrontan su depresión consumiendo alcohol o practicando deportes de riesgo; ellas utilizan el cariño.

Y es que el cerebro femenino se ha ido estructurando para la empatía, que es la forma natural y sensible de entender a una persona. Por el rol que hasta ahora se le ha atribuido, el hombre somete menos sus pulsiones; al mismo tiempo, su cerebro se ha estructurado para entender y construir sistemas. La sistematización es una función del hemisferio derecho que se desarrolla más tempranamente a mayores cantidades de testosterona.

¿Cultura o herencia? ¿El huevo o la gallina? ¿Qué fue antes? Lo cierto es que lo ideal es un cerebro equilibrado, empático y sistematizador.

Quizá les sorprenda lo que ahora van a leer (a mí me ocurrió); lo escribió Hans Asperger, psiquiatra y pediatra austriaco, en 1944: «La personalidad autista es una variante extrema de la inteligencia masculina. Incluso dentro de la variación normal encontramos las típicas diferencias de sexo en la inteligencia en el individuo autista, el modelo masculino es extremo».

Anotemos ahora algunas diferencias psicopatológicas entre mujeres (cuyo síntoma por excelencia es la histeria) y los hombres (afectados primordialmente por neurosis obsesiva).

Los hombres sufren más trastornos de personalidad esquizoide, narcisista, obsesivo compulsiva y paranoide; tienen un mayor riesgo de esquizofrenia. Los varones están sujetos a trastornos relacionados con el alcohol y otras sustancias adictivas, y también en mayor medida que las mujeres al consumo de tabaco. Asimismo, se involucran mucho más en el juego patológico y en actividades físicas de alto riesgo. Los varones tienen más parejas sexuales. Las muertes violentas por suicidio y homicidio son mucho más frecuentes en el sexo masculino. Se implican en más conductas antisociales, como conducir embriagados. También los hombres tienen una tasa más alta de trastornos sexuales, tales como exhibicionismo, voyeurismo y pedofilia (esta última nace de la inseguridad, de la incapacidad de ser comparado con iguales y del deseo de dominio).

Los hombres responden al estrés de forma menos saludable, empleando mecanismos de evitación como negación, desplazamiento o consumo de alcohol. Y es que el varón raramente percibe el riesgo asociado, pese a que padece más de sobrepeso y tiene hábitos dietéticos menos saludables: come más carne, grasa y sal que las mujeres, y menos fibra, frutas y vegetales. Por si fuera poco, tiene más problemas de colesterol y de tensión arterial. Sorprendentemente, a pesar de que los hombres sufren padecimientos crónicos

más tempranos y severos, emplean menos servicios de salud, acuden menos al médico y, si además la profesional de la salud es mujer, reportan menos dolor. En fin, muchas diferencias en todos los aspectos.

Hombres y mujeres. Distintos. Los expertos en ventas analizan las diferencias entre ellas y ellos a la hora de llenar la casa de utensilios electrónicos. Sin embargo, cada vez más hombres y mujeres saben tomar decisiones de forma equilibrada, aunando el pensamiento deliberado y el instintivo.

Lo terrible es que uno de los dos ejerza violencia sobre el otro. Es el caso de los varones que imponen a las mujeres la exigencia de abortar o de tener hijos. O el de cualquiera de los sexos, cuando en los procesos de separación se utilizan denuncias falsas (algo que vemos con frecuencia los psicólogos forenses, cuando se nos encarga realizar análisis de credibilidad del testimonio).

Hay mujeres que ejercen el desposeimiento del hombre, ya sea de su patrimonio o de sus hijos. Son del máximo interés, aunque sean negadas, las formulaciones de Richard Gardner o Asunción Tejedor sobre el denominado Síndrome de Alienación Parental (cada día más frecuente), en el que algunas mujeres, mediante el uso de la dependencia emocional de los hijos y de la culpabilidad, de forma sibilina desposeen a los padres de todo vínculo con sus hijos.

Es grave la denuncia bastarda de algunas mujeres que se separan e inducen al hijo/a a formular una declaración de abusos sexuales que saben que es falsa. Y es grave que el padre varón diga que es víctima de una denuncia falsa, cuando sabe que es cierta. Gravísimo.

Muchas veces a hombres y mujeres nos influyen elementos en nuestras acciones que desconocemos. Necesitamos aceptar nuestra ignorancia y decir «no lo sé» con más frecuencia. Nos lo advirtió Mark Twain: «Es mejor permanecer callado y parecer tonto, que abrir la boca y despejar toda duda».

Hay que aprender a ser exigente en el respeto a la diferencia, y recordar que no hay nada tan productivo como ser uno mismo. Antes de emparejarse convendría dedicar un tiempo no diré que necesariamente al psicoanálisis, pero al menos a la introspección.

Precisamos valedores de la igualdad de derechos y deberes para ambos sexos y entre todos dotarnos de, y propagar, un sistema de valores (comprobados, inatacables e inalterables) por los que valga la pena vivir y aún morir. En cambio, es mal asunto que estos tiempos se caractericen por el uso y abuso de los psicofármacos. «El sufrimiento

por una vida sin sentido se ha convertido en el primordial problema psíquico del presente: hoy día ya no estamos confrontados, como en los tiempos de Freud, con una frustración sexual, sino con una existencial, y el paciente típico de hoy ya no sufre tanto como en los tiempos de Adler de sentimientos de inferioridad, sino de una sensación abismal de falta de sentido que va asociada a una sensación de vacío... de un vacío existencial» (Víctor E. Frankl, psicoterapeuta).

¿TAN SÓLO ZÁNGANOS?



En los últimos años, el varón ha despertado escasa curiosidad entre los estudiosos sociales extranjeros; sin embargo, cuando el hombre se apropia de tareas tradicionalmente femeninas, como la cocina o la costura, las visualiza hacia el exterior y alcanza una rápida notoriedad y apreciación. Se puede triunfar siendo un hombre vulgar, pero las mujeres que triunfan hace tiempo que se elevaron sobre la mediocridad. Ante esta terca realidad hay quien argumenta: «La dejé ganar porque soy un caballero».

Carlos Goñi, líder del grupo musical Revólver, lo expone así: «No entiendo que una mujer quiera equipararse al hombre, es superior a él».

El orgullo masculino tan hipertrofiado corre muchos riesgos, por eso tantos varones obsesionados por el estado de conservación de sus genitales (algunos se pasan el día en un indisimulado tocamiento y colocación) sufren de graves celos sexuales. Remacho, más ahora, cuando se sabe que dos hospitales españoles decidieron realizar un estudio genético y descubrieron -por azar, pero por entre el 5 y el 10 por ciento de los recién nacidos no eran hijos del marido, como antes se ha dicho.

El varón, que gasta cada vez más en productos de belleza, que se muestra jovial, que ha de vivir más tiempo, compite con una realidad del subconsciente: los donantes de semen.

«Ahora le toca el turno a un modelo de pareja donde la mujer suele tener la razón y el hombre la culpa» (Vicente Verdú). Sin embargo, durante muchos siglos las mujeres, convertidas en espejos mágicos, han servido, como apuntó Virginia Woolf, para reflejar la figura masculina al doble de su tamaño natural.

Carmen Rigalt afirma con rotundidad: «Las mujeres somos imbéciles, bendecimos a los feos, cosa que ellos jamás hacen con nosotras, y muchos se engañan con eso de que

los maduros tienen encanto. Lo que tienen son otras cosas: nombre, fama, dinero o poder. La edad del tránsito es fatal para los hombres». Y es que podríamos hablar de las sucesivas crisis adolescentes, las que se superan, o al menos se pasan, a los 40 y 50 años. Alphonse Daudet afirmaba que los hombres envejecen, pero no maduran (serán viejos, pero están verdes o son verdes).

Recientemente ha eclosionado el vitasexual o, lo que es lo mismo, el varón que no admite que la edad limite su sexualidad. Añádase que, según Almudena Grandes, «después de tanto esfuerzo feminista, las mujeres más admiradas son las top models, personas que se sacrifican para ser un mueble. Es indignante». Porque al varón ¿le gustan ellas o su envoltorio? Me pregunto qué siente una mujer atractiva rodeada de hombres que se la comen con la mirada. Creo que poder -ya dijo Kissinger que «el poder es el mayor de los afrodisíacos»-, pero también hastío, hartazgo y sentimiento de justa impotencia. Mi amiga Marta Robles lo deja claro: «En la facultad yo estudiaba como una obsesa y había un tipo gordo y bajito que me decía: "Te dan matrículas porque estás estupenda". Lo mandé a la mierda. Muchos, y lamentablemente muchas, piensan que consigo las cosas porque tengo las patas largas y la melena rubia».

Con vitriólico humor británico, Agatha Christie concluye: «Un arqueólogo es el mejor marido que una mujer pueda tener, cuanto más envejezca ella, más se interesará él». Mientras tanto, ayer y hoy, algunos hombres funcionan con el denominado por el psicólogo Walter Riso principio de Tarzán: no se sueltan de una liana hasta que tienen la otra bien agarrada.

Quizá sólo sea un tópico, pero parece que la mujer comienza por el amor y, si lo alcanza, da paso al sexo; por el contrario, el varón se iniciaría por el sexo y, si funciona, puede llegar el amor. Una generalización burda pero numéricamente cierta. Quedan en el ambiente las manifestaciones de quienes nos han pre cedido: «La esposa es para respetar y la amante para gozar».

El hombre tiene unas características que le son consustanciales: una se refiere al sentido épico de su forma de actuar, ya sea una actividad económica, deportiva o intelectual; la otra, a su contacto con el otro sexo: aunque se trate de una amiga en un plano secundario, imperceptiblemente cubierto por otros sentimientos anida el deseo sexual vivito y coleando. Es cierto que hay hombres y hombres, desde el afectado por el síndrome de Adonis (vigorexia), al que admira al antihéroe (léase a Homer Simpson) y que no quiere ser emperador, ni dueño, ni santo.

Los últimos estudios hablan de la maldición de Adán: un marcado incremento en la esterilidad masculina debido a una alteración genética. Quizá dentro de unos años quede

separado el placer sexual de la procreación (estamos cerca).

El futuro ya se está escribiendo en femenino. ¿Qué le queda al hombre? Recientemente, el Real Automóvil Club británico preparó un estudio sobre la afinidad que los conductores establecían con sus vehículos. El resultado es enternecedor: el 80 por ciento hablaba con ellos, el 78 por ciento confesaba sentir amor y el 45 por ciento lo había bautizado con un apelativo cariñoso.

«Sucedé que me canso de mis pies y mis uñas y mi pelo y mi sombra. Sucedé que me canso de ser hombre» (Pablo Neruda).

ECLIPSE DEL PADRE



Se aprecian ya con claridad sus perniciosos efectos. La monoparentalidad puede significar la culminación de un proceso en el que se va relegando la figura tradicional del padre en la constelación familiar. Señalemos al respecto que las administraciones en España no apoyan a las familias monoparentales, una grave carencia de las incipientes políticas de infancia.

Volvamos al padre ausente o en la sombra. He constatado que una sociedad sin padres varones conlleva niños sin referencias.

Junto a la tríada procreación artificial, aborto y divorcio, parece que en Occidente gran parte de la sociedad está erosionando de forma continuada la figura del padre. Por supuesto, la figura del padre cabeza de familia ha quedado obsoleta, pero hay que reubicar su papel. Atrás queda el padre que ostentaba el patrimonio, heredaba y dejaba en heredad, decidía los enlaces matrimoniales de los hijos... Pasó a ser un asalariado y el padre/madre Estado se convirtió en tutor de sus hijos ciudadanos.

Hombres hay que están en busca del arca perdida. Dejaron de traer el pan, se encuentran desconcertados y se muestran dependientes, blandos, inseguros, apocados. Observan a una mujer segura de sí misma, peleona, corporativista, que supera la discriminación positiva, que no se conforma con lo de ser la madre de..., ni la esposa o compañera de...; quiere ser completamente feliz, realizarse como mujer, triunfar profesionalmente.

El hombre duda, teme, se tambalea. Bien es cierto que el dicho «todos los hombres son iguales» es manifiestamente injusto e incierto.

Muchos varones se han alejado de la creencia irracional de que la ternura convierte al hombre en afeminado. Día a día son más los varones que contribuyen a feminizar la

sociedad y muestran sensibilidad, diálogo, conciliación. Son muchos los hombres que reflexionan sobre su papel social y afectivo, conscientes de que las mujeres que ya ejercen el control de sus propias vidas desean compartir la igualdad, el compañerismo y la intimidad. Elizabeth Badinter lo resume en dos palabras: el hombre reconciliado. Dice en su libro *La identidad masculina* que el hombre ha de ser a la vez maternal y jugador de rugby.

Hay quien habla de familias inciertas, en referencia al alto grado de laxitud entre los valores paterno y materno. Mézclese lo antedicho con que los nuevos varones quieren reivindicar su rol de padres, pero no a tiempo completo, y que las mujeres desean recibir verdadera que ayuda, que se comparta-, pero sin sentirse desplazadas. Un equilibrio inestable cuando se demanda verdadera paternidad, mostrada en la convivencia no sólo en declaración de intenciones. Apreciamos en el sustrato ciudadano una admiración ancestral, reverencial, hacia la maternidad, mientras que a la paternidad no se le otorga tanta relevancia, pese a que la reciente psicología ha demostrado que, en los primeros estadios evolutivos del niño, la atención y el cariño del contacto paterno son positivamente determinantes.

Claro que cabe la correcta educación monoparental, pero sin duda (al menos para mí y para otros expertos) la calidez que aporta el vínculo de la madre y el padre es aún mejor.

Retomamos aquella frase atribuida a la igualdad de géneros (que no ciudadanía entre reyes y súbditos): «Tanto monta, monta tanto».

Los varones del presente recuerdan generaciones anteriores donde la distancia del padre era gélida, donde la sanción, mejor dicho el castigo, se imponía en pleno vacío afectivo; esta imposición daba paso al miedo, al resentimiento. Por eso hoy, al igual que acontece con la madre, se desea que la sanción se imponga en un contexto afectivo.

El hombre está en una encrucijada, se encuentra ante un reto, llegó el momento de asumir el papel de padre implicado, de verdadera pareja, de autónomo ciudadano. La doble jornada laboral empieza a ser una realidad para los varones que no desean ser aparcados en un museo. Vimos en *Kramer contra Kramer* a Dustin Hoffman como un padre divorciado que pierde su trabajo fuera de casa porque no puede conciliar tantas demandas y ejercer de padre, algo que las mujeres ya hace tiempo que con gran coste personal consiguen realizar.

EDUCAR LA PAREJA



La política no hace extraños compañeros de cama. El matrimonio sí.

GROUCHO MARX

Antes que la familia, quizá sea la pareja la base en la que debe sustentarse una sociedad sana. Hemos de aceptar que el proceso de ser padre o madre se basa en el método de prueba-error y que se aprende con el ejercicio.

Algunas mujeres han de entender que si son muy laxas en la educación de los hijos, el ejercicio de la rigidez y la autoridad se deriva, consciente o inconscientemente, hacia el padre, quien no necesariamente lo asumirá. Y los hombres deben darse cuenta de lo que les corresponde hacer en cuanto padres. En este proceso de concienciación, la mujer tiene la importante labor de invitar/enseñar al hombre a compartir el reto de ser padres. Conviene aclarar que nos referimos a algunas mujeres, no al género femenino. Y entre esas mujeres, no debemos olvidar a aquellas que no denuncian las agresiones recibidas y se vengan de forma pasiva, a veces utilizando a los hijos.

Por otra parte, ser padres significa revivir la infancia, y también evocar heridas olvidadas. En el futuro, ¿cómo vivirán la paternidad los hijos que hoy son unos tiranos, los que agreden a su madre o los que no han disfrutado de la presencia del padre?

Somos conscientes de que hombres y mujeres comparten la pubertad, pero no la maternidad ni la menopausia. No obstante, eso no es un obstáculo para alcanzar la igualdad entre los géneros, algo esencial para el progreso humano y el desarrollo sostenible. La igualdad entre géneros y la autonomía de la mujer contribuirá a reducir la pobreza en el mundo, salvar vidas infantiles, asegurar la educación universal, luchar contra enfermedades como el VIH/SIDA o el paludismo, y garantizar la sostenibilidad

del medio ambiente. En definitiva, ganaremos en justicia y libertad.

Seguramente se acordarán de esta frase de Antoine de Saint Exupéry: «Amarse no es mirar el uno al otro, sino mirar en la misma dirección». Y esa dirección, u objetivo, debe ser la de educar a los niños para la convivencia, la paideia, la educación a lo largo de toda la vida que proporciona a los seres humanos la capacidad para ejercer sus deberes cívicos.

Deseo llamar su atención, al comunicarle, que en la Feria del Libro, que tanto me gusta (llevo desde 1992 firmando en el Retiro de Madrid), se acercan madres a comprar algunos de mis practica para padres, El pequeño dictado: Cuando los padres son las víctimas, El arte de solicitar que la dedicatoria se la ponga a nombre de ellas, en ocasiones de ellas y de sus hijos. Si les pregunto por sus parejas, dicen: «Bueno, ponga su nombre», sin ninguna convicción y con un gesto resignado.

Albert Einstein decía que si quieres que tu hijo sea sabio, cuéntale historias; y si quieres que sea más sabio todavía, cuéntale más historias. Los padres han de ser conscientes de que sus hijos necesitan tiempo, contacto con la naturaleza y practicar deporte. No deben olvidar esa valiosa herramienta que es la austeridad, y aún menos que la convivencia exclusiva con los adultos no basta para educar a un niño.

La infancia hoy tiene dos marcados enemigos: la presión del consumo, que pretende generar una insatisfacción perpetua y valora como inservible todo aquello que no sea una novedad en el mercado, y el discurso público que presenta a niños y jóvenes como un problema y los identifica de forma equívoca con la irresponsabilidad, la peligrosidad y la inmadurez, lo que es muy injusto. Habrá de plantearse si tras esta exorcización se esconde una forma de desplazar las responsabilidades de los adultos.

En todas las generaciones los jóvenes han necesitado ídolos, pero ahora, más que modelos, se les presentan cebos para fomentar el consumo.

Dijo Aldoux Huxley: «Con buenos padres haremos un mundo mejor». La mayoría ciertamente lo son, pero no debemos ocultar los problemas. Según datos de la Fiscalía de Madrid sobre violencia doméstica en la región, los padres cometieron 610 delitos contra sus hijos en 2006, mientras los hijos consumaron 583 delitos contra sus padres. Además, se registraron 25 delitos por ataques de nietos a sus abuelos y 30 agresiones de abuelos a nietos.

LOS ABUELOS



por ciento de las madres entra a trabajar antes de que abra el colegio y el 59 por ciento aún no ha acabado cuando el colegio cierra. Son las abuelas, primordialmente maternas, las que suplen la escasez de ayudas institucionales y la incompatibilidad de horarios. El 22 por ciento de las mujeres mayores de 65 años cuida en la actualidad de sus nietos.

Las abuelas precisarían una estatua en cada pueblo o ciudad, y también aquellos abuelos que no se pasan el día jugando a la petanca. Cuando los niños se acuestan sanos y se levantan con fiebre son los abuelos en el 49 por ciento de los casos quienes se ocupan de ellos; cuando están de vacaciones escolares y sus padres trabajan, son los abuelos los que se hacen cargo en el 53 por ciento de los casos.

El encuentro de generaciones rejuvenece a los abuelos, ayuda a madurar a los nietos y proporciona descanso a los padres. La urdimbre familiar se enriquece. Hoy, cuando tantos niños no tienen hermanos, los padres no disponen de tiempo y la tecnología deshumaniza las relaciones, se precisan abuelos, entre otras razones porque es fundamental ser nieto.

La vida se sostiene en hechos simples, naturales. Ese rostro cansado que deposita un dulce beso en la mejilla de un niño y la siente como un pétalo. Esos ojos abiertos y admirados ante el abuelo, que, como buen amigo, aconseja. Ésta es la épica de lo cotidiano.

«Cuando educas a tu hijo, educas a tu nieto» (El Talmud). Precisamos viejos niños, no niños viejos, porque cada día debemos sentir y compartir que sin duda vale la pena vivir, que ya vale la pena haber vivido. Y en relación con esto, no anestesien a sus hijos frente al dolor. ¿Cuál es la razón para que un nieto de nueve años no asista al funeral de su abuelo? Disociar la vida de la enfermedad y la muerte es antinatural.

Tenemos una tercera edad con una mayor esperanza de vida y de mejor calidad, por eso son parte activa, imprescindible, en la educación de los pequeños, y lo hacen desde el amor y el equilibrio. El filtro del tiempo les ha enseñado a valorar lo realmente importante. Vaya desde aquí mi reconocimiento. Los abuelos pueden y deben ayudar con su saber, su tiempo, su afecto y su comprensión. Pero la educación es una función irrenunciable de los padres, y es misión de los responsables políticos, empresariales y sindicales propiciar que así sea.

UNA RAZÓN DE SER



No es un oficio. Es un deseo, un compromiso, es carne viva. Es ley de vida, proyección en el olvidar el presente-, esperanza, ilusión. Hablamos del padre educador.

Ser madre o padre, asumir esa alegría y responsabilidad, debe ser valorado en todas sus consecuencias. Cuidar, educar, criar a un niño es una felicidad y también un largo y duro trabajo.

Ahora que tanto se cargan las espaldas de los padres, recordemos que son tan humanos como los hijos, que también ellos tienen derechos. La verdad, la mayoría de los padres lo hacen mucho mejor de lo que ellos mismos juzgan.

Ser padres obliga a concienciarse de esa sublime tarea, sabiendo que hemos de vivir con nuestros hijos y sin ellos. Debe anticiparse que su emancipación no ha de cambiar radicalmente nuestra vida.

El futuro ya presente exige padres cualificados, efectivos y eficaces que disfruten de un mayor tiempo de ocio y lo aprovechen para retomar las relaciones humanas, ya sea con miembros de la familia o con amigos. Debemos ser padres y abuelos del futuro, no nos quedemos en los hijos del ayer o los nietos del pasado.

Hemos de mostrar a nuestros hijos el sendero para que lleguen a ser mejores padres de lo que lo somos nosotros.

Ser padres es algo muy distinto a tener hijos. Valoremos su función, pues se educa en todo momento, más con los actos que con la palabra. Y desde luego la educación es el combustible del alma, cuna para autoeducarse en el altruismo, el autocontrol, la autodisciplina y la competencia emocional, entre otras virtudes.

Para educar bien a los hijos hay que educar bien a sus padres; es un proceso ininterrumpido de generosidad, pues se debe amar sin intentar poseer. El cariño se da a fondo perdido. Se quiere por el otro, no por el propio interés, aunque sea como autoproyección.

Ser padres supone saber educar y lo que se requiere es amor, lógica, técnica, arte y conocimiento. No es fácil, no, pero tampoco imposible. Exige responsabilidad, dedicación, reflexión, pero sobre todo disfrute con el o los pequeños, comprensión de las conductas humanas (que se sostienen en errores), aceptación de las limitaciones y ganas de hacerlo bien, simplemente lo mejor posible, pero sin angustias ni reproches.

Aviso a navegantes: ¡no partan del principio erróneo de creer que la paternidad es sinónimo de posesión!

Hay que confiar en los hijos, educarles en la libertad y el autogobierno. Se conoce a los padres por sus hijos.

Los padres han de ser adultos y comportarse como tales: equilibrados, tolerantes, ecuanímenes. La comunicación entre los progenitores es un requisito imprescindible, como lo es el preguntarnos si somos un buen ejemplo.

Es verdad que el proceso de ser madre y padre es una prueba de ensayo-error que se aprende durante el ejercicio, llamémosle, práctico, pero el teórico precisa estudio y ser recordado mediante el repaso (¿se imaginan que se entregara a los padres un carné por puntos?).

El criterio de «yo educo a mis hijos como quiero» ha dado paso a un «nosotros educamos a nuestros hijos con afecto y según los criterios establecidos por el conjunto de la sociedad» para optimizar los potenciales de los pequeños (o menos pequeños).

Hemos clamado contra la dependencia económica de las mujeres y señalado con dedo acusador lo pernicioso que resulta el abandono y el desplazamiento de las responsabilidades por parte de cualquier progenitor.

Podemos permitirnos generalizar. Los niños creen que los papás son sabios; los adolescentes los califican de trasnochados; los jóvenes concluyen que sus padres no saben nada; cuando son adultos se plantean consultar con ellos; y cuando han superado los 55 años comentan «eran sabios, pero me di cuenta demasiado tarde».

Los padres, como los hijos, son distintos: unos transmiten mensajes confusos, otros

constructivos, algunos destructivos.

Me duelo de ver a hijos que agreden a la madre que los parió, y a quien no educa ni atiende a los hijos, cuando, más allá de la «sangre de mi sangre», el amor del corazón no vincula a los padres con sus descendientes. Es entonces cuando el derecho primigenio del ser derecho a y se desencadena un seísmo emocional.

Padres amistosos, sí, sin duda, pero no propiamente amigos de los hijos; dejémosles y concedámonos espacios diferenciados. Lo que tenemos que manejar es la distancia óptima, ser accesibles, mostrarles nuestros amigos, conocer los suyos. Hay padres que por desgracia no saben hablar con sus hijos. Los hay que no saben decir dos cosas positivas de quien ya ha cumplido 15 años.

La mayoría de los niños que se implican en hechos delictivos hunden su etiología en la búsqueda del denominado padre-grupo (los amigos) por ausencia del real.

No son pocos los hombres que, siendo padres, están (o se posicionan) en tierra de nadie, sin saber qué se espera de ellos, cuál es su papel. Es fundamental ubicarse y dedicar tiempo a los hijos; de calidad, sí, pero tiempo.

Los padres culpan, con razón y de manera genérica, a la sociedad (¿compuesta por quién?) porque transmite auténticos contravalores, por ser tan competitiva y estar rendida al dinero, por imponer unos horarios laborales que impiden dedicar el tiempo necesario a la educación de los hijos. Esa crítica se tiñe de indignación al referirse a los espacios emitidos por las televisiones. Es un clamor. Algunos intentamos ser banderín de enganche para una movilización ciudadana imparable, con unos valores humanos incuestionables y consensuados.

Un mundo sin fronteras (o al menos franqueables) conlleva una educación más compleja; por ejemplo, cuando los padres poseen características personales muy diferentes (culturas, razas, religiones...), pero también es cierto que, si se consigue un equilibrio, puede resultar muy enriquecedor para el hijo.

Para ir terminando, indicaré que los padres transmiten mayoritariamente (o lo intentan) a sus hijos ilusión para alcanzar puestos laborales reconocidos, amor al estudio, desarrollo del esfuerzo y asunción de responsabilidad, e inciden muchísimo menos en valores ideológicos, sociales, políticos o religiosos.

LA TIRANÍA DE LA AUTENTICIDAD



Es una verdadera amenaza. ¿Ustedes no se asustan cuando alguien les dice «Permíteme que te sea sincero»?

En Gran Bretaña, han tenido que publicitar como consejo el «¡Hágalo, no lo finja!», y es que el 80 por ciento de las mujeres lo fingía en alguna ocasión al tener relaciones sexuales, a pesar de que se asevera que la oxitocina que liberan durante la entrega amorosa es un potente anestésico, capaz de alejar cualquier dolor de cabeza, ya sea oportuno o inoportuno.

Autenticidad, pero seguimos apreciando en bastantes hombres miedo a que las palabras les comprometan. Otros muchos varones padecen de incertidumbre, ven su identidad masculina amenazada, proyectan una imagen pública distinta a sus conmociones interiores, por miedo a ser marginados por el resto de varones y algunas mujeres.

Es relevante analizar el discurso y posicionamiento de los varones en las prácticas sociales, pues muchos de ellos no son capaces de reconocerse a sí mismos en los análisis feministas. Hay varones que están contra la desigualdad que menoscaba a las mujeres, pero entienden que el proceso en marcha puede derivar en una cierta cultura andrógina, algo así como unas mujeres sintéticas y machos simbólicos. Hay varones que empiezan a clamar por un movimiento de liberación masculino ante lo que interpretan como el posicionamiento de algunas mujeres con tendencia a culpabilizarlos hasta un punto que limita con lo patológico, un sexismo inverso, opresor, que parte de unos tópicos contra lo masculino absolutamente contaminados y tóxicos. ¿Qué nos pasa, donde está la falla en la traducción de los mensajes del otro? El hombre tiene una comprensión más lineal, la mujer más circular. ¿Es cierto que el hombre es capaz de no pensar en nada? ¿Es verdad que algunos varones sienten que son seducidos por las mujeres y cuando responden se

sienten agredidos por unas mantis religiosas que les señalan como acosadores?

El hombre es más territorial, agresivo, la mujer más receptiva a las emociones. «Los hombres destacan más el lado instrumental del amor. Las mujeres ponen más énfasis en los sentimientos y la cercanía interior» (Ulrico Beck, en *El normal caos del amor*).

Al fin, la maternidad es el gran privilegio y dependencia que disfrutan y sufren las mujeres. Hombres y mujeres conocemos nuestra procedencia, que, como la naturaleza y la tierra, es madre, es mujer. El varón compite por ellas, hasta los espermatozoides corren en busca del óvulo selectivo, sólo uno alcanza a ser donante, los otros doscientos millones quedan por el camino.

En lo biológico y lo legal domina la madre. Es verdad que ser padre es relativamente fácil, pero no es menos cierto que es difícil ser padre divorciado. En el momento en que un hombre muestra insatisfacción, una mujer le espeta «¿y nosotras?». La vulneración de derechos sufrida ha convertido a la mujer en una persona susceptible.

Mientras, la esperanza de vida se está alargando tanto que se hace difícil la monogamia. Se impone (no obligatoriamente) la monogamia sucesiva, y por tanto se acepta mal la infidelidad. Actualmente, nadie desea ceder sus derechos individuales, por lo que se forman vínculos contractuales basados en los sentimientos, que eluden riesgos y problemas que se anticipan, pero que por eso mismo permiten acelerar su disolución.

Se da una multiplicidad creciente de situaciones, desde padres divorciados a extramatrimoniales, de padres de fin de semana a los que viven en hogares compartidos, de amos de casa con esposas que trabajan fuera de casa.

Los jóvenes aspiran a vivir con fidelidad, pero cuestionan el modelo de matrimonio y familia que estiman sometido al derecho estatal y a la moral religiosa. Ya está en marcha el *living apart but together*, espacios neutros de convivencia no compartidos que permiten mantener la independencia mutua económica y emocionalmente. La supremacía de la individualidad. Parafraseando a Enrique Gil Calvo, «en los que uno se protege la retirada y no dan lugar, en principio, a celos ni rencor».

Almudena Grandes afirma: «He vivido en mi carne la gran contradicción de la mujer contemporánea. Por el tiempo en que nací y la vida que he llevado, he sido testigo del fracaso de dos modelos: el de la mujer tradicional y el de la feminista revolucionaria. Hombres y mujeres han dejado de ser comunidades homogéneas de intereses. Ahora se habla del comportamiento del individuo sin catalogarlo por sexos».

Ha nacido una nueva categoría social, los solitarios urbanos (singles), solteros que eligen ellos mismos su soltería. Un celibato que nace de la propia decisión, si bien en algunos casos se aprecia incapacidad para vivir con otra persona. Estos solitarios urbanos están encajados en la sociedad y llevan una vida de relación amplia. Esta nueva forma de plantearse el presente y el futuro conlleva cambios en las ofertas, que van desde viviendas reducidas a comidas precocinadas para una sola persona, coches minúsculos, etcétera. Para las mujeres menores de 40 años es una opción muy popular que ya no arrastra el estigma de las antiguas y almidonadas solteronas. Ahora se denominan singles o impares, términos que las definen como profesionales, consumistas, hedonistas y viajeras empedernidas. Disfrutonas.

Otra realidad son las familias monoparentales, mujeres que poseen un fuerte vínculo con sus hijos, un vínculo que no se establece con el hombre. Aseguran que de esta forma no habrá separación de pareja antes de la emancipación del descendiente, pero, por el contrario, se cercena en el tiempo la esperanza de continuidad, que concluye cuando se alcanza la citada emancipación del hijo.

Como vemos, la familia tradicional de pareja heterosexual casada y con hijos está dando paso a otras múltiples formas. Parece que la pareja que se juramenta «para toda la vida» está en clara retirada, pero se la sigue añorando y se lucha por ella en muchos casos, porque cuando funciona, la verdad, no es negativa. Existen matrimonios muy mayores y muy felices como resultado de haber nacido del amor y crecido en el día a día en la ternura y el cariño. Hicieron una apuesta, se comprometieron con tolerancia, caricias verbales y no verbales y respeto. Son admirables.

No sé si es posible, como alguien dijo, «lograr mantener la pasión bien alta, como el soufflé», pero sí, como escribió Honoré de Balzac: «Llegar a casa con buen talante es una de las leyes conyugales que no admite excepción». Claro que hay todo tipo de consejos: Stendhal recomendaba «tener un marido prosaico y buscarse un amante novelesco».

Lo que sí ha cambiado y mucho entre las familias de hecho del pasado y del presente es la casi desaparición de la estigmatización social y la discriminación jurídica de las que eran objeto sus miembros. Antes, ser hijo de padres separados o de madre soltera, ser hijo natural (aún peor si se procedía de un adulterio), conllevaba una grave o gravísima infamia, y también se señalaba con desdén a quien convivía maritalmente sin estar casado.

Las novedades no terminan aquí. Mientras que en el matrimonio la pareja se privatiza, en la filiación se pone la lupa del dominio público. Muchos padres viven

agobiados por la pesada carga de la responsabilidad, donde no hay cabida para faltas, carencias o errores. Toda la carga de la prueba recae erróneamente sobre los padres. Los expertos, además, vaticinan que el más leve error educativo resulta fatal e irreversible. En conclusión, el niño, que antes venía con un pan debajo del brazo, era una bendición de Dios y a veces era sentido como una carga no deseada, se ha convertido en una pieza única que requiere unos cuidados continuados y especiales.

En este momento, la responsabilidad se antepone al deseo de ser padres. La independencia económica y mental se alcanza tarde, por lo que las parejas son mayores cuando se plantean tener hijos, y entonces llega el análisis económico e incluso el cuestionamiento de la razón de traer hijos a un mundo enfermo en su salud ecológica y desigual en la distribución de justicia. La adopción internacional, junto a su gesto de noble solidaridad, resuelve algunos de los problemas antedichos.

Hoy, los jóvenes ponen la tele, escuchan la radio, leen y se asustan ante la ardua tarea de ser padres, se les emite el equívoco mensaje de que será un sacrificio y la mayoría de las veces, inútil. Da la impresión de que tener un hijo es sinónimo de estar afectado por una desgracia y si éste es un adolescente, ya se señala al progenitor como víctima insalvable. Es una distorsión absoluta de la realidad. Nada más bello que convivir, aprender y educarse con y de los hijos. Crecer con ellos. Poder levantar los ojos y mirar al futuro con los nietos. Un día, al dedicar uno de mis libros, pregunté a la pareja y me dijeron «Tenemos vocación de padres».

No hace falta haber estudiado pedagogía, pediatría y psicología consecutivamente para poder ser padre con posibilidad de éxito. Los niños son importantes, fundamentales, lo son todo, pero cuidado, no nos obsesionemos, no neuroticemos, no nos volvamos paranoicos con cada detalle de su educación, con cada gesto, silencio, duda o enfermedad. Seamos normales, sanos y disfrutemos. Los hijos deben ser deseados, no meticulosamente planificados (los denominados por Günter Grass «partos mentales»).

Tiranía de la autenticidad, ¿de quién? Mientras algunas mujeres piden a gritos mayor ternura, sensibilidad y afecto por parte de sus parejas masculinas, otras muestran su espanto ante unos varones que califican de demasiado suaves.

¿Y los jóvenes? Pues empiezan, en una proporción objetivamente significativa, a valorar más la individualidad que la pareja.

Concluamos este apartado con los varones. En España a ojo y en EE UU con datos, se ha constatado que los niños educados sin padre «cometen once veces más actos de violencia escolar» (y similares tropelías fuera de las aulas, añadido yo).

Sigamos con los varones, con aquellos que etimológicamente no se insultan como individuos, ni como género, sino desplazando la injuria a las que estiman como «sus» mujeres. Obviamente, escribo sobre un tipo concreto de hombres, pero la lectora o el lector se pasmaría e irritaría al saber cuántos varones están convencidos de que en el fondo a las mujeres les gusta ser violadas.

Hace unos años escribí Agresor sexual. Casos reales. Riesgo de reincidencia, un libro duro que se basó en entrevistas psicológicas a estos delincuentes (algunos en serie), encerrados en distintas cárceles. Tras largas exploraciones, concluí que mayoritariamente no piensan en la víctima o víctimas, y que consideran que la culpa es de ellas, ya fueran adultas o niñas. Mal asunto cuando las violaciones aumentan de forma meteórica, como el abuso infantil, y cuando se incrementa la pornografía infantil y la sádica. La pedofilia se ha desbordado y no debe achacarse sólo a la relevancia que se le da en los medios de comunicación. Nihilismo, hedonismo, falta de sensibilidad, incapacidad para sentir desde el otro, pérdida del respeto, negativa a aceptar un «no», sentimiento de cliente, de que todo se puede comprar... todo ello está en la base cruel de esta violencia manifiestamente de género, en esa vergonzante actitud de tantos varones. Mezquindad moral.

Autenticidad, recordemos que nunca debemos hablar antes de haber, aunque sea brevemente, pensado, de lo contrario emitiremos palabras que se hielan en el aire, nada más haberse pronunciado.

FAMILIAS



Ya no son las que se unen y se alían, sino las personas que se eligen. Y es que la familia ya no es el engranaje fundamental de la vida social y está quedando relegada a las reuniones festivas.

Si bien es cierto que la mayoría de los hombres ama a sus mujeres y la mayoría de las mujeres ama a sus hombres, no es menos cierto que inconscientemente herimos a los que amamos. También es verdad que en los hogares cada vez hay más personas que viven solas.

Por fin, esta sociedad erradica tanto al hombre agresivo como al no participativo. Ganamos en libertad y el coste es el pluriempleo, el denominado segundo turno que se ejerce en el hogar. El varón también ha de apoyar la actividad profesional de su pareja, en primer lugar para que ésta obtenga independencia social y económica, y en segundo lugar, para no asumir él solo la responsabilidad del sustento de la familia.

Estaremos de acuerdo en que el trabajo es o puede ser una importante fuente de realización y autosatisfacción, pero los empresarios, los accionistas, los responsables institucionales han de entender que toda persona tiene otra vida y que la conciliación de la vida laboral y familiar es una exigencia, no sólo en bajas de maternidad (a disfrutar también por los hombres), sino en la cotidianeidad de la vida.

Cuando esto escribo los ministros del Gobierno están casados, mientras que dos tercios de las ministras no tienen parejas. ¿Por qué será que ellos son progenitores de 2,75 hijos y ellas de 0,62?

Gilles Lipovetsky, sociólogo y ensayista, indica que en muchas sociedades de apariencia patriarcal la organización familiar es claramente matriarcal cuando el poder vincular-afectivo reside en las madres. Llama la atención que muchas madres reclamen

ayuda, pero dejan bien claro que la relación con su bebé es la primordial, y la del padre, secundaria. La paternidad más allá de la biología debería estar fundamentada de nuevo desde sí misma.

Por lo general y por desgracia, se sigue educando al niño más como sujeto autónomo, y a la niña, en función del otro. Las relaciones han de ser sanas y en ese sentido la madre en su dinámica de tira y afloja con las hijas, donde resplandece el amor pero con un punto de ambivalencia que brota de su propio sentir interior, femenino, ha de respetar su individualidad, como ha de incentivar la separación del niño para que continúe su proceso y crezca como hombre.

No he de eludir que madres y padres cuyo rol no se corresponde con su género proporcionan a sus hijas e hijos una ficción desde la cual han de construir un modelo de realidad.

Los rasgos de identificación de los padres se han diluido y el papel del padre es fundamental. Resulta terrible la proximidad de padres e hijos sin comunicación o donde los adultos, en la redefinición de autoridad, eliminan la señalización a los hijos para que aprendan la forma de relacionarse con quien en última instancia ostenta la capacidad de decidir.

Por intentar hacerlo bien, hay padres que, provistos de libros y revistas especializados, convierten el cuarto de los hijos en un laboratorio de sentimientos socializadores. Al final, y como en el chiste de Antonio Mingote, el niño preguntará: «Dime papá, ¿es que el futuro es obligatorio?».

Saltemos ahora a los llamados mejores años de nuestra vida, prólogo en ocasiones de un divorcio emocional que antecede siempre al físico. En el 90 por ciento de las separaciones es la mujer la que toma la iniciativa, y ello porque detecta antes los problemas en la pareja y exige más en la relación. La mujer se desahoga mediante el lenguaje, el hombre no tiene palabras. Ambos sufren. Es el varón el que antes vuelve a disfrutar de una pareja, bien porque no admite la soledad, bien porque la tenía de antes.

Se define como padres desvanecientes a los varones divorciados que pasado el tiempo se van desentendiendo progresivamente de los hijos. Por el contrario, hay otros que sufren lo indecible, que desearían ejercer su paternidad y se encuentran con la soledad impuesta, la estrechez de horarios de visita o impedimento cruel del contacto con los hijos, los pagos por manutención, etcétera. En Cataluña, de manera razonable y pragmática, se realizan capitulaciones matrimoniales. Incluir la separación de bienes evita gran parte de las discusiones por temas económicos que se suscitan tras la

separación. El divorcio para los adultos conlleva dolor, pero posteriormente comienzan una nueva vida. Los hijos han de dividirse en dos espacios, dos familias, integrando silencios, diciendo lo que se quiere oír, manipulando en beneficio propio, sufriendo disensiones emocionales.

Un dato: de las 238 sociedades humanas, sólo 43 son monógamas.

Una constatación: en la convivencia el espacio y el tiempo son puntos de discordia.

Una pregunta: ¿qué dice el sacerdote y el juez civil al esposo y a la esposa cuando contraen matrimonio?, ¿qué papel le asignan a cada uno?

Un pésame: a quien dice «yo soy así, te guste o no».

MICROCOSMOS FAMILIAR



Lo que más moldea la personalidad es el aprendizaje en la familia. Lo observado, lo experimentado en el hogar, predispone hacia los demás y hacia uno mismo. Relacionarse con un amplio número de miembros familiares favorece la correcta socialización y aporta un variado espectro de modelos.

Salvo que el ambiente esté muy enrarecido, las familias (pues hoy las hay variadas), acogen y transmiten seguridad, permiten liberarse de tensiones y problemas, facilitan el diálogo, comparten iniciativas, afecto y motivaciones. Están (como han de estar) abiertas al exterior, propician un clima de organización, de equilibrio y de calidez. Me quiero referir a la familia que, cual tela de araña, sostiene, no a la que atrapa. Una familia sana en la que se puede hablar con libertad, los disgustos se aceptan, impera la sonrisa.

En nuestra civilización occidental el ambiente familiar soporta la expresión espontánea de todos los sentimientos, por eso la convivencia diaria en el hogar es enriquecedora y conflictiva.

Hay algo en lo que están de acuerdo hijos y padres y es en señalar como el valor más importante el «mantener buenas relaciones familiares». Debe saberse que la familia es la institución más reconocida por los jóvenes.

¿Contradice lo dicho a lo reflejado en el capítulo anterior, en el que se afirma que han quedado relegadas a las reuniones festivas? Probablemente. No importa, el lector juzgará.

Una vez constatado que no pretendo fijar posiciones, continuemos mirando a los lados para ver que vivimos en sociedades estresadas que disparan el índice de patología mental individual y colectiva. El exterior genera tensión, véase la inducción al consumo de los jóvenes y la presión para mantener unos horarios laborales y de ocio que no

facilitan la convivencia.

Sigo creyendo que las familias son un termómetro del sistema, su disolución anticiparía un desequilibrio con consecuencias difíciles de prever. Por ende, estimo importante apoyar socialmente y con políticas específicas a las familias, y al mismo tiempo se debe propiciar la formación continuada, de la misma manera que llevamos el coche periódicamente a la inspección técnica de vehículos.

Las familias requieren su espacio, su tiempo, una privacidad que les permita interaccionar con confianza y sentirse grupo con su propia identidad.

La intimidad es una realidad irrenunciable, individual, de pareja, de padres e hijos, familiar. El ambiente es otro componente esencial, debe ser acogedor, seguro, que optimice el clima para la convivencia, para la armonía. Las normas, pocas y claramente establecidas.

Los niños crecerán sanos en núcleos familiares y entornos que les acogen y motivan. Y, recordemos, aunque sea una obviedad, que se educa por presión osmótica, los niños aprenden de los modelos, no de la crítica destructiva.

Estas páginas, como habrán descubierto, son un grito contra la ausencia del padre de la estructura familiar, su figura es necesaria y enriquecedora (no confundir con imprescindible), coadyuva en la fundación de la personalidad futura del hijo y en el desarrollo de su adolescencia.

También es relevante el buen mantenimiento de las relaciones entre la familia nuclear y la extensa, se ha de partir del respeto y la permeabilidad. Tanto riesgo conlleva la vivencia de invasión, como caer en el aislacionismo.

Hay parejas silentes, los podemos ver en los restaurantes sin hablarse, mirando a un punto indeterminado. (Cuando no hay conversación, la pareja irremediablemente ha muerto). El 25 por ciento de las personas que se casan en nuestro país acaban divorciándose entre uno y tres años después del matrimonio. En el año 2005 fueron 87.345 divorcios y 52.074 separaciones. Añádanle, que en uno de cada cuatro casos la separación contenciosa desembocó en el síndrome de alienación parental, en el que uno de los progenitores manipula a los hijos para que odien al otro.

En algunos párrafos he sido ácido, sarcástico, irónico, polémico; permítanme ser ahora contundente a la par que cálido: en el hogar se han de transmitir valores éticos, educar en los ideales, en la no violencia, en la apreciación de lo distinto, en la reflexión.

Cuando empecé a escribir este libro me preocupó cómo se interpretaría; mi magnífica editora, Ymelda Navajo, vio el riesgo, pero apostó por enriquecer el debate en bien de todos. Se lo agradezco. Hoy, tras sufrir un grave infarto de miocardio, también tengo interés en aportar una humilde visión que genere un se dice lejos de molestar a nadie, aunque sé que hay a quien le gusta (necesita) ser molestado para poder increpar.

Acabo este repaso al microcosmos familiar señalando que las madres tienen una visión más favorable de la realidad familiar, se puede interpretar que la edulcoran, pero también que se adaptan a sus continuos cambios.

AUDITORÍA SENTIMENTAL



Hay varones que añoran la Prehistoria, cuando las hembras se limitaban a la reproducción, el cuidado de las crías y recoger frutos.

El varón está pendiente de reubicación. Hay que educarle para que modifique actitudes profundas, arraigadas en creencias absurdas. Tendrá que convencerse de que la mujer lucha por ella misma y no contra los hombres. Ha de captar que si se desea recibir, hay que dar. Asumir que donde hubo subordinación hay para elegir: competencia o cooperación. Hay que enseñar al hombre a proteger la vida. A liberarse afectivamente para potenciar las relaciones con las mujeres, los hijos y los demás varones.

La participación de los hombres en el cuidado de la familia es una pieza básica de un cambio social necesario que evitará que la conciliación (con la reducción de jornada, la flexibilidad horaria, el teletrabajo...) se convierta en una nueva fórmula para enviar a la mujer a casa.

Debe instruirse al varón en una educación sexual sin mentiras, distorsiones, ni falsos principios. Donde tenga cabida la cultura del cuidado. Donde, sabedores de que está mal considerar a las mujeres como objetos sexuales, superen este posicionamiento. Los hombres han de ubicarse respecto a su sexo para superar la rabia y la actitud defensiva ante las nuevas condiciones de vida impuestas por las mujeres.

El varón debe aprender a no tener miedo de pedir ayuda. Tiene que fortalecer y responsabilizarse de su autodomínio, pues su pérdida o descontrol trae consigo daños inimaginables.

Tenemos adictos a las relaciones extramaritales y náufragos sentimentales. En el

lado contrario, y de forma mayoritaria, vemos varones estructurados, con capacidad para amar, para mediar, que no sienten su virilidad en peligro, que se respetan a sí mismos y no se perciben sometidos, que no agreden porque valoran a los demás, que se alegran de los cambios producidos y de los que llegarán con su participación.

Como el hombre, la mujer es producto de la cultura y debe fomentarse su independencia, su capacidad de confrontar, de poner en práctica la autoafirmación de modo asertivo. Las mujeres han de escuchar más y mejor lo que los hombres han de decirles acerca de su sexo masculino. Han de contar con el varón como agente del cambio social, con sus reflexiones, propuestas, ideas, dudas y miedos.

«Seguimos aceptando la vieja trampa del androcentrismo, tratando de demostrar que somos iguales a los hombres masculinizándonos nosotras y no feminizando la sociedad y su lenguaje». (Ángeles Caso en Magazine, 10 de junio de 2007).

La máquina que acelera las modificaciones en el papel asignado históricamente a cada género ha de trabajar sin descanso, pero a un ritmo acompasado, evitando excesos y «pasadas de frenada». Hay que cargar más un platillo de la balanza para equilibrarla, pero con medida. El movimiento de las mujeres no tiene por qué inscribirse en el desquite, sino en el derecho. Hemos de denunciar que algunos militantes no reclaman la igualdad, sino un trato preferente.

La convivencia entre el hombre y la mujer es posible. Se precisa complicidad. Y el desarrollo de bastantes competencias. «El amor es la expresión de la intimidad entre dos seres humanos, siempre y cuando se preserve la integridad de cada uno» (Erich Fromm, en *El arte de amar*). Hemos de entender la intimidad como dialogar con uno mismo, conocerse y permitir que el otro comparta el secreto. Equilibrio, momentos de soledad para disfrutar de nuestro ser, de nuestro tiempo y empatía, o, lo que es lo mismo, ser tú sin dejar de ser yo.

Saber amar requiere madurez emocional. Tras el incendio emocional hay que aprender a sacar partido de la rutina, a conquistar la estabilidad, a satisfacer al otro con las pequeñas cosas, a disfrutar con la ternura. Las relaciones colapsan con la voracidad incesante y se marchitan con los bostezos y automatismos. El amor verdadero, el que se entrega a pecho descubierto, está siempre a la intemperie.

La pareja que antaño era una institución de supervivencia y económica, ahora es plenamente afectiva. Lo que ambos sexos echan de menos no es su relación de antaño, sino la claridad que presidía su reparto de funciones. Hoy ambos desean acabar con la indecisión. Se intuye el pensamiento: «Dime quién eres para que yo sepa quién soy».

Debe tener identidad en lo esencial y complementariedad en lo distinto, y saber distribuir la soberanía. Una independencia madura sin anhelos de fusión, pero con la voluntad compartida de alcanzar la mejor plenitud posible. Se precisa nobleza y lealtad, no turbiedad sentimental, y un respeto infinito que obliga a tratar al otro como nos gusta que nos trate. Es cierto lo que nos dice José Antonio Marina: «Una cosa es quererse y otra convivir».

Preguntémonos: la realidad ¿es el amor o el deseo de amor?

Nos parecemos. Quizá la diferencia está en las personas, no en los sexos. Los hombres aman y las mujeres desean (y viceversa), tradiciones ancestrales han dificultado la expresión de estas emociones. Otro mundo es posible.

Desde hace una década defiendo en todos los foros la necesidad de una feminización (no confundir con afeminamiento) de la sociedad. Hay que contabilizar más allá de la lógica mercantilista lo que significa el cuidado de los niños y los ancianos. Hemos de seducir desde la lógica de la cooperación, frente a quienes desean seguir imponiendo la miope alternativa de ganadores y perdedores, el artrítico malestar de la rivalidad y la violencia. Feminizar, sí, el éxito social.

Las mujeres, gracias a la educación y al trabajo fuera de casa, han adquirido más inteligencia, más sutileza, más libertad y cromatismo, más riqueza de pensamiento. Antes, y si eran nacidas en clases sociales pobres, la tradición, las religiones, las confiaban al destino de madre y ama de casa sin opinión.

El cambio de identidad masculina, además de ayudar al hombre a socializarse en nuevos papeles que permiten vislumbrar una sociedad (occidental) menos violenta, minimiza el machismo al establecer un vínculo afectivo con los hijos desde que son bebés.

Lo antedicho reconstruye la autoridad patriarcal y, por el contrario, como igualdad de género, implica el derecho de los hombres al disfrute de la paternidad.

La Ley de Igualdad, el derecho de los padres a disfrutar de un permiso de paternidad de quince días y el apoyo económico con 2.500 euros por el nacimiento o adopción de cada hijo van en la buena dirección; precisamos más familias, más hijos y, desde luego, mas apoyo social, más recursos para criarlos desde la exigencia altísima que se plantean hoy los padres. Tenemos pocos niños, pero su valor está en alza. Espero que 1996 fuera el momento en el que tocamos fondo, con 1,16 hijos de media.

Se trata de conciliar paternidad, maternidad y trabajo dentro y fuera del hogar. Sin el trabajo de las mujeres sería imposible mantener la evolución social y el crecimiento económico alcanzado en España.

Pese a todo, queda mucho por hacer. En 2007, el varón dedica 157 horas anuales al cuidado de los hijos, frente a las 561 horas de la mujer. Añádase que, dadas las dificultades para encontrar un trabajo seguro cuando se es joven y el acceso a una vivienda digna, se tarda mucho en abandonar el hogar de los padres, por lo que el entrenamiento en las labores y demandas domésticas se alcanza muy tarde; existe poco aprendizaje.

Otro cambio de mentalidad necesario ha de ir en la dirección de facilitar a los padres varones la denominada «paternidad sostenible».

Es muy bueno que los niños pasen más tiempo con ambos progenitores, pues los estudios realizados demuestran que alcanzan un mejor desarrollo escolar y un comportamiento más saludable que cuando es sólo un progenitor el que se dedica a estas funciones.

Cambios profundos, necesarios. Al corregir las pruebas de este libro ve la luz un estudio de Inés Alberdi y Pilar Escario, editado por la Fundación BBVA, del que destaco esta afirmación: «A los hombres se les reprocha mucho que se dediquen al cuidado de los hijos. Mucho más que a las mujeres».

Creo en el lenguaje como algo terapéutico y armonioso, lo propugno, lo ejerzo. Un correcto lenguaje, un gustoso lenguaje, fomenta la buena empatía y esta cálida empatía retroalimenta el fluido lenguaje. Por eso, en este libro me he permitido asomarme a guetos poéticos. Sé que este texto cosechará críticas de todo tipo. Lo asumo. Y no deseo perder tiempo en justificarme, he cumplido 50 años.

Estoy tranquilo, comparto (no alcanzo a más) con Albert Einstein que «es de gran alivio conocer las propias limitaciones». Y siempre me ha parecido sano poner entre interrogantes muchas de nuestras certezas. Creo que la vida es un milagro y por eso les agradezco que me hayan entregado el mejor regalo, su tiempo. Permítanme a cambio un consejo: empleen el tiempo no sólo en producir y consumir, sino en vivir y convivir.

Me encanta el sentido del humor y aprecio mucho la sonrisa regalada, por eso deseo compartir con ustedes un «sucedido». En 1976, la CEE señaló al Gobierno irlandés que todavía no había implementado la legislación acordada de paridad sexual. El Gobierno convocó de inmediato la creación de un puesto de defensor de la igualdad de sexos. En

el anuncio se ofrecían diferentes escalas salariales para hombres y para mujeres.

Me despido con un proverbio portugués: «La luna y el amor, cuando no crecen, disminuyen». Y una frase de una película (Go f s de Roma, 1966): «Nunca te enamores durante un eclipse total».

ANEXO I

DE HOMBRE A HOMBRE, CHEQUEA TU MACHISMO

Folleto realizado por
el programa Hombres por la Igualdad,
Delegación de Igualdad y Salud,
Ayuntamiento de Jerez de la Frontera

Advertencia: las autoridades sanitarias advierten que realizar este chequeo no producirá merma, encogimiento o disminución de los genitales masculinos externos. Hombre: a continuación tienes una serie de preguntas para que chequees tu machismo. Es interesante que conozcas qué tipo de hombre eres. Si quieres descubrir tu nivel de machismo, marca cada respuesta con un círculo, suma tus puntos y luego lee las descripciones que están al final.

¡Atención! Éste test no es válido si no se aplica el criterio de fiabilidad en el mismo, que consiste en que los resultados sean cotejados por una mujer y/o tu pareja.

1. Tu pareja te dice que va a quedar el viernes por la tarde con sus amistades de cuando estudiaba en la escuela para ir a cenar. ¿Qué haces?

dices que tú habías pensado plantearle también ir ese mismo día a cenar, que aplase lo de sus amistades para otra ocasión.

prohibes que vaya, no te gusta que salga con otra gente. Si te quiere a ti, no debe salir con nadie más.

dices que vale, que se divierta, que tú ya tendrás tus planes.

dices que lo pase muy bien, pero luego continuamente le recuerdas que ese día vas a estar muy aburrido y muy solito, que vas a sufrir mucho sin ella.

que hay rumores de que en ese restaurante los alimentos son transgénicos, las condiciones de higiene son pésimas, incluso que el personal está en condiciones de semiesclavitud. Le dices que no te parece bien que contribuya a ese sistema de explotación.

2. Tu nueva jefa es mujer. ¿Cómo lo tomas?

genera indignación porque consideras que las mujeres no están para mandar, que son demasiado sensibles y terminan llorando. Seguro que es una feminista trepa.

que seguro que es más sensible y que te va a tratar con más cariño y te va a corregir menos.

es indiferente, consideras que no ha habido nunca una mujer en ese puesto, que puede ser positiva la visión que dé al trabajo.

d. Estupendo. Te consideras un hombre con experiencia y veteranía. Seguro que ella sabrá apreciarlo.

e. Sientes morbo. Si es guapa, intentarás ligártela, y si no lo es, lo simularás para que ella se sienta halagada.

3. Cuando una mujer dice no a mantener relaciones sexuales, ¿qué quiere decir?

a. Las cosas van bien, debo seguir probando. Éstas son las que me gustan, se resisten pero están deseando enrollarse conmigo.

b. Seguro que es lesbiana y me ha estado calentando para nada.

c. Sigues insistiendo, el «no» en las mujeres siempre es un «quizá». Su represión es debida a su educación tradicional, y ella necesita un hombre como tú para que la libere de sus represiones.

d. No. Y con eso basta. No tengo derecho a solicitar ninguna explicación.

e. Si te quisiera de verdad, no tendría tantas dudas. Comienzas a gimotear como un gatito diciéndole que la esperarás hasta que esté preparada.

4. Tu pareja se pone ropa que tú consideras muy provocativa, ¿qué haces?

a. Le dices a tu pareja que hay mucho tío salido por ahí, que si va con esa ropa la van a estar incordiando todo el rato, que por su bien es mejor que se ponga otra cosa más discreta.

b. Le dices que por su culpa no vas a tener más remedio que partirte la cara con todo el mundo que la vaya mirando por la calle.

c. Que se ponga lo que le dé la gana. Tienes claro que si te gusta a ti, le gusta a otra gente.

d. Pensaría que es culpa de ella si alguien le dice algo, porque con esa ropita toda persona que se precie se excitaría. En el fondo, a ella le gusta ir provocando, buscando rollo.

e. Le dices que la amas con todo tu corazón, que temes perderla si va vestida de esa forma tan atractiva, que gracias por haberse puesto esa ropa pensando en ti, que te encantaría que reservara ese traje para una cena romántica los dos solos al borde de la playa.

5. Tu pareja tiene la oportunidad de mejorar en su trabajo, pero eso significa menos tiempo para estar juntos y dedicarse a las tareas domésticas. ¿Qué haces?

a. Le dices que si ella toma esa decisión, va a ser responsable de que tú pierdas parte del tiempo libre que dedicas a tus hobbies (jugar al fútbol con sus colegas, etcétera).

b. Es su decisión y tú debes estar ahí para apoyarla.

c. Le dices que para ti es una decisión innecesaria, que económicamente tú puedes sustentar la familia, que para qué se va a meter ella en esos líos si contigo no le falta de nada.

d. Le dices que bien, que de acuerdo, pero luego no colaboras ni participas en las tareas domésticas y le echas en cara que desde que está trabajando las cosas no van bien.

e. Le regalas un maletín de cuero con sus iniciales y le dices que te parece estupendo, siempre que no deje de hacerte ese arrozito con leche que tanto te gusta. Además es un buen motivo para una celebración y una noche de pasión.

6. Es el cumpleaños de tu pareja y quieres comprarle un regalo. ¿Qué haces?

- a. Le dices a una amiga que te ayude a elegirle un regalo, tú no sabes qué le puede gustar, las mujeres se conocen mejor entre ellas.
- b. Le compras una olla rápida para que pase menos tiempo en la cocina, porque sabes que a ella le encanta cocinar.
- c. Le das el dinero para que ella se compre lo que quiera.
- d. Le regalas un viaje para dos personas para ver la final de la Copa de Europa en la que juega tu equipo favorito.
- e. Le regalas un bono para unos baños árabes con masaje para ella sola, porque sabes que le encanta.

7. Una mujer te dice que eres machista. ¿Qué haces?

- a. Escuchas y reflexionas sobre ello.
- b. Te enfadas con ella. Le dices que no te conoce para decirte eso. Estás harto de que se generalice y de que siempre se mire con lupa lo que dice un hombre.
- c. Le dices que quizá sea verdad, pero que es culpa de la educación machista que te han dado, que el machismo también te hace sufrir y te perjudica.
- d. La acusas de ser una histérica y una amargada de la vida.
- e. Le dices que su problema es que no encuentra ningún hombre que la quiera. Que lo que le hace falta es un buen rollo.

8. Tu pareja está contando delante de otras parejas amigas anécdotas sobre tu forma de limpiar el cuarto de baño. ¿Qué haces?

- a. Te rebelas y le dices que ya está bien de cachondeo, que se calle la boquita.
- b. Te haces el mártir y buscas aliados en los otros hombres.
- c. Te pones muy serio y cortante durante toda la noche. Cuando tu pareja te dice qué te pasa, tú dices que nada. Es una manera tuya de castigarla.
- d. Le das la razón a tu pareja, la verdad es que no se te da muy bien limpiar el cuarto de baño.

e. Decides que ya no vas a limpiar más el cuarto de baño, que antes estabas dispuesto a aprender, pero que ahora después del cachondeo a tu costa ya no te da la gana.

9. El bebé llora a media noche. ¿Qué haces?

a. No lo escuchas porque tú roncas más fuerte.

b. Despiertas a tu pareja para avisarla, ya que tú estás muy cansado después de estar todo el día trabajando; además, mañana te espera un día muy duro.

c. Te levantas. Es lo menos que puedes hacer considerando que ella llevó al bebé dentro nueve meses.

d. Lanzas una moneda para ver quién debe ir a atenderlo.

e. Lo dejas llorar y te haces el dormido. Ya se cansará o se despertará tu pareja.

10. Estás viendo una película en la televisión. En la escena final, el protagonista (un gran tipo) le pide a la chica que lo deje todo y se vaya con él, pero ella no quiere abandonar su vida para seguirlo. ¿Qué piensas?

a. Que él debería llevársela a la fuerza. La chica tiene mala cabeza, pero la sentará con un poco de paciencia.

b. Él tiene razón, queriendo llevársela pero no tiene los suficientes recursos para convencerla.

c. Seguro que ella tiene un amor secreto y no se quiere ir por eso.

d. Es su decisión. Además, debe de ser difícil dejarlo todo de repente.

e. La chica está demostrando con su actitud que no lo quiere lo suficiente. Si le quisiera, de verdad lo dejaría todo.

11. Sales con una amiga y os encontráis a unos colegas. Os tomáis unas copas juntos y cuando vais a pagar ella dice que te invita. ¿Qué haces?

a. Ni hablar. A ti no te mantiene ninguna mujer, y menos te hace esa jugada delante de tus colegas.

b. Le dices que vale y se lo agradeces.

- c. Ésta me invita porque lo que quiere en realidad es un rollizo conmigo.
- d. Se lo agradeces. Ves que es una chica que se preocupa de que estés a gusto, y eso la hace mas atractiva a tus ojos.
- e. Decides que sí, que vale, pero le insistes que en el próximo bar invitas tú.
12. Tu pareja te recuerda que este sábado habíais quedado en ir a una ciudad de compras, ya que ambos necesitáis ropa. ¿Qué haces?
- a. Te inventas una excusa para no ir.
- b. La acercas en el coche y quedas a una hora para ir a recogerla. Aprovechas y vas a ver unas cosillas a la tienda de informática.
- c. Haces un plan para ese día con tus amigos. Después, cuando te enseña lo que te ha comprado, le dices que no te gusta y que además se ha gastado mucho dinero. Que lo cambie.
- d. Vas con ella y en la primera tienda te compras todo lo que necesitas y le dices que la esperas en el bar leyendo el periódico.
- e. No te gusta mucho ir de compras, pero te hace falta renovar tu vestuario.
13. Un amigo te cuenta un chiste machista ¿Qué haces?
- a. Te ríes y le cuentas otro.
- b. Te ríes y le dices que se ha pasado un poco.
- c. Le cuentas tú otro que consideras feminista.
- d. Te vas y lo dejas con la palabra en la boca.
- e. Vas a buscar a otro amigo para contárselo.

Puntuaciones:

Pregunta 1:	a) 0	b) -1	c) 1	d) 0	e) 0
Pregunta 2:	a) -1	b) 0	c) 1	d) 0	e) -1
Pregunta 3:	a) -1	b) -1	c) -1	d) 1	e) 0
Pregunta 4:	a) 0	b) -1	c) 1	d) -1	e) 0
Pregunta 5:	a) -1	b) 1	c) -1	d) -1	e) 0
Pregunta 6:	a) 0	b) -1	c) 0	d) -1	e) 1
Pregunta 7:	a) 1	b) 0	c) 0	d) -1	e) -1
Pregunta 8:	a) -1	b) -1	c) -1	d) 1	e) -1
Pregunta 9:	a) -1	b) -1	c) 1	d) 0	e) -1
Pregunta 10:	a) -1	b) 0	c) -1	d) 1	e) 0
Pregunta 11:	a) -1	b) 1	c) -1	d) 0	e) 0
Pregunta 12:	a) 0	b) 0	c) -1	d) 0	e) 1
Pregunta 13:	a) -1	b) 0	c) -1	d) 1	e) -1

¿Qué tipo de hombre eres?

Vas de macho por la vida. Valora si eso es lo mejor para ti. Desde luego, muchas mujeres y hombres no quieren tener nada que ver contigo. Suelen ser bastante previsible y aburrido en tus comentarios. Escuchas menos que un tabique. Cada vez te aguanta menos gente. No eres una persona agradable con la que encontrarse. La falta de originalidad y sensibilidad en tus comentarios hacen de ti una persona bastante burda. Tras esa fachada de fortaleza se esconde una persona insegura, dependiente y asustada que necesita constantemente ir de macho por la vida para demostrar que es ¿alguien?

De 6 a 9. Has iniciado el camino para despojarte del machismo, pero aún tienes dudas al respecto. No engañas a nadie yendo de suavón por la vida, la gente conoce tus vetas machistas, aunque también valora tus cambios hacia actitudes igualitarias. Ánimo, puedes mejorar. Sé valiente y deja atrás tu machismo. Serás más feliz y libre que hasta el momento.

De 10 a 13. No estás solo. Hay muchos hombres que, como tú, pasan de ir de machote por la vida. Sabes que el cambio hacia actitudes igualitarias con las mujeres y con los hombres te beneficia; es por ello que día a día lo demuestras poniéndolo en práctica. De

todas formas, no te engañes, quedan muchas cosas por cambiar y tú lo sabes. Felicidades por mantenerte alerta ante el machismo, sabes que así eres más libre y feliz, y tus relaciones con las mujeres y con los hombres han mejorado.

Si no te satisface tu puntuación y quieres mejorarla, ponte en contacto con nosotros.

Programa Hombres por la Igualdad. Delegación de Igualdad y Salud.

Ayuntamiento de Jerez de la Frontera.

Teléfono: 956 999 946.

www.hombresigualdad.com

hombres.sygenero@aytojerez.es

ANEXO II

FILMOGRAFÍA

Películas citadas:

Eyes wide shut (Stanley Kubrick, 1999). La ventana indiscreta (Alfred Hitchcock, 1954). Una proposición indecente (Adrian Lyne, 1993). Instinto básico (Paul Verhoeven, 1992). Drácula (Francis Ford Coppola, 1992). Todo sobre mi madre (Pedro Almodóvar, 1999). Viridiana (Luis Buñuel, 1991). Belle de Jour (Luis Buñuel, 1966). Tristana (Luis Buñuel, 1969). Te doy mis ojos (Icíar Bollaín, 2003). Casa de muñecas (Patrick Garland, 1973). Hable con ella (Pedro Almodóvar, 2002). El beso de la mujer araña (Héctor Babenco, 1985). Atracción fatal (Adrian Lyne, 1987). Mujeres al borde de un ataque de nervios (Pedro Almodóvar, 1987). Conspiración de mujeres (Peter Greenaway, 1988). Con faldas y a lo loco (Billy Wilder, 1959). Las diabólicas (Jeremiah S. Chechik, 1996). Eva al desnudo (Joseph L. Mankiewicz, 1950). Perfidia (Lewis Milestone, 1929). La mujer pantera (Jacques Tourneur, 1942). Esposas frívolas (Erich Von Stroheim, 1922). La golfa (Jean Renoir, 1931). La pícara puritana (Leo McCarey, 1937). Fuego en el cuerpo (Lawrence Kasdan, 1981). La fuerza del cariño (James L. Brooks, 1983). Vidas secas (Nelson Pereira dos Santos, 1963). Sonrisas y lágrimas (Robert Wise, 1965). Los caballeros las prefieren rubias (Howard Hawks, 1953). Un tranvía llamado Deseo (Elia Kazan, 1951). Gos de Roma (Richard Lester, 1966).

Películas en las que se entrecruzan hombres y mujeres:

Manuale d amore (Giovanni Veronesi, 2005). Love Actually (Richard Curtis, 2003). El otro lado de la cama (Emilio Martínez-Lázaro, 2002). Un toque de infidelidad (Joel Schumacher, 1989). Magnolias de acero (Herbert Ross, 1989). La costilla de Adán (George Cukor, 1949). Cuatro bodas y un funeral (Mike Newell, 1994). Erin Brockovich (Steven Soderbergh, 2000). Esperando un respiro (Forest Whitaker, 1995). Sexo, mentiras y cintas de vídeo (Steven Soderbergh, 1989). El último tango en París (Bernardo Bertolucci, 1972). 9 semanas y media (Adrian Lyne, 1986). Pretty Woman (Garry Marshall, 1990). ¿Por qué las mujeres siempre queremos más? (Cécile Telerman, 2005). Escenas en una galería (Paul Mazursky, 1991). Annie Hall (Woody Allen, 1977). Sueños de un seductor (Herbert Ross, 1972). Hannah y sus hermanas (Woody Allen,

1986). El diario de Bridget Jones (Sharon Maguire, 2001). El club de las primeras esposas (Hugh Wilson, 1996). La guerra de los Rose (Danny DeVito, 1989). Los puentes de Madison (Clint Eastwood, 1995). Nueve vidas (Rodrigo García, 2005). American Beauty (Sam Mendes, 1999). Noviembre dulce (Pat O'Connor, 2001). La pasión turca (Vicente Aranda, 1994). Algo de que hablar (Lasse Hallström, 1995). Alice (Woody Allen, 1990). Memorias de África (Sydney Pollack, 1985). Solo mía (Javier Balaguer, 2001). Las mujeres perfectas (Frank Oz, 2004). Las horas (Stephen Daldry, 2002).

Destacamos algunos títulos por su relación con la temática del libro:

MARIDOS Y MUJERES

País: EE UU.

Año: 1992.

Duración: 107 min.

Género: Drama.

Dirección: Woody Allen.

Guión: Woody Allen.

Producción: TriStar Pictures, Jack Rollins y Charles H. Joffe.

Música: Varios.

Fotografía: Carlo Di Palma.

Reparto: Woody Allen, Mia Farrow, Sydney Pollack, Juliette Lewis, Judy Davis, Blythe Danner, Liam Neeson, Lysette Anthony.

Sinopsis: Gabe y Judy sufren una crisis matrimonial tras conocer la noticia de que Jack y Sally, dos de sus mejores amigos, van a separarse. Poco a poco se van dando cuenta de que su relación no está en su mejor momento. Mientras Jack y Sally intentan recomponer sus vidas con otras personas, Gabe comienza a flirtear con una alumna de la universidad y Judy se siente atraída por el nuevo amigo de Sally.

SEPARADOS

País: EE UU.

Año: 2006.

Duración: 105 min.

Género: Comedia romántica.

Dirección: Peyton Reed.

Guión: Jeremy Garelick y Jay Lavender; basado en un argumento de Vince Vaughn, Jeremy Garelick y Jay Lavender.

Producción: Vince Vaughn y Scott Stuber.

Música: Jon Brion.

Fotografía: Eric Edwards.

Reparto: Vince Vaughn, Jennifer Aniston, Joey Lauren Adams, Ann Margret, Jason Bateman, Judy Davis, Vincent D'Onofrio, Jon Favreau, Cole Hauser, John Michael Higgins, Justin Long, Peter Billingsley.

Sinopsis: Brooke decide romper su relación con su novio Gary, tras varias discusiones y demandas sentimentales que surgen en una pareja que está en crisis. Los amigos y compañeros de trabajo incitan a nuevas peleas y tácticas de guerra. Ninguno está dispuesto a abandonar el apartamento que comparten y siguen conviviendo en el mismo espacio con un ambiente hostil. En medio de tantos roces y diferencias comenzarán a poner en duda sus sentimientos.

MUJERES EN EL PARQUE

País: España.

Año: 2006.

Duración: 102 min.

Género: Drama.

Dirección: Felipe Vega.

Guión: Manuel Hidalgo y Felipe Vega.

Producción: Gerardo Herrero.

Fotografía: Alfonso Parra.

Reparto: Adolfo Fernández, Blanca Apilánez, Enma Vilarasau, Bárbara Lennie, Alberto Ferreiro, Javier Albalá.

Sinopsis: Tras más de 20 años juntos, el desnortado Daniel (profesor de música y pianista) y Ana (galerista) viven una crisis de pareja. Daniel se va a vivir solo y quiere divorciarse, vive una relación con Clara, una mujer casada. Ana se resiste a aceptar la realidad. Mónica, la hija de ambos, sufre la repercusión del conflicto de sus padres, no entiende a su padre y se hace palpable el conflicto intergeneracional.

CLOSER

País: EE UU.

Año: 2004.

Duración: 98 min.

Género: Drama.

Dirección: Mike Nichols.

Guión: Patrick Marber; basado en su obra teatral Closer

Producción: Mike Nichols, John Calley y Cary Brokaw.

Fotografía: Stephen Goldblatt.

Reparto: Julia Roberts, Jude Law, Natalie Portman, Clive Owen.

Sinopsis: Cuatro extraños y sus encuentros casuales. Vidas que se cruzan, una fotógrafa, un médico, un inmaduro escritor frustrado y una camarera-stripper. Atracciones, relaciones y traiciones. Closer aborda la convivencia y la sinceridad, la consideración hacia el otro y la satisfacción de la propia voluntad. Manipulación o renuncia. Encuentros y desencuentros.

AMIGOS CON DINERO

País: EE UU.

Año: 2006.

Duración: 88 min.

Género: Comedia dramática.

Director: Nicole Holofcener.

Reparto: Jennifer Aniston, Joan Cusack, Catherine Keener, Francés McDormand, Jason Isaacs, Scott Caan, Simon McBurney.

Sinopsis: Cuatro amigas examinan sus relaciones amorosas y la que tienen entre ellas. Tres disfrutan de una alta posición económica y están casadas. Jane es una diseñadora de moda que se ha descuidado y está casada con un hombre que podría ser homosexual. Fanny es una multimillonaria que no sabe qué hacer con su dinero y parece tener una vida perfecta con su familia. Christine escribe guiones con su marido y están construyendo la casa de sus sueños mientras su vida en pareja se tambalea. Olivia es la más joven. Trabaja limpiando casas para llegar a fin de mes y persigue a su ex amante. Las tres amigas casadas analizan la situación de Olivia y ponen de manifiesto las dudas y preocupaciones sobre sus matrimonios y sus carreras. Distintas situaciones harán tambalear el bienestar que han alcanzado. Mientras, Olivia encontrará estabilidad en un lugar inesperado.

EYES WIDE SHUT

País: EE UU/GB.

Año: 1999.

Duración: 159 min.

Director: Stanley Kubrick.

Guión: Stanley Kubrick y Frederick Raphael, según la novela de Arthur Schnitzler.

Producción: Stanley Kubrick para Hobby Films/Pole Star/Warner Bros.

Música: Jocelyn Pook, Gyargy Ligeti, Wolfgang Amadeus Mozart, Dimitri Shostakovich; canciones: Chris Isaak, Duke Ellington.

Reparto: Tom Cruise, Nicole Kidman, Madison Eginton, Jackie Sawiris, Sydney Pollack, Leslie Lowe, Peter Benson, Todd Field, Michael Doven, Sky Dumont, Louise J. Taylor.

Sinopsis: William y Alice, un matrimonio neoyorquino, llevan más de nueve años casados y tienen una hija. La pareja asiste a una elegante fiesta, donde a ambos se les ofrece la posibilidad de ser infieles; ambos rechazan tales ofertas para no arriesgar su aparentemente perfecta relación. Sin embargo, al llegar a casa tienen una conversación de inusitada sinceridad, provocada por un cigarrillo de marihuana que comparten. Alice le confiesa a William una fantasía sexual con otro hombre al que ni siquiera conocía y por el que estuvo a punto de abandonarle. Esta revelación provoca una importante crisis entre ellos. William comienza una espiral de deseo y venganza sexual donde descubrirá que no sólo ellos se ocultan secretos; la gente que les rodea alberga deseos ocultos y prohibidos tras una fachada de recta moralidad y posición social. La pregunta que se cierne es qué pasaría si nos dejáramos llevar por nuestros deseos.

EL PRINCIPIO DE ARQUÍMEDES

País: España.

Año: 2004.

Duración: 101 min.

Dirección: Gerardo Herrero.

Guión: Belén Gopegui.

Producción: Gerardo Herrero.

Música: Lucio Godoy.

Fotografía: Alfredo Mayo.

Reparto: Marta Belaustegui, Roberto Enríquez, Blanca Oteyza, Alberto Jiménez, Vicky Peña, Manuel Morón, Víctor Clavijo, Omar Muñoz, Nerea Casares, Paz Gómez.

Sinopsis: Rocío, casada, con una hija y muy bien preparada profesionalmente, sólo ha realizado trabajos eventuales. Su vecina Sonia es una alta ejecutiva de la moda con muy poco tiempo para dedicarle a su hijo y a su marido. Cada una de ellas quiere alcanzar lo que la otra tiene, pensando en conseguir una vida mejor. Rocío busca poder,

reconocimiento social e independencia económica. Sonia quiere tiempo para estar con su hijo. Rocío ascenderá profesionalmente y Sonia descenderá. Ésta encontrará en el marido de Rocío una vida diferente. Rocío encontrará en el marido de Sonia alguien en quien reflejarse. Como en el principio de Arquímedes, flotar o no flotar no depende sólo de la materia de que uno esté hecho, sino también del líquido laboral y afectivo en el que intenta nadar.

UN DÍA INOLVIDABLE

País: EE UU.

Año: 1996.

Duración: 109 min.

Director: Michael Hoffman.

Guión: Terrel Seltzer y Ellen Simon.

Producción: 20th Century Fox.

Música: James Newton Howard.

Fotografía: Oliver Stapleton.

Reparto: Michelle Pfeiffer, George Clooney, Mae Whitman, Alex D. Linz, Charles Durning, Joe Grifasj, Ellen Greene, Peter Hamill, John Robin Baitz.

Sinopsis: Melanie es una arquitecta de Nueva York defraudada por los hombres que cría a su único hijo. Jack está separado y volcado en su trabajo como periodista. Sin embargo, el destino hará que se encuentren. Sus hijos van juntos al colegio. Ante las dificultades de cuidar de ellos por sus respectivos trabajos, en un día en que pierden la excursión con el colegio deciden ayudarse y repartirse el cuidado de los niños.

CUANDO HARRY ENCONTRÓ A SALLY

País: EE UU.

Duración: 92 min.

Género: Comedia romántica.

Director: Rob Reiner.

Guión: Nora Ephron.

Producción: Rob Reiner y Andrew Scheinman.

Música: Marc Shaiman.

Fotografía: Barry Sonnenfeld.

Reparto: Billy Crystal, Meg Ryan, Carrie Fisher, Bruno Kirby, Steven Ford, Lisa Jane Persky, Michelle Nicastro, Gretchen Palmer, Robert Alan Beuth, David Burdick, Joe Viviani, Harley Jane Kozak, Joseph Hunt, Kevin Rooney, Franc Luz.

Sinopsis: ¿Los hombres y las mujeres pueden ser sólo amigos? Harry contesta en la película que no, «tarde o temprano querrá acostarse con ella». Harry y Sally mantienen esta conversación durante un viaje de Chicago a Nueva York. Once años después no han llegado a una conclusión. Se convierten en muy buenos amigos y mantienen una relación a través de los años. Conversaciones sobre la amistad, la guerra de sexos, la vida. ¿Pueden dos amigos estar hechos el uno para el otro?

YA NO SOMOS DOS

País: EE UU y Canadá.

Año: 2004.

Duración: 101 min.

Género: Drama.

Dirección: John Curran.

Guión: Larry Gross, basado en las historias cortas We don't live here anymore y Adultery, de Andre Dubus.

Producción: Harvey Kahn, Naomi Watts y Jonas Goodman.

Música: Michael Convertino.

Fotografía: Maryse Alberti.

Reparto: Mark Ruffalo, Laura Dern, Peter Krause, Naomi Watts, Sam Charles, Haili Page, Jennifer Bishop, Jennifer Mawhinney, Amber Rothwell.

Sinopsis: Jack Linden y Hank Evans son dos profesores de universidad y grandes amigos, al igual que sus respectivas mujeres, Terry y Edith. Comparten cenas juntos, fiestas donde fluye el alcohol y la música, cuando han acostado a los niños. Una felicidad que se siente trastocada. A Jack y Terry, el cuidado de los pequeños y las dificultades económicas les están pasando factura como pareja. A Hank le gusta la vida familiar, pero la compagina con alguna que otra infidelidad. Edith recurre a Jack para consolarse, y terminan manteniendo una relación que rompe el equilibrio y provoca una fuerte discusión entre las dos amigas.

CUANDO MENOS TE LO ESPERAS

País: EE UU.

Año: 2003.

Duración: 117 min.

Dirección y guión: Nancy Meyers.

Producción: Nancy Meyers y Bruce A. Block.

Música: Hans Zimmer.

Fotografía: Michael Ballhaus.

Reparto: Jack Nicholson, Diane Keaton, Keanu Reeves, Amanda Peet, Frances McDormand, Jon Favreau, Paul Michael Glaser, Rachel Ticotin, Kadee Strickland.

Sinopsis: Harry Sanborn, soltero con más de 60 años de edad, sólo sale con chicas de menos de 30, como Marín, con la que va a pasar un fin de semana a la casa de la playa de la madre de ésta. Estando allí, Harry sufre un infarto, y Erica Barry, la madre de Marín, que es una escritora de éxito y divorciada, accede a cuidar de Harry. Una vez solos, y a pesar de sus primeras reticencias, Harry comienza a sentirse atraído por Erica y ésta empieza a enamorarse de Harry. Erica, además, inicia una relación con un joven médico. Cuando Harry regresa a su casa, recupera sus viejas costumbres y vuelve a salir con chicas jóvenes. Pero lo que siente por Erica hará que viva un auténtico cambio interior para recuperarla.

5x2 (CINCO VECES DOS)

País: Francia.

Año: 2004.

Duración: 90 min.

Género: Drama.

Dirección: Francois Ozon.

Guión: Francois Ozon; con la colaboración de Emmanuèle Bernheim.

Producción: Olivier Delbosc y Marc Missonnier.

Música: Philippe Rombi.

Fotografía: Yorick Le Saux.

Reparto: Valeria Bruni-Tedeschi, Stéphane Freiss, Géraldine Pailhas, Francoise Fabian, Michael Lonsdale, Antoine Chappey, Marc Ruchmann, Jason Tavassoli, Jean-Pol Brissart.

Sinopsis: Una pareja joven de treinta y tantos, Gilles y Marion, llevan cinco años juntos. En cinco momentos de su vida en pareja (cinco veces dos), cuentan su historia, sin dar respuestas, plantean situaciones en las que se viven los altibajos de una relación, mostrando una mujer fuerte y con determinación y un hombre con relativa debilidad y fragilidad.

KRAMER CONTRA KRAMER

País: EE UU.

Año: 1979.

Duración: 104 min.

Dirección: Robert Benton.

Guión: Robert Benton, de la novela de Avery Corman.

Producción: Columbia Pictures.

Música: John Kander & Herb Harris.

Fotografía: Néstor Almendros.

Reparto: Dustin Hoffman, Meryl Streep, Jane Alexander, JoBeth Williams, Justin Henry, Howard Duff, George Coe, Bill Moor.

Sinopsis: Ted Kramer adora su trabajo, es publicista y ha conseguido la mejor cuenta de la agencia. Ese mismo día, su mujer Joanna les abandona, tanto a él como al hijo de ambos, de seis años. Ted tiene que aprender a ser padre soltero, con un niño que echa de menos a su madre y sin descuidar su trabajo. Cuando comienzan a adaptarse a esta nueva vida, Joanna vuelve porque quiere recuperar a su hijo.

TE DOY MIS OJOS

País: España.

Año: 2003.

Duración: 106 min.

Dirección: Icíar Bollaín.

Guión: Icíar Bollaín y Alicia Luna.

Producción: Santiago García de Leániz.

Música: Alberto Iglesias.

Fotografía: Caries Gusi.

Reparto: Laia Marull, Luis Tosar, Candela Peña, Rosa María Sardá, Kity Manver, Sergi Calleja, Dave Mooney, Nicolás Fernández Luna, Elisabet Gelabert, Chus Gutiérrez, Elena Irureta.

Sinopsis: Pilar, víctima de malos tratos, huye con su hijo de ocho años en plena noche y busca refugio en casa de su hermana. Intenta rehacer su vida y comienza en un nuevo trabajo. Su marido Antonio no tarda en ir a buscarla y decide hacer terapia, aunque sigue golpeando a Pilar, quien no se atreve a denunciarlo. Una historia de maltrato, pero también de los personajes que viven en torno al drama de la violencia doméstica.

Antonio es posesivo y violento; Pilar está sometida por esa violencia y perdida en el miedo; Ana, la hermana, ve lo que pasa y no sabe cómo actuar; Aurora, la madre, no quiere saber y mira hacia otro lado... La película muestra lo que queda de la violencia, el deterioro que produce en una relación, el infierno en el que se vive, donde sólo cabe el dolor y el terror.

BIBLIOGRAFÍA

- ALEMÁN, J. Y S. LARRIERA, El inconsciente: existencia y diferencia sexual, Síntesis, Madrid, 2001.
- ALIZADE, A. M., M. SILVERA Y M. Gus, Masculinofemenino, Lumen, Buenos Aires, 2004.
- AMORÓS, C. y A. DE MIGUEL, Teoría feminista: de la Ilustración a la globalización, Minerva, Madrid, 2005.
- La gran diferencia y sus pequeñas consecuencias... para las luchas de las mujeres, Cátedra, Madrid, 2005.
- ARTAL, R. Ma, Ellas según ellos, Espejo de Tinta, Madrid, 2005.
- BARON-COHEN, S., La gran diferencia, Amat, Barcelona, 2005.
- BAUDRILLARD, J., De la seducción, Cátedra, Madrid, 2005.
- BAUMAN, Z., Amor líquido, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2005.
- BECK, U. Y E. BECK-GERNSHEIM, El normal caos del amor, Paidós, Barcelona, 2001.
- BOURDIEU, P., La dominación masculina, Anagrama, Barcelona, 2000.
- DE LAS HERAS, J., Dificiles de amar, Espasa, Madrid, 2001.
- La sociedad neurótica de nuestro tiempo, Madrid, Espasa, 2005.
- EICHENBAUM, E. L. Y S. ORBACH, ¿Qué quieren las mujeres?, Talasa, Madrid, 1995.
- FLAQUER, LL., La estrella menguante del padre, Ariel, Barcelona, 1999.
- FORNER, R., La maldición de Eva, Planeta, Barcelona, 2005.
- FROMM, E., El arte de amar, Paidós, Buenos Aires, 1980.

- GIL CALVO, E., Máscaras masculinas, Anagrama, Barcelona, 2006.
- GLADWELL, M., Inteligencia intuitiva, Taurus, Madrid, 2005.
- GONZALEZ NÚÑEZ, J. DE J., Conflictos masculinos, Plaza y Valdés, México, 2004.
- LACAN, J., «El sentido de un retorno a Freud en el psicoanálisis. La cosa freudiana», en Uno por uno, n°47. Revista Mundial de Psicoanálisis, Eolia, Barcelona, 1990.
- LEGATO, M., Por qué los hombres nunca recuerdan y las mujeres nunca olvidan, Urano, Barcelona, 2006.
- LEONELLI, E., Las raíces de la virilidad, Noguer, Barcelona, 1990.
- LÓPEZ, R. Y D. BARINGO, Nadie va de putas, Gobierno de Aragón, Zaragoza, 2006.
- MONTESINOS, R., Las rutas de la masculinidad, Gedisa, Barcelona, 2002.
- RISO, W., Intimidades masculinas, Ediciones Granica, Barcelona, 2005.
- SINATRA, E., Nosotros, los hombres. Un estudio psicoanalítico, Tres Haches, Buenos Aires, 2003.
- TEJEDOR, A., El síndrome de alienación parental, EOS, Madrid, 2006.
- THOMPSON, K., Ser hombre, Kairós, Barcelona, 2005.
- TUBERT, S., Del sexo al género, Ediciones Cátedra, Madrid, 2003.
- URRA, J., «El mito del héroe violador», en La violencia de género en la literatura y las artes, Asociación Colegial de Escritores de Cataluña, Barcelona, 2005.
- VÁZQUEZ-RIAL, H., Hombres solos, Ediciones B, Barcelona, 2004.
- VERDÚ, V., Yo y tú objetos de lujo, Debate, Barcelona, 2006.
- VIEJO, T., Pareja: ¿fecha de caducidad? Ediciones Martínez Roca, Madrid, 2005-

Índice

Prólogo, por Ely del Valle	10
Introducción	13
1. Padres missing, padres light.....	15
2. ¿Sexo fuerte?	18
3. Vulnerables y desorientados	21
4. Narcisismo	25
5. Eslabones perdidos	27
6. Don Juan se jubiló	29
7. Esperando que les bajen los pantalones	33
8. Fantasías sexuales	35
9. Adiós a mi concubina	38
10. ¿Por qué los hombres son como son?	42
11. Deconstrucción de lo masculino	44
12. Hombres en el diván	46
13. Sexo débil	49
14. Amor de madre	52
15. Odio y miedo	54
16. Gritos y susurros	56
17. ¿La costilla de Adán?	58
18. Intercambio de roles	60
19. Lucha de poder	62
20. Detrás de la barrera	64
21. La envidia del pene	67
22. Neuronas espejo	70
23. Premios Nobel	73
24. Tópicos	76
25. Especies protegidas	78
26. Modernos	80
27. Posmodernos	82

28. Tecnología	85
29. Ambiguos y/o contradictorios	86
30. Mestizaje de géneros	88
31. El otro	91
32. Sentido del humor	93
33. Feminizar las relaciones	94
34. Ni domados, ni acorazados	99
35. Ellas.con o ellas.sin	105
36. El nido	111
37. ¿Tan sólo zánganos?	117
38. Eclipse del padre	120
39. Educar la pareja	122
40. Los abuelos	124
41. Una razón de ser	126
42. La tiranía de la autenticidad	129
43. Familias	134
44. Microcosmos familiar	137
45. Auditoría sentimental	140
Anexo I. De hombre a hombre, chequea tu machismo	145
Anexo II. Filmografía	153
Bibliografía	165